Greg y Tim Hildebrandt

La Era Tolkien

Texto por Gregory Hildebrandt, Jr.



Nacido de la lectura de *El Señor de los Anillos, La Era Tolkien* supone la primera incursión de dos ilustradores profesionales como los hermanos Greg y Tim Hildebrandt en el maravilloso mundo de la Tierra Media creado por J. R. R. Tolkien. Un paseo por la imaginación y la fantasía que nos sumerge de lleno en la historia más épica de la literatura universal mediante 230 ilustraciones y bocetos.

Greg Hildebrandt & Tim Hildebrandt & Gregory Hildebrandt Jr.

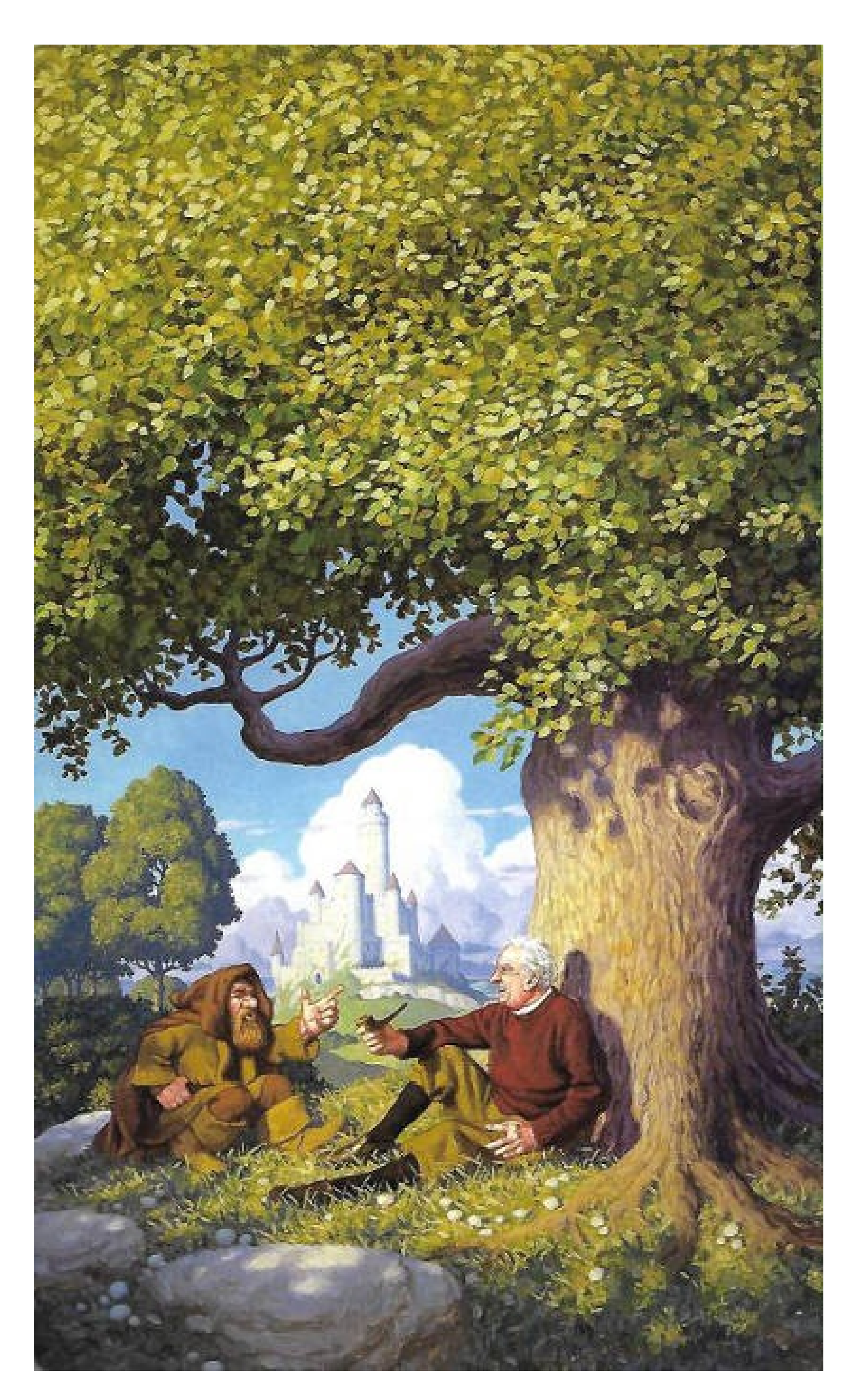
Greg y Tim Hildebrandt. La Era Tolkien

ePub r1.0
Titivillus 30.07.16

Título original: *Greg and Tim Hildebrandt: The Tolkien Years*
Greg Hildebrandt & Tim Hildebrandt & Gregory Hildebrandt Jr., 2001
Traducción: Carles M. Miralles
Ilustraciones: Greg Hildebrandt & Tim Hildebrandt
Texto: Gregory Hildebrandt Jr.

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


Greg y Tim
Hildebrandt
La Era Tolkien



A todos nuestros fans tolkienianos de los años setenta y a nuestros nuevos fans tolkienianos, ¡bienvenidos a nuestro mundo de *El Señor de los Anillos*!

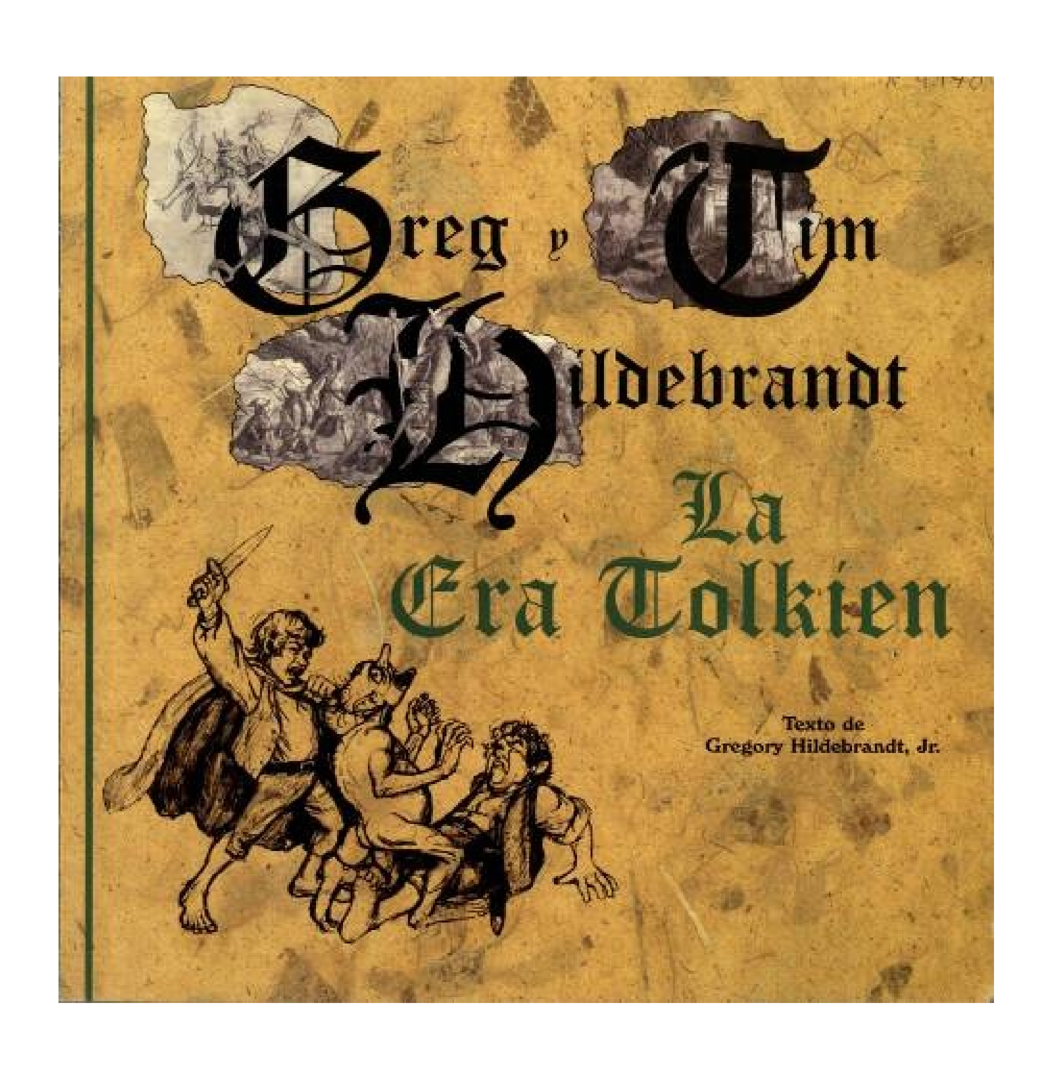
Deseamos de veras que disfrutéis de este viaje nostálgico por nuestro pasado. El presente libro simboliza un periodo de la vida de mi hermano y de la mía que permanecerá en nuestros corazones como un viaje excepcional, para siempre.

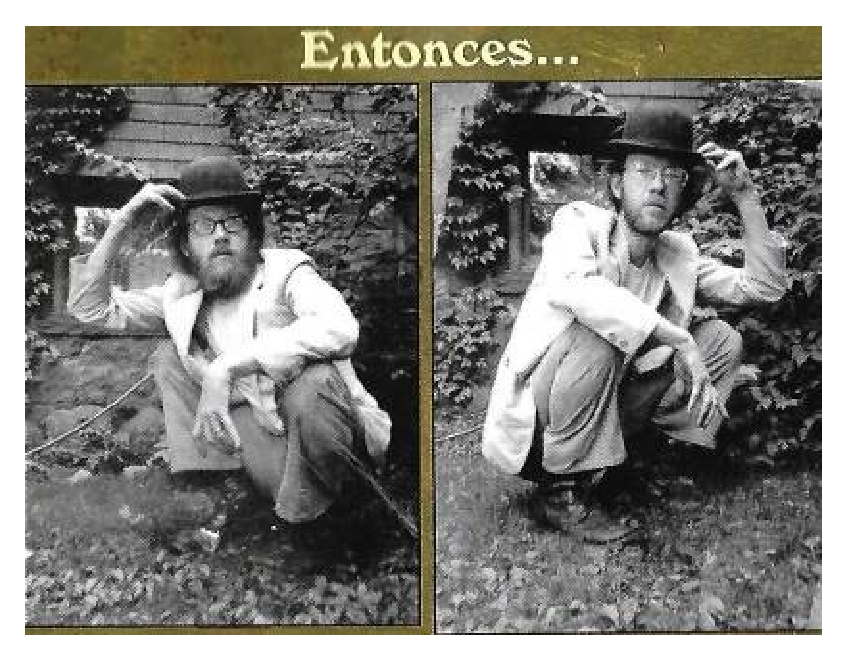
Sinceramente,

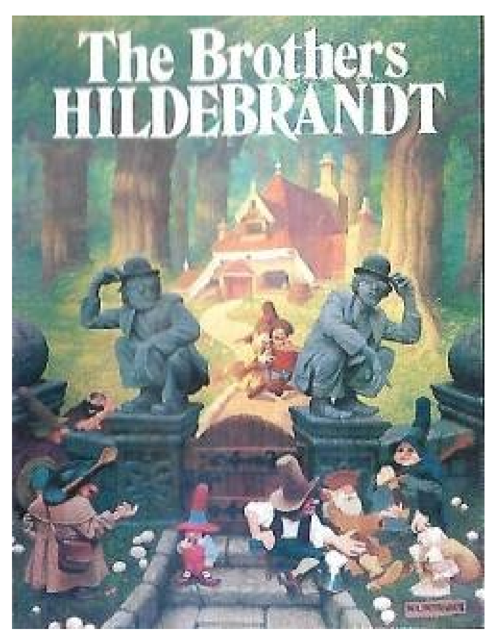


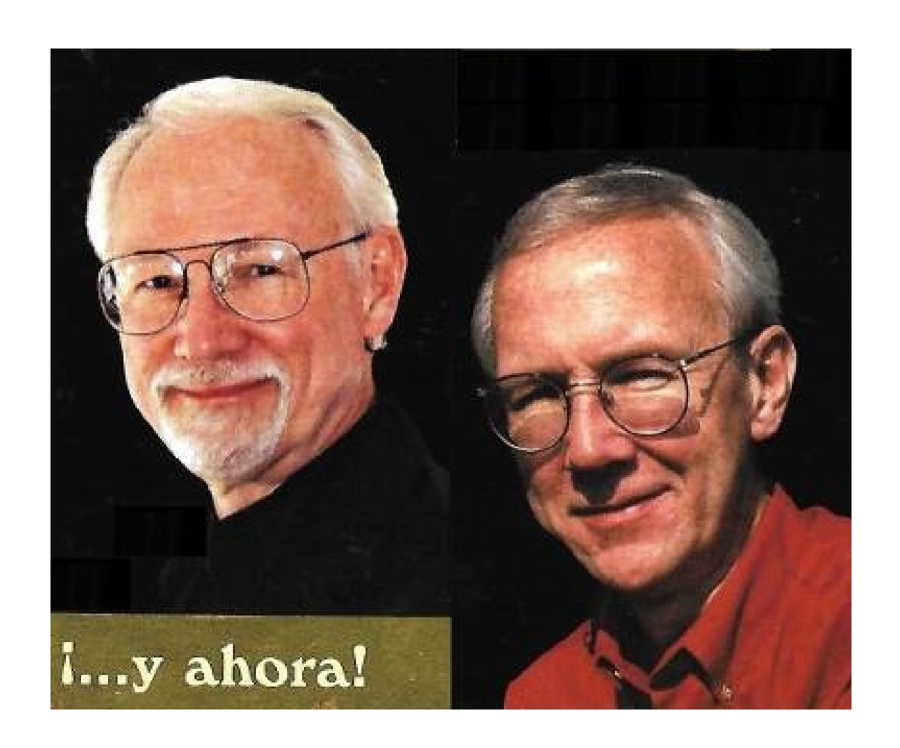


Boceto de personajes, 1975


Greg y Tim
Hildebrandt
La
Era Tolkien
Texto de
Gregory Hildebrandt, Jr.


Entonces...


The Brothers
HILDEBRANDT


¡...y ahora!



Era un día de nieve de febrero de 1975. Yo estaba dando los últimos retoques a las cubiertas de los libros de junio cuando Renée, la recepcionista, me llamó:

—Ian, hay unos señores que quieren verte.

Como sabía que no tenía ninguna cita para ese día, le pedí que les dijera que volvieran en otro momento.

—Ian, tienes que ver esto.

Confié en Renée y salí de mi despacho, al que algunos llaman «la pajarería», por la jaula llena de periquitos que un diseñador me regaló una Navidad. En la recepción había una pareja de gemelos idénticos, barbudos, mojados, vestidos con vaqueros manchados de pintura, gafas gruesas, y con una actitud encantadora. Busqué con la mirada sus portafolios. Sólo había dos bolsas de basura de color verdinegro en una esquina, seguramente olvidadas por el tumo de noche.

Les sugerí que volvieran cuando llevaran sus portafolios y que concertaran una cita. Uno de ellos dijo (o quizá fue al unísono, ya que más adelante sabría que acostumbraban a hacerlo):

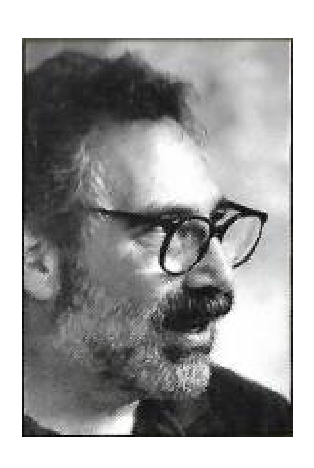
—Hombre, dibujos. Dibujos de Tolkien. Nosotros los hacemos.

Cada uno de ellos cogió una de las bolsas de basura, y las vaciaron sobre el suelo de la recepción. Greg estaba de rodillas, alisando trozos arrugados de vitela adornados con unos dibujos exquisitos basados en *El Señor de los Anillos*. Quedé cautivado. Se diría que quedé boquiabierto. Había estado buscando dibujantes especiales para hacer los calendarios de Tolkien. Los había encontrado.

Llevé rápidamente a los hermanos a «la pajarería» y llamé a Judy-Lynn y a Lester del Rey, los editores de fantasia y ciencia ficción de Ballantine Books, y al editor Ron Busch. En una semana ya habíamos firmado los contratos y había encargado a los hermanos que realizaran las catorce pinturas para el Calendario Tolkien de 1976.

El departamento artístico al completo se alegraba cada vez que Tim y Greg traían sus fantásticas ilustraciones (normalmente los viernes por la tarde, ya que los gemelos sabían que, al final de la semana, ofrecíamos vino tinto y *pizza*). La entrega de cada pintura era todo un acontecimiento. El arte estaba realizado en largas láminas de conglomerado, con una técnica acrílica refinada por los gemelos. Acababan una pieza entera cada dos o tres semanas.

«Ian Summers era uno de los mejores directores de arte con los que jamás he trabajado. Les daba a las dibujantes libertad de expresarse sin dirigir demasiado su obra.» — Greg





Adiós a Lothlórien, *2000*

«Durante la época en que pintamos los calendarios de Tolkien, trabajamos con Ian en cubiertas para libros de ciencia ficción y fantasía. Era único en no obligarnos a estancarnos en un solo género.» — Tim



Entre sus visitas a Nueva York, yo les visitaba en el granero de Greg, en West Orange, New Jersey. Era siempre algo especial. Había disfraces, niños, música, a veces gente tocando la guitarra o la flauta. También tenían Polaroids de amigos y vecinos vestidos con trajes diseñados por Greg y Tim y confeccionados por Rita, la esposa de Tim. Había algunas obras de referencia, como trabajos de Maxfield Parrísh, N. C. Wyeth, Howard Pyle y los grandes animadores de Disney, los héroes de los gemelos. Los hermanos conjuraban imágenes de otros mundos, y en verdad el estudio parecía de otro mundo.

El calendario se entregó a imprenta en agosto y las pruebas, a principios de septiembre. Para, celebrarlo, comimos en La Maganette, un elegante restaurante italiano situado junto a Random House, en la calle Quince del Este. El local tenía una cafetería en la calle. Había un gran revuelo y, cuando miré, allí estaban Greg y Tim vestidos con capas y sombreros de copa con plumas. Le daban las pruebas de imprenta a la gente que pasaba por allí y les decían, con un gesto teatral: «¿Qué tal? ¿Qué tal?». Todo el mundo cantaba una especie de versión de los Hildebrandt de El Mesías de Handel. Nos reímos durante horas. La risa y el escándalo eran lo que caracterizaba nuestra relación.

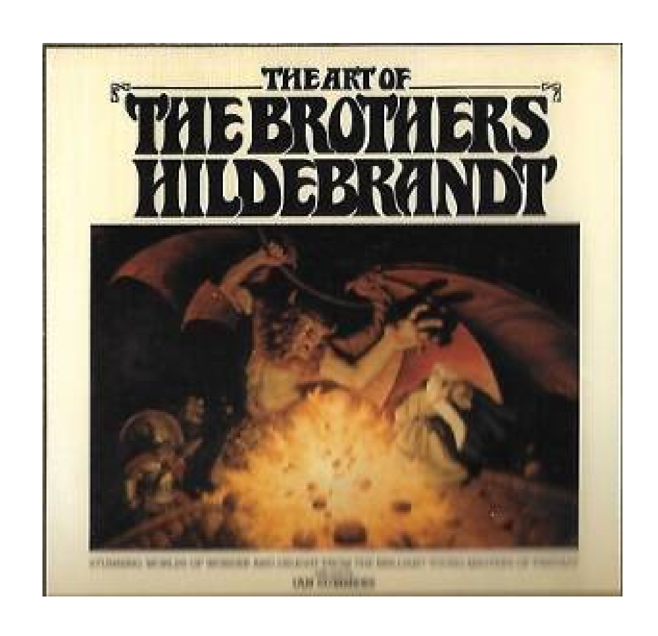
El Calendario de Tolkién de 1976 tuvo más publicidad de lo que nunca hubiéramos imaginado. Enseguida se convirtió en el más vendido del mundo. Rápidamente encargamos a los hermanos dos calendarios más. Cada uno fue mejor que el anterior, y el primero ya era una obra maestra. Preparé una exposición con las creaciones de los hermanos en el Cornell Club y en la Asociación de Ilustradores. La gente todavía recuerda las obras más de veinticinco años después, y son artículos muy apreciados entre los ilustradores y los fans.

Llegó un montón de cartas de los admiradores. Estaban llenas de alabanzas, pero también había extensos escritos con críticas. Para algunos, las versiones de los Hildebrandt no se parecían a su propia visualización de los textos de Tolkien. Eso es porque cada lector puede imaginar cómo es cada personaje y cada lugar. Los Hildebrandt removieron la sopa de los fans, y a todos nos encantaba ver cómo salían las burbujas a la superficie.

En 1978 dejé Random House y fundé Summers Books. Judy-Lynn del Rey me encargó que escribiera y diseñara The Art oí the Brothers Hildebrandt, una recopilación de sus pinturas de ciencia ficción y fantasía. Era una oportunidad de contribuir a la leyenda que se estaba formando alrededor de Tím y Greg.

Los primeros autores de Summers Books eran dos gemelos idénticos, que nunca habían escrito una palabra, y su buen amigo Jerry Nichols, de Detroit. Pero eran magníficos narradores. Animé a Greg y a Tim a que realizaran una novela ilustrada. Desaparecieron durante medio año y volvieron con unas setecientas secuencias hechas a lápiz y rotulador. Preparamos cubetas de diapositivas y las presentamos a los editores más importantes de Nueva York.

En salas de reuniones oscuras, yo leía la historia mientras Greg, Tím y Jerry hacían los efectos de sonido. Los editores no sabían qué hacer con nosotros, y tuvimos el valor de sacar el libro a subasta. Bantan Books compró Urshurak… y empezó otra odisea.



Jerry Nichols era el escritor; yo diseñé el libro; los hermanos habían hecho docenas de bocetos a lápiz y más de un puñado de pinturas a color. Fue un proyecto editorial al que se le dio mucha publicidad. Y nos fuimos a Los Ángeles a presentar la idea a directores de cine y a acudir a la muestra anual de la Asociación de Libreros de América.

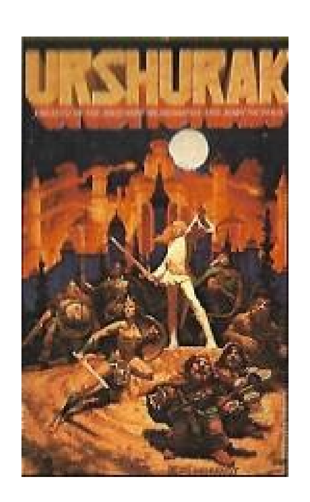
En el avión compartimos nuestras fantasías. La mía era participar en una batalla de pasteles. Jerry y yo compartíamos habitación en el elegante Beverly Hills Hotel, a las tres de la mañana nos despertó un golpe en la puerta. El primer pastel le dio a Jerry en la cara. Lo miré sorprendido cuando, de pronto, noté una suave y esponjosa crema batida chocando contra la mía. No hace falta decir que dejamos una generosa propina para las mujeres de la limpieza del hotel. Éste es otro ejemplo de cómo se manifestaba la energía creativa de los hermano Los seis años de mi vida que pasé trabajando con Greg Tim fueron realmente mágicos.

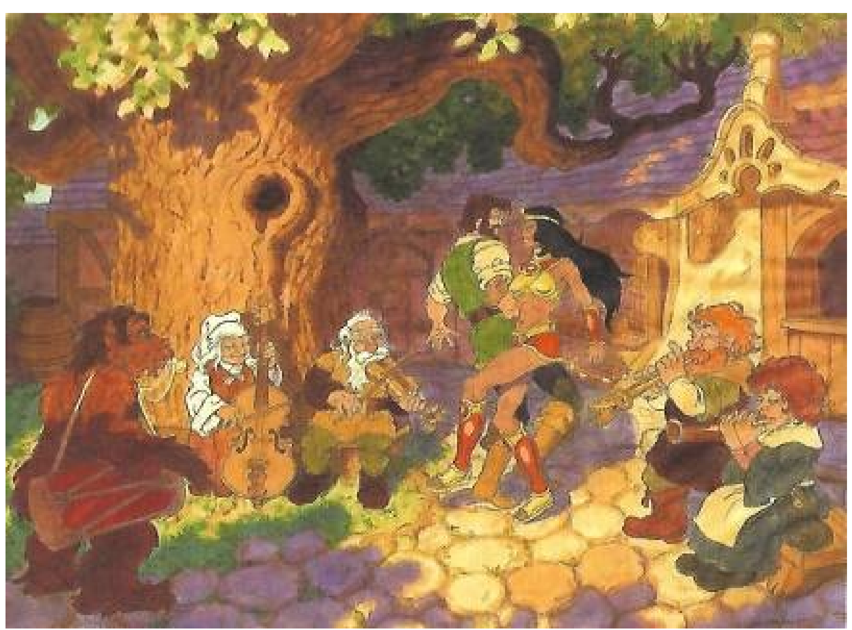
Hace doce años desarrollé una teoría que sería la piedra angular de mi nueva empresa, Ian Summers' Heartstorming Workshops. Sabía que crear y resolver problemas era una antítesis. Solucionar un problema es hacer que algo funcione. Crear es hacer que lo que amas lo que te importa exista.

Tim y Greg son creadores del más alto nivel. Hacen que aman y aman lo que hacen. Sus pinturas lo prueban. Éstos son los fragmentos de la historia que puedo conta Aún hay más. Usad la imaginación. Seguro que nosotros lo haremos

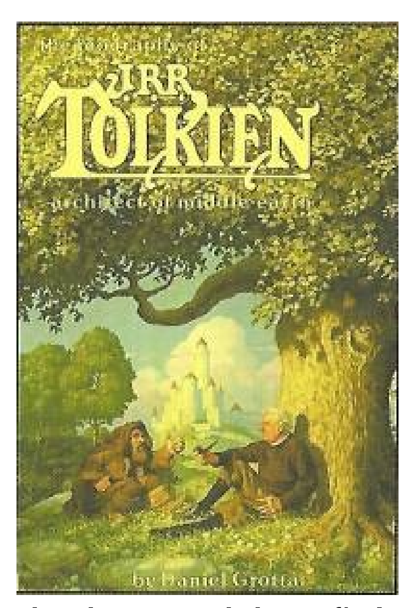
Ian Summers

«En la época en que empezamos a hacer el tercer calendario, queríamos que El Señor de los Anillos fuese una película de dibujos animados. Descubrimos que Ralph Bakshi ya tenía los derechos, así que creamos nuestra propia fantasía, Urshurak, para ver si la podíamos vender en Hollywood.» — Tim





Hugh Oxine, Zyra, Oolu y los enanos de la presentación para la animación de Greg y Tim



En 1977, Greg y Tim hicieron la cubierta para la biografía de Tolkien, para Running Press.

«Les estaré agradecido eternamente a Ian Summers, Judy-Lynn y Lester del Rey por habernos dado la oportunidad de ilustrar El Señor de los Anillos, y por el impacto que esto supuso para nuestras carreras.» — Greg



Cuando el representante de mi padre me expuso la idea para este libro, pensé: «¿Qué? ¡Pero si de eso hace veinticinco años!» Ahora ya he crecido (o al menos he engañado a la gente para que así lo crea).

Estaba asustado. Estaba flipando. No había tomado notas ni fotos. Quiero decir… Venga, sólo tenía cinco años cuando pasó todo esto. Dame un respiro.

Así que me encerré en una habitación, me senté y viajé por el tiempo. Me bañó una avalancha de recuerdos de la infancia que creía que había tenido.

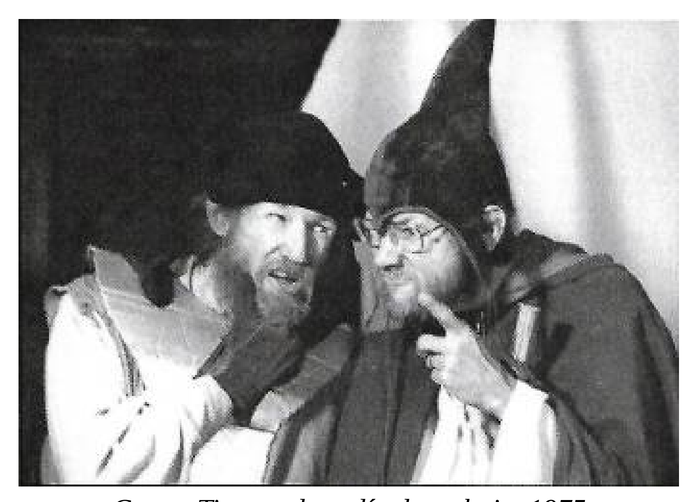
Dejadme que repita: «la infancia que creía que había tenido». Ahora me doy cuenta de que la que viví, la que creía real, era más fantástica que real.

¿O no?

Hoy en día soy incapaz de marcar las diferencias.

Así que, mientras pongo palabras sobre el papel y abro los profundos y cavernosos recovecos de mi nublada memoria, se me hace evidente que una casa llena de trolls, magos y hobbits formó mi infancia.

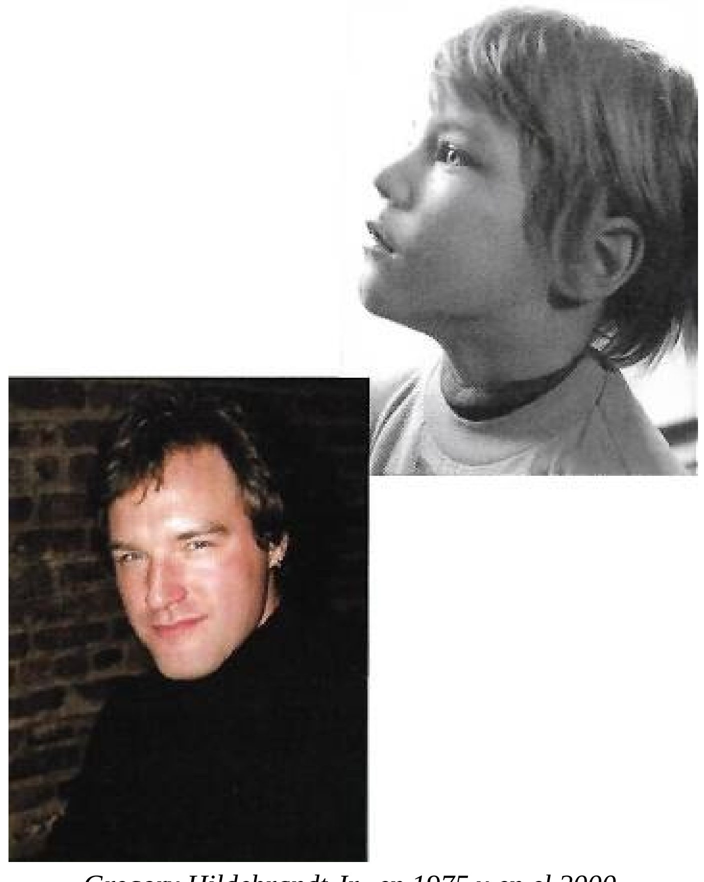
Esta historia y el viaje visual que vosotros y yo estamos a punto de emprender abarca sólo tres añitos de mi vida con mi padre y mi tío. Muy poco tiempo, en estas páginas, pero una época de transición muy importante para todos aquellos directa o indirectamente relacionados.



Greg y Tim, un duro día de trabajo, 1975

Mi padre y mi tío se habían embarcado en un viaje de exploración. Para ellos, eso significa ver qué hay más allá de la siguiente esquina. La emoción del descubrimiento es lo que les impulsa. Aún hoy en día siguen diciendo que no están del todo satisfechos con sus conocimientos del arte. Mi padre se acerca a la posibilidad de aprender con el espíritu de un niño. Como él mismo dice: «Todo ayuda».

Aún trabajan en silencio en un pequeño estudio de New Jersey. Greg y Tim Hildebrandt (papá y el tío, respectivamente) pasan la mayor parte del tiempo trabajando en sus dibujos. Viven en un mundo que ellos mismos han creado y siguen haciendo lo que hacen no porque lo tengan que hacer, sino porque quieren hacerlo.



Gregory Hildebrandt Jr., en 1975 y en el 2000.

«De un hobbit a un hombre adulto… Estoy muy orgulloso de todo lo que ha conseguido mi hijo en su vida. ¡Tienes un poco de crema en la cara, niño!» — Greg

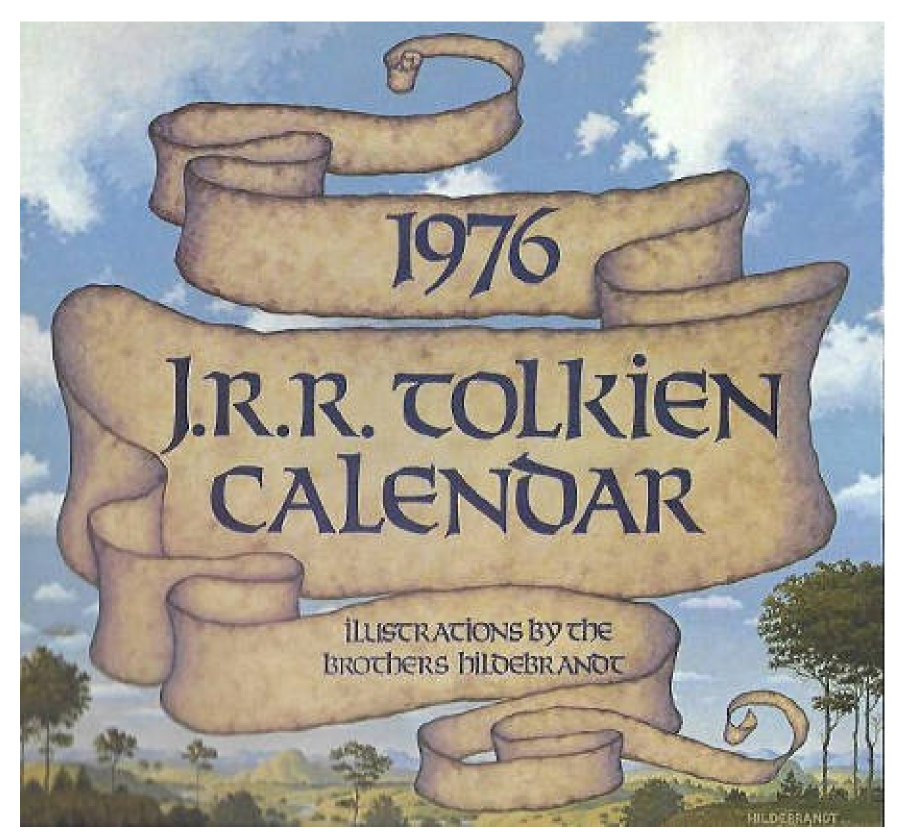
Empieza el viaje...







«Así fue como empezó de verdad. Judy-Lynn del Rey nos encargó una cubierta de prueba. La hicimos, la vio, le encantó, y emprendimos nuestro viaje por la Tierra Media.» — Greg



Cubierta del calendario de 1976, Ballantine Books

«El primer calendario se imprimió y se distribuyó antes de que nadie se diese cuenta de que la palabra "illustrations" (ilustraciones) estaba mal escrita. Como era nuestro primer calendario Tolkien, Greg y yo estuvimos contentos de que no fuesen nuestros nombres lo que estuviera mal escrito.» — Tim

Había llegado el momento. Agarré con fuerza la espada corta que colgaba de mi costado. El amenazante rugido del monstruo comehierba había parado. Por fin se había dormido.

Miré el sol de la tarde, que colgaba perezoso por encima de mi cabeza. Los cálidos rayos traspasaban las ramas de los pinos como si fuese una ducha silenciosa. Respiré profundamente varias veces y me aparté de la sombra de los pinos, crucé el río de piedras y busqué refugio en el pequeño montículo de hierba que había al otro lado. Volví la vista atrás; la bestia de metal permanecía en silencio.

Me di prisa y crucé el montículo. Subí las escaleras que me llevarían al único lugar que me protegería del monstruo. Cerré la puerta tras de mí y dejé escapar un suspiro de alivio. Estaba en casa, a salvo, dentro de la cocina.

El cortador de césped ya no era una amenaza.

Era el año 1975 y yo tenía cinco años. Mi casa era un viejo edificio victoriano, construido hacía mucho tiempo, que aún está en pie en el pueblecito de West Orange, New Jersey.

Y fue aquí, escondido entre las paredes de esta casa, donde el encantador mundo de J. R. R. Tolkien, la Tierra Media, cobró vida. Y yo estaba allí.

Gandalf visita a Bilbo

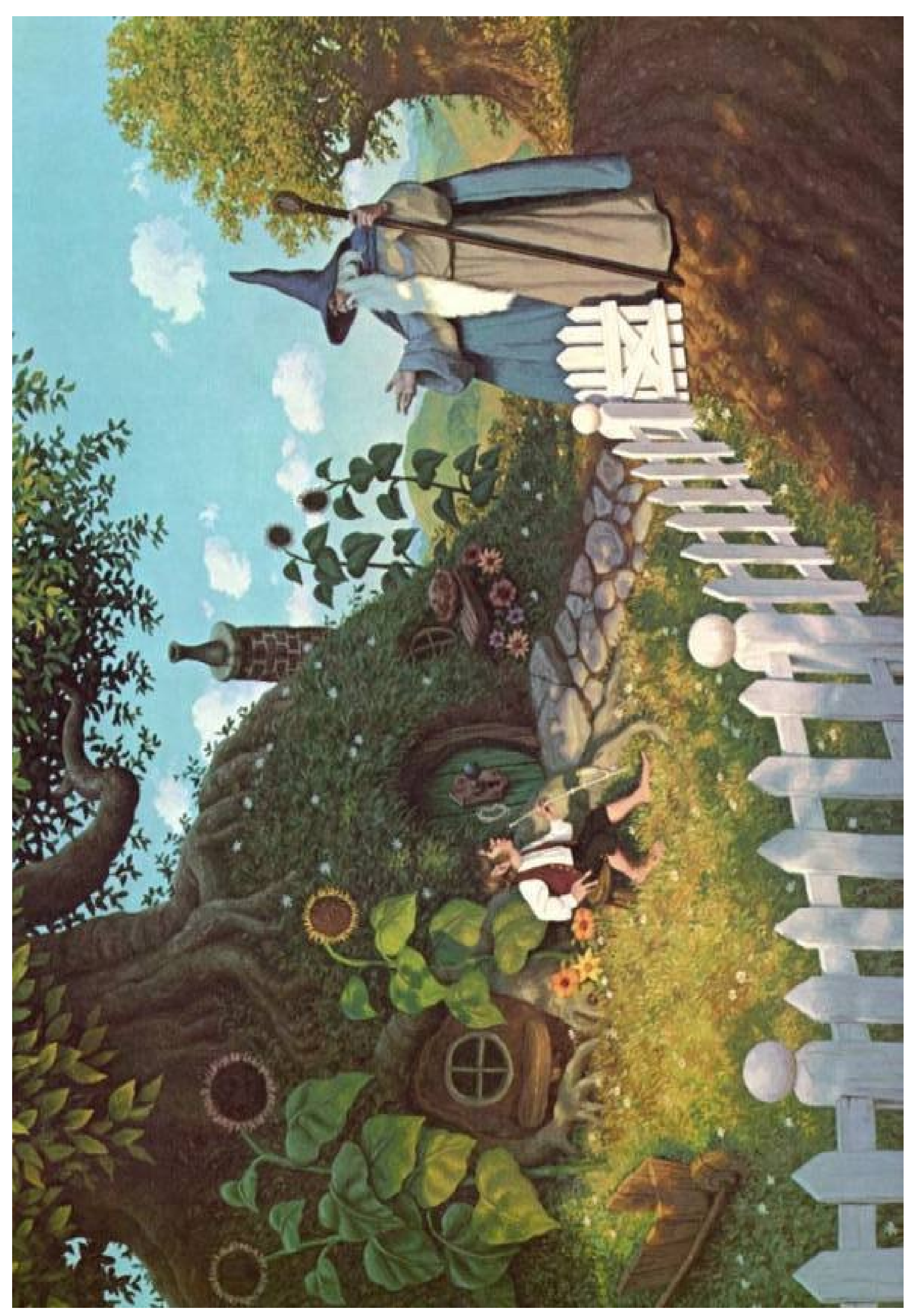
Me crié con el brillo de mi padre Greg y mi tío Tim cuando éstos se acercaban al borde de una nueva era de creación artística.

Subí por las escaleras de atrás desde la cocina, y llegué al segundo piso, a un oscuro vestíbulo que se alzaba amenazante ante mí. Agarré el viejo pomo que había a mi derecha, que emitió un sonido metálico al girarlo.

Crucé la puerta de la habitación que estaba en una de las esquinas, justo encima de la cocina. Estaba en el desordenado estudio donde mi padre y mi tío, los hermanos Hildebrandt, como se les conocería en el mundo entero, trabajaban la mayor parte del tiempo.

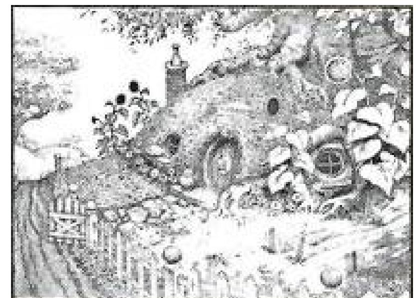
Me moví tan silenciosamente como pude y pisé montones de bocetos que crujieron como hojas secas bajo mis pies.

El suelo estaba cubierto de dibujos y más dibujos. Enseguida detectaron mi presencia… ¡estaba atrapado!



Calendario, enero de 1976, Ballantine Books

Mi padre se volvió y me miró con entusiasmo. Su pelo largo y su barba eran rebeldes, restos de los años sesenta.



—¡Bien buscábamos un hobbit! —Exclamó.

Me metieron dentro de ropas de hobbit y las luces de la cámara de fotos empezaron a brillar. Estaba solo, de pie, descalzo encima del duro suelo de madera. Mi cuerpo estaba empapado bajo las calientes luces y era difícil ver en la profunda negrura que había justo detrás de ellas.

De cuando en cuando, surgía una mano de la oscuridad y me cogía la camisa. Había un pliegue mal colocado y se tenía que poner bien. Las voces de mi padre y mi tío bailaban ante mí mientras ajustaban esto y movían lo otro.

Me senté sobre una pila de libros, que hacían la vez de tocón. Aguantaba con la mano una vieja pipa. Ahora era Bilbo Bolsón, un hobbit que fumaba en la entrada de su casa.

Mientras mi padre y mi tío conversaban, soltaban nerviosamente frases incompletas, y cada uno acababa los pensamientos del otro. Tenían que hacer catorce pinturas en menos de seis meses, y las sesiones de fotos eran frenéticas y rápidas. La tensión se acumulaba en el aire.

La cámara seguía haciendo fotos mientras yo estaba sentado, impaciente. Esperaba a Gandalf, el mayor mago que jamás haya existido, el que poseía el poder de hacer desaparecer el mal con sólo un movimiento de su bastón. No pude evitar preguntarme por qué estaba sentado esperando a alguien así.

Cuando mi padre hizo la última foto, él y mi tío se sentaron en el suelo. Se rodearon de un revoltijo de pequeños bocetos de Gandalf. Estudiaron cada uno detenidamente; debían decidir en qué pose querían fotografiarlo cuando llegase.

Los pequeños bocetos son, en realidad, el primer paso del proceso. Son muy pequeños, no sobrepasan los cinco centímetros. El segundo paso es fotografiar un modelo que copie la pose de uno de los diminutos bocetos.

Un poco más tarde, llamaron a la puerta y fui a abrir.

Miré hacia arriba, hacia los sonrientes ojos de un hombre alto. Tenía el pelo largo atado en una coleta y una barba enorme, pero bien distribuida por toda la cara.

Miró hacia abajo, con una sonrisa en los labios.

—Eh, Gorgo, ¿está tu padre?

Gorgo era un apodo que me pusieron mucho antes de lo que alcanza mi memoria, y sólo lo conocían los amigos más cercanos.

La voz de mi padre resonó de pronto.

—¡Bill!

Los dos amigos se abrazaron, conmigo atrapado entre ellos. Me retorcí para apartarme y les observé.

—Chico, gracias por venir —dijo mi padre, sonriente—. Necesito que poses

como Gandalf

—Guay —contestó Bill.

Miré con asombro al hombre alto. Había oído a mi padre hablar del gran mago que había luchado contra dragones y había derrotado al mal con un solo golpe de su bastón mágico. Y allí estaba, de pie, delante de mí. Unos pantalones vaqueros descoloridos y una camisa blanca manchada no era precisamente la ropa que esperaba que llevase un mago tan poderoso. Aunque tampoco esperaba encontrarme un troll viviendo en la oscuridad del sótano, pero allí era donde mi padre me había contado que vivían.

En el piso de arriba, el mago se cambió de ropa. En ese momento, por fin, lo vi todo claro. Mi padre y mi tío eran colegas del mejor mago de todos los tiempos y mantenían a salvo su túnica y su bastón mágico de las garras del mal.




Tim posó para el primer boceto de esta pintura, pero Bill McGuire tenía el pelo y la cara perfectos para ser Gandalf.

«Mientras leíamos la obra de Tolkien, Greg y yo nos planteamos qué tal quedaría que las cejas de Gandalf siguiesen par debajo del sombrero, decidimos no seguir el texto literalmente porque, con su descripción de las cejas, éstas deberían tener casi un pie de largo» — Tim

Tom Bombadil

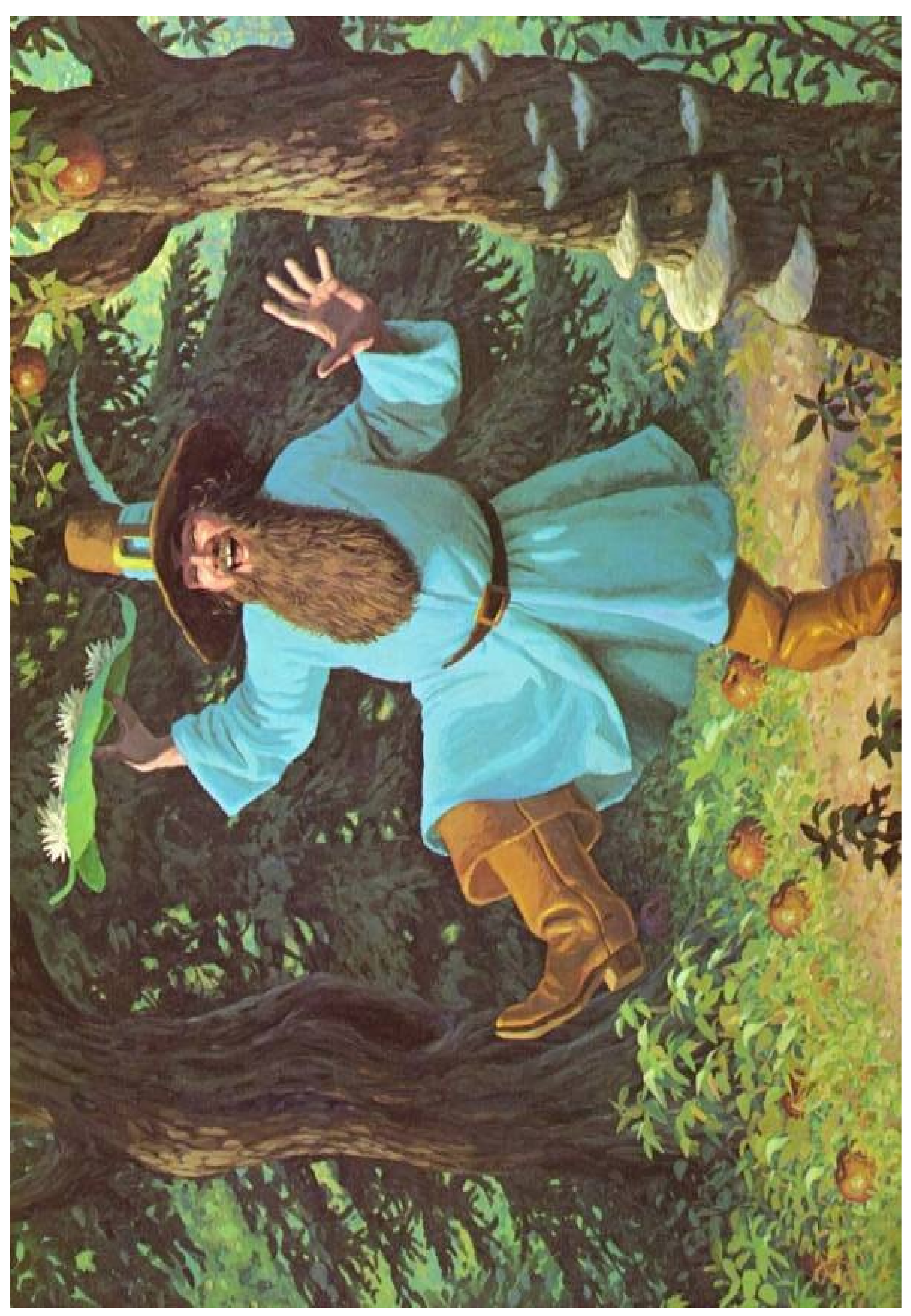
Me agarré con fuerza a la rama del árbol. Con la otra mano me rasqué la nariz. Una brisa suave hacia que el gigantesco pino se balancease. Levanté hacia arriba y sentí como si pudiera tocar el cielo. Miré hacia abajo y mi corazón se detuvo unos segundos. Estaba muy lejos del suelo.

Muchos de los árboles de nuestro patio iban bien para trepar; eran perfectos para las manos y los pies pequeños.

Unos ruidos en el patio, a mis pies, me llamaron la atención. Entre las ramas, que seguían moviéndose, observé a un hombre vestido con un albornoz blanco que bailaba solo.

Tenía los ojos clavados en el bailarín, a pesar de que algunas ramas me tapaban, de vez en cuando, la vista.

¿Quién era? ¿De dónde había salido?



Calendario, febrero de 1976, Ballantine Books

«La personalidad de Tom Bombadil en el texto de Tolkien es muy parecida a la de nuestro amigo Jerry, el que posó como Tom. Los dos sienten pasión por la naturaleza.» — Tim

Entonces vi a mi padre y a mi tío, cámara en mano, dando órdenes.

—¡Levanta más el pie, Jerry! —gritó mi padre.

—¡Levanta la mano! —siguió mi tío.

Entonces me di cuenta de que era Jerry Nichols, un amigo de la infancia, que había venido a visitarlos desde Detroit, Michigan, la ciudad donde nacieron mi padre y mi tío.

Para alcanzarlos bajé del árbol y me dirigí al estudio, donde ya estaban mi padre, mi tío y Jerry. Se reían mientras tomaban una cerveza. Impaciente, pregunté:

—¿Por qué estaba Jerry bailando en el patio vestido con un albornoz?

—Es Tom Bombadil, el bailarín —contestó mi tío—. Tom es el señor del bosque, está siempre contento y ama la Tierra. Cuida de los árboles y la hierba, y mantiene alejado el mal.

Mi padre se inclinó hacia mí y me dijo:

—Nunca lo volverás a ver, pero siempre está allí. Cuida de ti y de su bosque.

¿Sabéis?, tenéis que conocer algo sobre mi padre y mi tío. Creen de veras que existe un señor del bosque, y que existen las hadas, los elfos, los trolls y los gnomos y los gigantes y los dragones y los magos.

Mis abuelos les enseñaron que debían creer en la fantasía y en los cuentos de hadas, amar la naturaleza y usar su imaginación.

Mi padre me lo enseñó a su vez. Por eso mi creatividad era una llama que mi padre no quería apagar, aunque a veces eso tuviese que ver con destrucción y batallas imaginarias, lo que iba en contra de su filosofía de vida.

Cuando era pequeño, arranqué trozos de césped para construir un cuartel para mis soldaditos de plástico, y mi padre me animaba a ello. El cuartel creció y creció y creció un poquito más. Hasta llegaba a construir pequeñas ciudades que destruía con una repentina avalancha del contenido del cubo de la basura.

Pasé los siguientes días buscando al hombre danzarín llamado Tom Bombadil, sólo para volver después al estudio decepcionado.

Observé a mi padre y a mi tío mientras usaban las fotos de Jerry para dar vida a Tom Bombadil sobre el papel.

Junto a las de Jerry había un montón de fotos de plantas y árboles desparramados por todo el estudio. Incluso hoy en día, la cantidad de material de referencia que usaban está constantemente presente. Hay revistas y libros por todos lados.

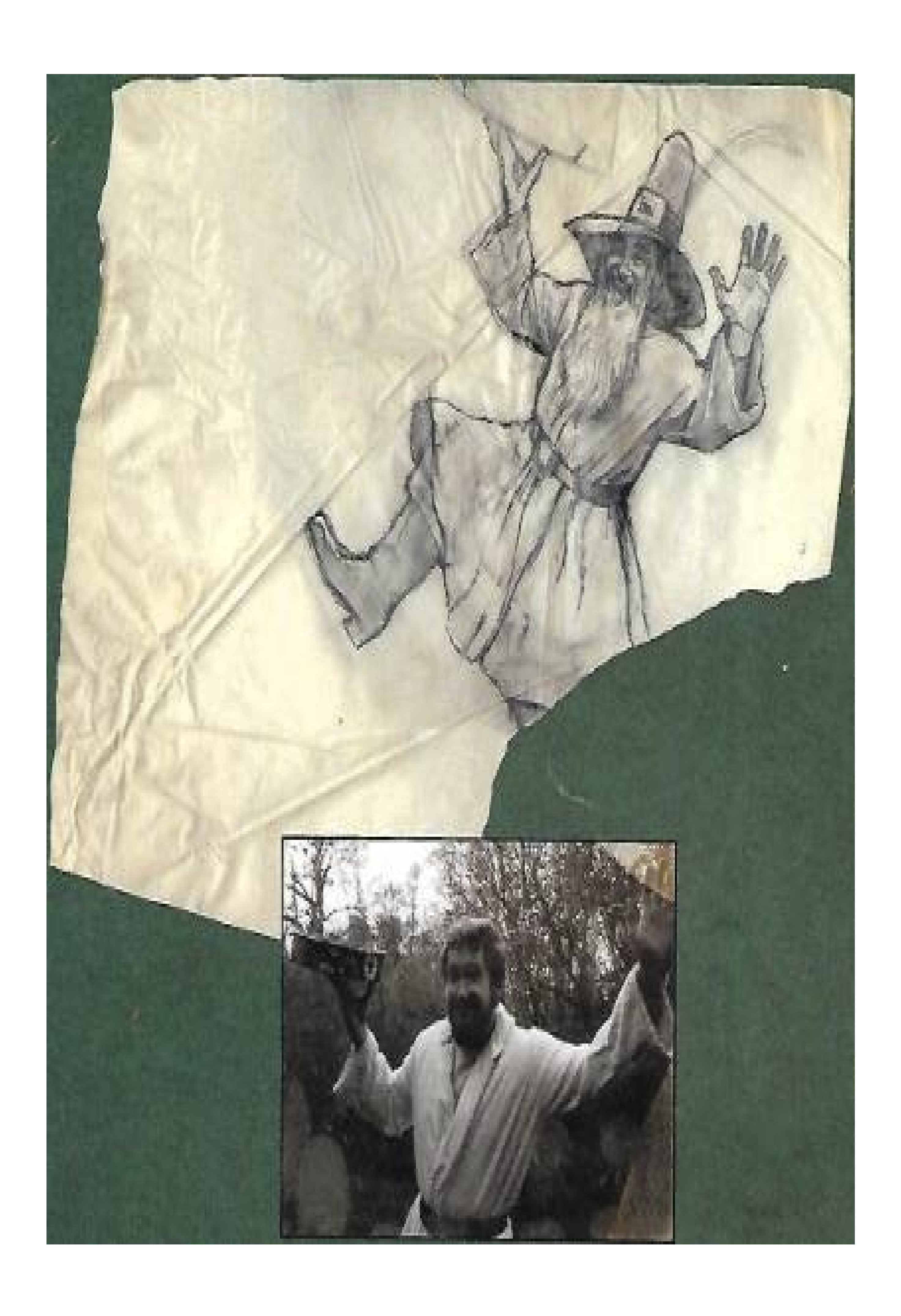
Cuando acabaron el dibujo de Tom Bombadil, seguí mirando mientras cortaban una lámina de conglomerado del tamaño que necesitaban y le daban unas manos de yeso, de manera que la tabla marrón quedaba blanca. Cuando estuvo seca, la lijaron para conseguir una superficie suave. Mi padre y mi tío prefieren una superficie dura,

como la de una tabla, a una flexible, como la de los lienzos.

Después pegaron el dibujo definitivo con cinta a la tabla, pusieron un trozo de papel carbón debajo y calcaron el dibujo, con lo que lo pasaron, así, a la tabla.

La siguiente semana observé maravillado cómo mi padre y mi tío lanzaban gotas de pintura sobre la superficie. Finalmente rellenaron los espacios en blanco hasta que apareció la imagen de Tom Bombadil

Era él, el hombre bailarín, capturado por las varitas mágicas de mi padre y mi tío.



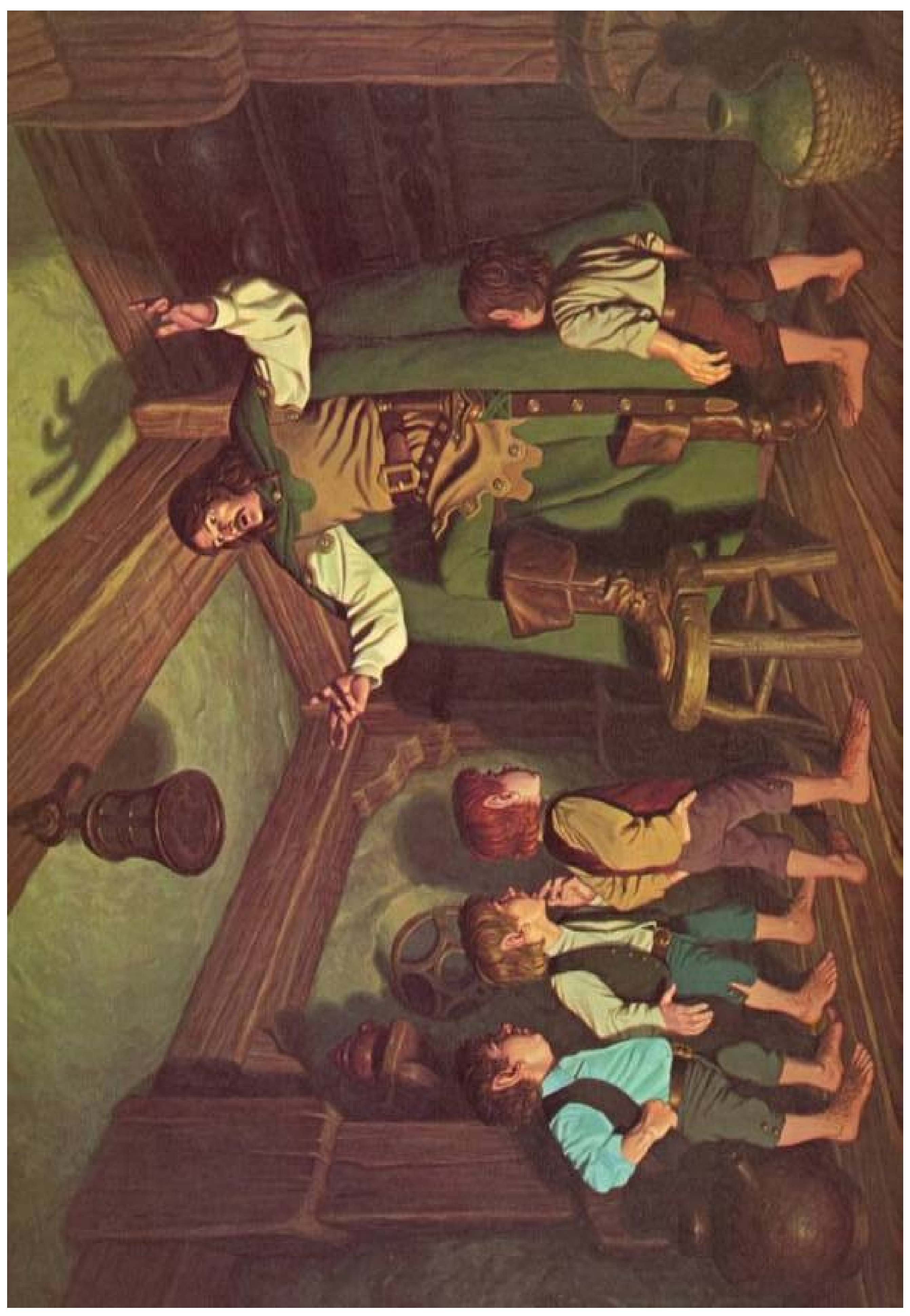
«El albornoz que llevaba Jerry para posar como Tom Bombadil era el mismo que se puso el modelo que haría de Luke Skywalker para nuestro póster de Star Wars, unos años después.» — Greg

En el Poney Pisador

Entré en el amplio vestíbulo de mi casa. Estaba alineado con el oscuro bosque. La enorme chimenea de piedra pulida sobresalía de una pared. Una ancha escalera subía hacia una planta donde la vidriera de una ventana de más de dos pisos de alto dejaba pasar tenuemente la luz. Los colores del cristal caían como una cascada, a través de la alta ventana, a un segundo tramo de escaleras que llevaban al siguiente piso.

Cuando alcancé la cima de este segundo tramo, un par de manos aparecieron de golpe, me cogieron por la cintura y me alzaron en el aire. Mi padre me llevó al estudio y me convirtió de nuevo en un hobbit.

Allí estaba mi tío, vestido con unas mallas largas, botas y una vieja alfombra atada al cuello a modo de capa.



Calendario, marzo de 1976, Ballantine Books







—Es Trancos, o lo será cuando hayamos acabado —me dijo mi padre.

Mi padre y mi tío a veces se usaban a sí mismos como modelos y después utilizaban a otra gente para posar para las caras.

Ahora yo era un hobbit en la posada del Poney Pisador, situada en la pequeña localidad de Bree, y escuchaba las historias de la Tierra Media. La cámara disparaba cuando se interrumpía la conversación entre mi padre y mi tío.

—Tu tío es Trancos, que ha viajado a la posada del Poney Pisador para encontrarse con el hobbit portador del anillo, Frodo Bolsón; tú eres ése —me explicó mi padre, mientras ajustaba los focos de luz.

—¡Listo! —gritó mi tío Tim—. ¡Vamos allá!

La presión por la fecha de entrega del primer calendario se hacía evidente en su tono de voz. Mi padre puso una luz en el suelo para que se proyectase la sombra de Trancos en la pared situada a su espalda y en el techo.

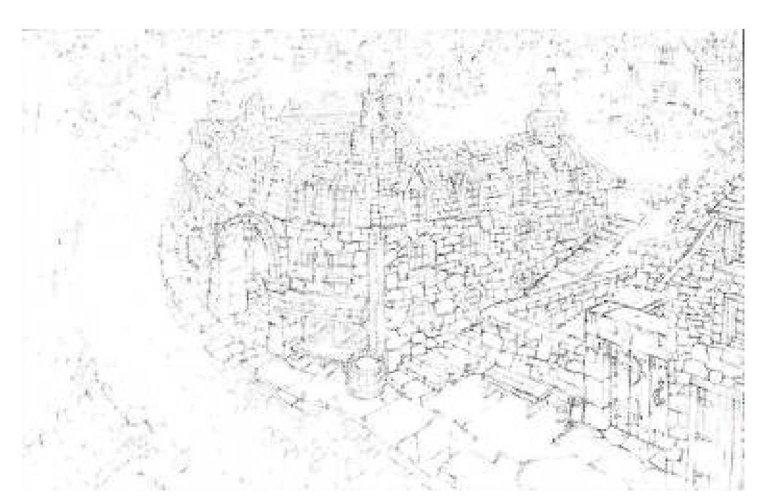
—Gregory, haz como si estuvieses escuchando a Trancos —me ordenó mi padre.

Aunque fuese mi tío el que estaba delante de mí, mi padre se refería a él como el personaje que interpretaba. Esto es algo que hacen siempre que alguien se pone delante de su cámara. La persona se convierte en el personaje por el que posa.

Notaba el calor de la luz en mi cara, pero si Trancos no se quejaba yo tampoco lo haría. Tras lo que me parecieron horas, se apagaron los focos. Habíamos terminado. No tenían tiempo que perder, así que llevaron rápidamente las Polaroids a la mesa y empezaron a dibujar.

Aún hoy se conserva la mayoría de la ropa que usamos para los calendarios de Tolkien: alfombras recosidas, camisas cortadas, cinturones de cuero y vainas de espadas. Éstas eran simplemente trozos de cartón puestos alrededor de una espada de verdad y unidos. Después se cortaba y se pegaba, o se grapaba, un trozo de cuero marrón al cartón, siempre por el lado que da a la pierna. Unos botones y unas capas de pintura después, y ya estaba lista una verdadera vaina de piel. Rudimentario pero

efectivo. Todavía me sorprende cuánto tiempo se invertía en crear la ropa y los accesorios. A veces, mi padre y mi tío estaban días enteros trabajando en el vestuario. Y era algo que habían hecho desde pequeños, ya que crearon disfraces de todo tipo, desde Frankenstein a Batman pasando por extraterrestres.



Tim creó esta visión del exterior del Poney Pisador en 1975 para establecerla antes de diseñar los interiores. Ésta es una recreación del boceto original, que acabó dañado.

Fotografiaron el techo de nuestro antiguo establo para el del Poney Pisador. La ventana redonda de nuestro ático acabó en una de las paredes. En casa había muchas más cosas de las que nunca hubiera imaginado.

Creo que la razón por la que mi tío y mi padre se preocupaban tanto de los disfraces y de tas fotografías fue que mi tío se había leído *El Señor de los Anillos* hacia unos años y quería desesperadamente ilustrar la novela.

Mi tía Rita le había regalado el calendario Tolkien del año 1975, con láminas del americano Tim Kirk. El primero en publicarse había sido el de 1974, con dibujos del mismo J. R. R. Tolkien. Casi al instante, mi tío se sumergió en la relectura de los libros.

En esos momentos mi padre se concentraba en pintar su propia colección de imágenes, ya que deseaba hacer una exposición en una galería de Nueva York. Quería dejar de ilustrar las ideas de otros.

Cuando por fin, tras la insistencia de mi tío, mi padre leyó la trilogía de Tolkien, se interesó por ello. En los siguientes tres años, mi padre abandonó la idea de la exposición en una galería y se sumergió en un mundo de hobbits, magos, enanos y elfos.

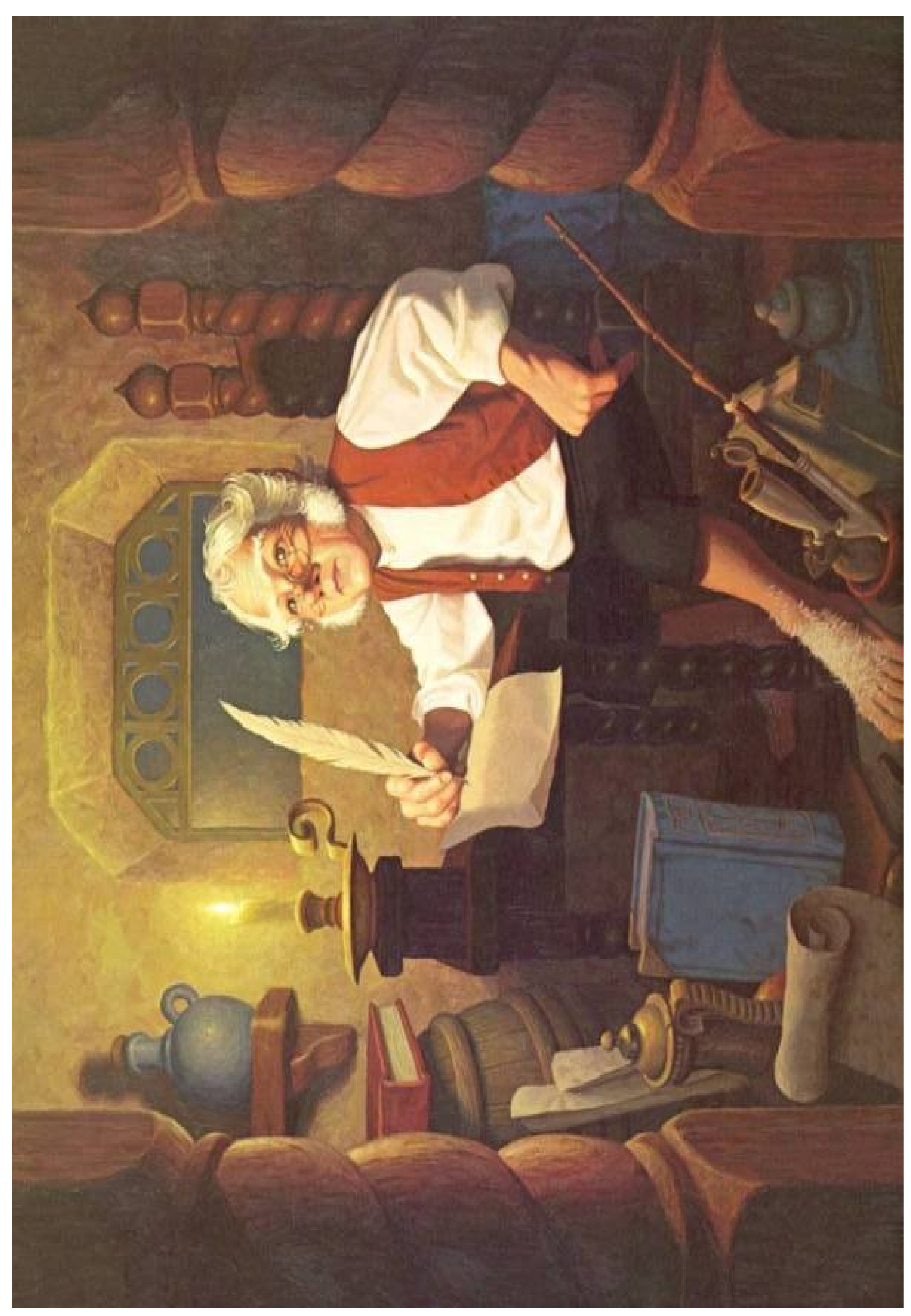
«La primera vez que me dí cuenta del uso de las luces para proyectar sombras dramáticas fue cuando vi a la bruja sumergiendo la manzana en el caldero en Blancanieves de Disney». — Greg

Bilbo en Rivendel

Me sentía seguro y no tenía ni una pizca de cansancio. Salí en silencio, con mucho cuidado, de mi habitación. Descendí hasta el oscuro y gran salón. El viejo suelo de madera crujía con cada paso. La vidriera de la ventana que había bañado las escaleras con una agradable luz estaba oscura.

Mis hermanas mayores, Mary y Laura, me habían advertido de los peligros que acechaban en la oscuridad. Decían que había criaturas que se arrastraban desde el húmedo sótano y recorrían la casa en busca de comida, y que los niños pequeños eran su plato favorito. Una luz parpadeante al final del salón llamó mi atención. Venía del estudio de mi padre. ¿Había dejado la luz encendida?

¿Estaba todavía trabajando? Entonces oí las voces.



Calendario, abril de 1976. Ballantine Books

«Una de mis primera influencias fue Pinocho de Disney y los imaginativos diseños de Gustav Tenggren. Quería capturar el espíritu del taller de Geppetto en esta pintura.» — Tim

Seguí adelante hasta llegar a la puerta del estudio y pude echar un vistazo dentro. Una titilante vela iluminaba a mi tío, sentado a su mesa. Tenía los pantalones subidos hasta las rodillas, estaba sentado y miraba hacia el infinito mientras mi padre estaba agachado ante él con la cámara.

Normalmente mi padre hace las fotos y mi tío hace de director de escena: prepara el escenario para la toma, mueve las luces y les arregla los disfraces a los modelos. Pero también se turnan a veces, y cada uno hace el papel del otro o lo toma desde donde el otro lo ha dejado.

Trabajar juntos ha sido una habilidad que adquirieron no por ser gemelos, sino por el hecho de que les criaron juntos y les gustaron las mismas cosas. Aunque son gemelos, son personas completamente diferentes. Los dos luchan por definir su propia identidad, pero son capaces de pensar igual cuando trabajan en un proyecto.

—Hola, Gorgo —me dijo mi tío, con voz suave.

Mi padre se giró, vino hacia mí y me hizo entrar en la habitación.

—Toma, aguanta esto. —Me alcanzó un gran trozó de cartón blanco girado hacia un foco. La luz dejó de dirigirse hacia mi tío, ya que mi padre la apuntó hacia el cartón que estaba sujetando.

—¿Qué es? —pregunté.

Mi padre miró hacia mí por encima del foco y después hacia el suelo mientras cargaba la película en la cámara:

—Es un trozo de cartón para reflejar la luz. Una luz directa sería demasiado brillante para esta escena. La vela saldrá en la pintura, pero su luz no sería suficiente para la cámara.

—Oh —dije. Pero ésa no era la respuesta que estaba buscando.

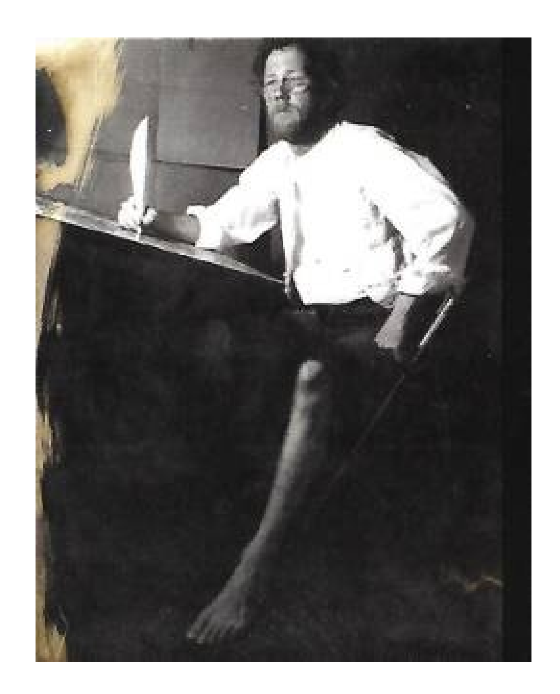
—Tu tío es Bilbo Bolsón —continuó—. Ahora es bastante viejo y vive en un lugar llamado Rivendel. Ayudó a derrotar al dragón Smaug y se retiró para escribir sobre su vida.

Seguí mirando mientras mi padre tomaba fotos de mi tío. Aunque ya había sido testigo de ello en numerosas ocasiones, todavía me sorprendía cómo podían hacer una fotografía y convertirla en una pintura.

Se acabó con unos clics. El tío Tim apagó la vela con un soplido. Papá apagó la luz del foco. Dejé el cartón en el suelo y salí del estudio. En los días que siguieron, «Bilbo en Rivendel» tomó vida en un torbellino de pintura acrílica marrón, negra y blanca.

¿Veis dónde está la tetera, en el suelo, delante de Bilbo? Allí es donde yo estaba aguantando el cartón. Aunque no salgo en la pintura acabada todavía soy parte de ella. En mi imaginación, mi padre y mi tío me han transformado por arte de magia en

la tetera



«Cuando pintamos a Bilbo como un hobbit de edad avanzada, usamos el cuerpo de Tim y la cara de mi padre.» — Greg



La cara de George Hildebrandt, el patriarca de la familia, se convirtió en la de Bilbo Bolsón.

El Anillo de Galadriel

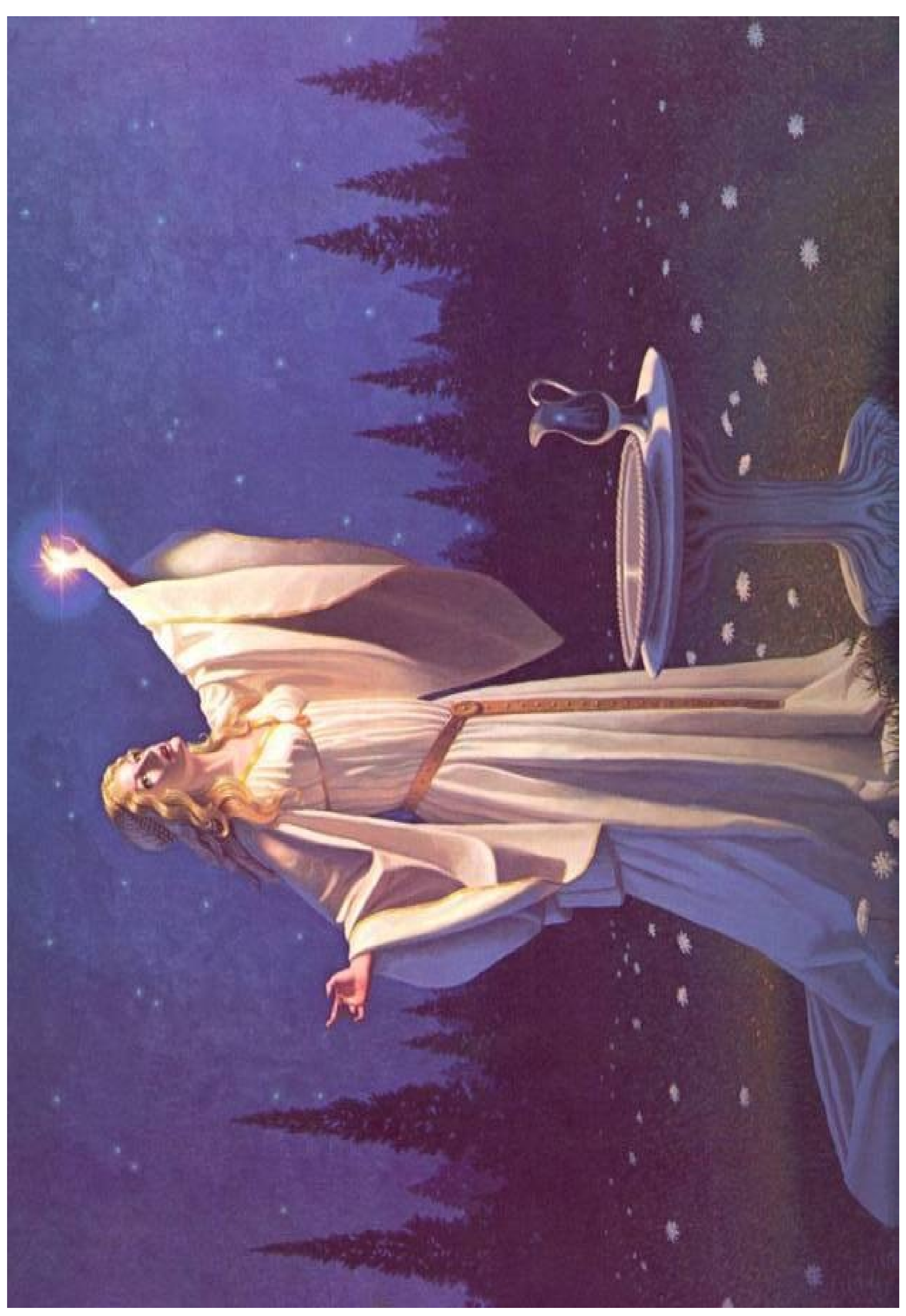
El alboroto de una habitación me despertó una mañana. Arrancando el sueño de mis ojos abrí la puerta que llevaba a la habitación de mis padres. La luz deslumbrante de los focos me obligó a cubrirme los ojos. Entré y me quedé al lado de la enorme chimenea. Entraba una ligera brisa por el tiro, y sentí escalofríos.

Mi madre llevaba una larga túnica blanca y un cinturón dorado, estaba de pie, con elegancia, bajo las luces, que desprendían gran calor. Mantenía una mano alzada y los rayos de luz se reflejaban en el anillo de su dedo. Mi tío arregló algunas arrugas de la túnica y se sentó de nuevo. Cerró un ojo para estudiarlo todo desde una perspectiva artística y repitió el proceso.

La calma y el silencio impregnaban la habitación. No era un silencio incómodo, sino bienvenido, sobre todo tan temprano por la mañana. Me enteré de que el anillo que mi madre llevaba en el dedo era el Anillo de Galadriel, y que yo era testigo de su magia. Galadriel, la «dama de la luz», era tan poderosa como cualquier mago. El Anillo era uno de las tres sortijas élficas de poder, y ella lo protegía del alcance del mal. Supe que aquellos que buscaban el dominio definitivo codiciarían el conocimiento que poseía.

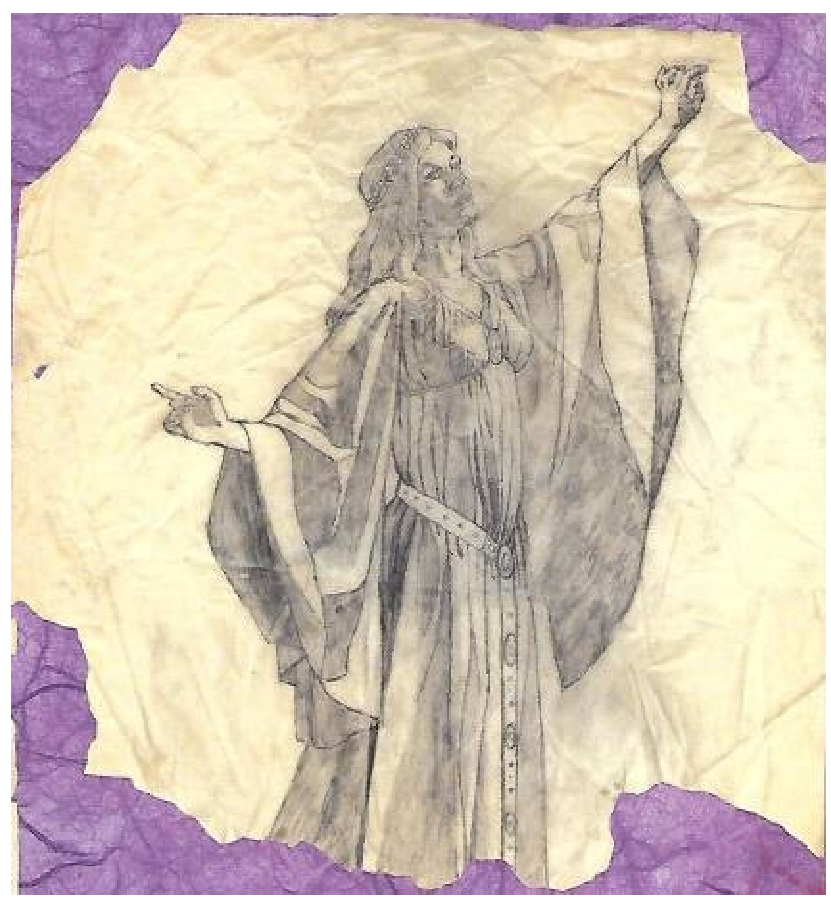
Ahora sé que la verdadera magia de mi madre era apoyar a mi padre como una piedra angular invisible.

Conseguía anclar a nuestra familia en fundamentos sólidos mientras mi padre y mi tío perseguían sus vuelos de fantasía. Era Galadriel en todos los sentidos.



Calendario, mayo de 1976. Ballantine Books







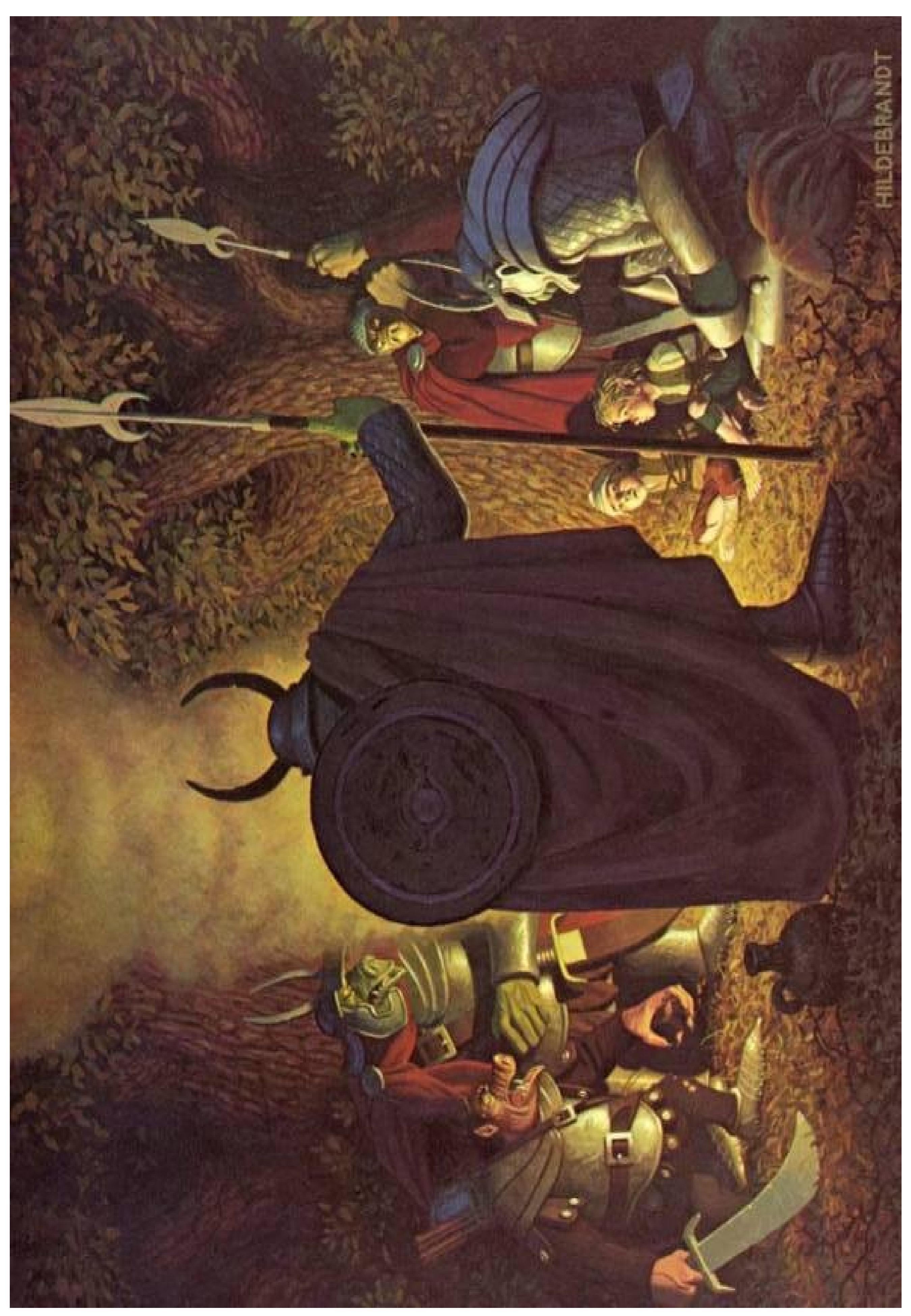
Diana Hildebrandt, la mujer de Greg, posó en esta foto como La bella Galadriel.
Desde que se conocieron. Diana posó para docenas de personajes de Greg. Esto es el beneficio o la maldición de estar casada con un ilustrador.

«Nuestro método consiste en crear pequeños bocetos, después hacer los vestidos y tomar fotografías del modelo con la iluminación correcta. Todo esto son las patatas y la carne. La pintura acabada es como comer el postre.» — Tim

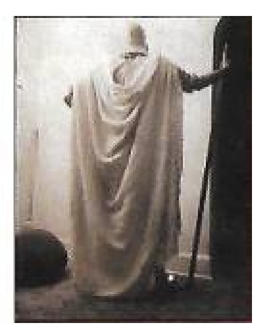
Prisioneros de los orcos

La primavera pasaba rápidamente. Los árboles ya habían empezado a adquirir el color verde oscuro del varano. En el interior, las viejas cañerías que se arrastraban bajo la casa se quejaban y crujían quizá por última vez esa temporada, el agua caliente pasaba por ellas hacia los antiguos radiadores de hierro.

Me encantaban todas estas cosas antiguas. Sus ruidos metálicos y su olor me hacían sentir seguro. Vagué solo por el vestíbulo. Como siempre, acabé en el estudio de mi padre. Con cuidado esquivé tubos de pintura medio llenos y pinceles que estaban esparcidos por el suelo. Escalé hasta sentarme en la silla cubierta de pintura y me maravillé con las imágenes de la mesa de dibujo.



Calendario, junio de 1976. Ballantine Books



Había ante mí bocetos de criaturas diferentes a cualquiera de las que yo hubiese imaginado antes: hombres enormes, parecidos a cerdos, vestidos con un vasto surtido de armaduras. Eran como salidos de una pesadilla, pero no de una que yo hubiese tenido. Sus dientes amenazantes y sus ojos pequeños y brillantes no dejaban duda alguna de sus intenciones.

Había también dos pequeños hobbits atados a un árbol. Tenían grabado en sus caras el horror. Uno de ellos miraba directamente a las fauces hambrientas de una de las bestias. Sabía que era una cara que nunca querría encontrarme.

Levanté la vista y allí estaba la fotografía de mi cara para la que había posado antes, pegada al lado de fotos de mi tío atado y del dibujo de los desagradables monstruos. ¿Era eso una visión de lo que me esperaba en las sombras del oscuro sótano? O quizá eran los vigilantes de los pasillos, de los que mis hermanas habían comentado, en susurros, que erraban por su escuela a la búsqueda de niños descarriados. Sabía que más tarde o más temprano debería enfrentarme a criaturas como ésas. Pero aún no era el momento.

Al mirar hacia la mesa me quedé boquiabierto. ¡Era yo! Yo era el que estaba atado, como un sacrificio para esas criaturas de la oscuridad. Pero había dos víctimas… ¡y las dos eran yo!

Bueno, de hecho, serían Merry y Pippin, los hobbits.



«La foto del orco del centro era, en realidad, una toma de un soldado romano hecha al principio de los sesenta para una escena de crucifixión. Eso me dio la idea de diseñar los orcos como si llevaran un armadura romana. Pero no era el resultado que queríamos, así que mezclamos Roma con Japón y Persia» — Greg

Empieza La Compañía del Anillo

En los días siguientes hubo en mi casa un constante ir y venir de gente. A algunos los conocía, a otros no. Habían venido para poner su granito de arena en la página central del primer calendario. Los disfraces se amontonaban, los focos y los *flashes* brillaban continuamente y había cajitas de carretes desparramadas por el suelo.

Me vistieron una y otra vez. Mi imagen, con unos pies y unas manos enormes, acabó al frente de un grupo de aventureros que se dirigían hacia lo desconocido. Algunas partes de mí se mezclaron en el resto de los hobbits. Los ojos aquí, la boca allí…

En el estudio, los bocetos iban esparciéndose por encima de la mesa. Los cortaban y los pegaban para formar una pintura gigante. Los visitantes habían posado para las caras en diferentes momentos, pero mi padre y mi tío demostraron su magia de nuevo colocándolos todos juntos en una imagen.

El colage de fotos se convirtió, poco a poco, en un dibujo completo. Para mí era una mezcla de acontecimientos ocurridos durante días, quizá semanas. Pero para el mundo sería el fin de un mes, al girar la página, cuando junio terminase. La gente vería, por primera vez, una unión de héroes consagrados al futuro de sus tierras y a la destrucción de sus enemigos. Estos héroes eran, en realidad, profesores, dibujantes, fontaneros, carpinteros, mecánicos y un neurobiólogo. Pero el mundo los vería como la Compañía del Anillo.

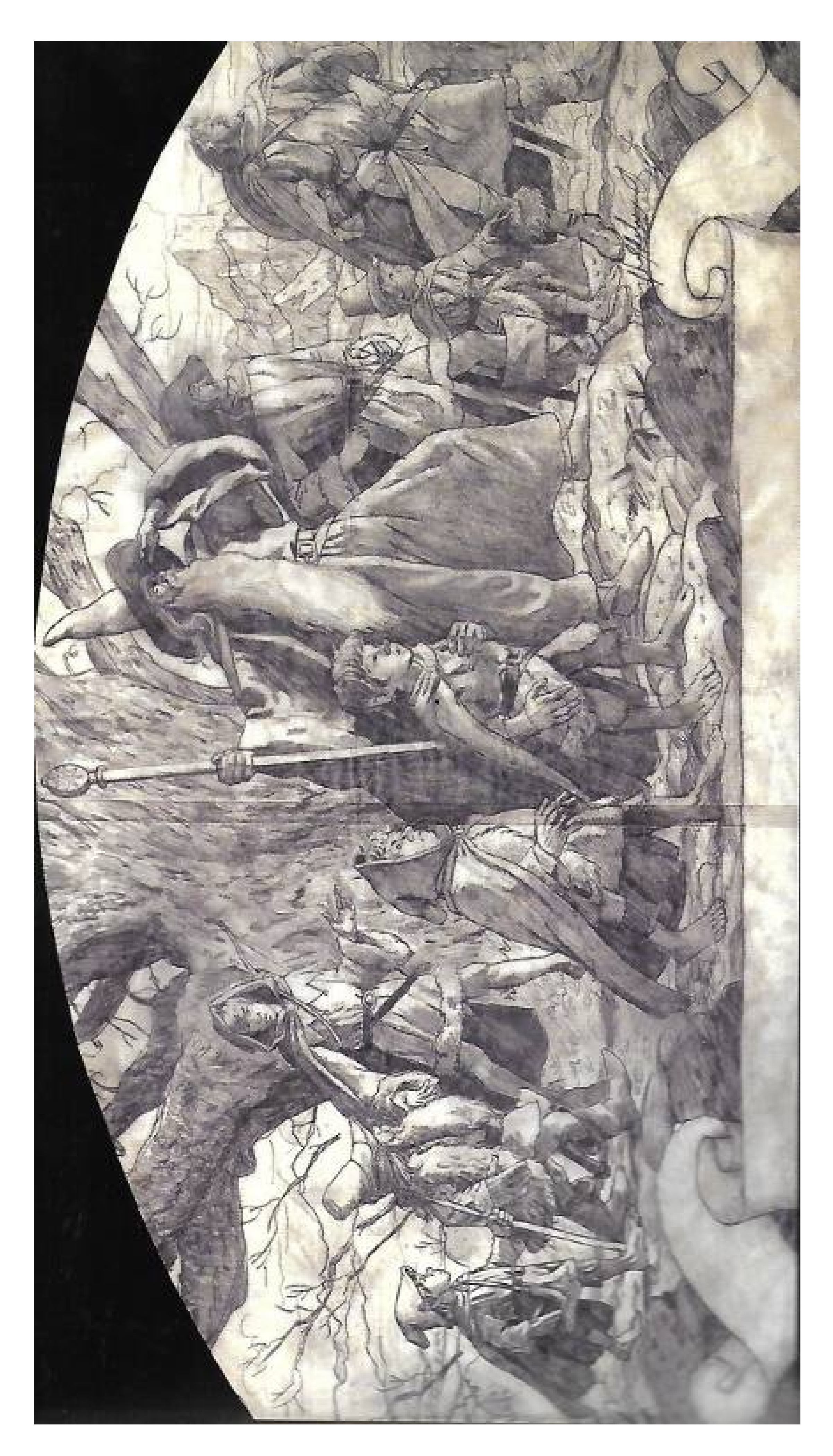
Yo veía a los amigos de mi padre y de mi tío.

Podía sentir cómo aumentaba la tensión, aunque mi padre y mi tío ya habían alcanzado el ecuador del calendario. Recibían periódicamente llamadas del director de arte, Ian Summers. Fuese mi padre o mi tío el que contestase el teléfono, el tema de conversación nunca cambiaba: «Trabajamos tan rápido como podemos. No podemos pintar más rápido de cómo estamos pintando. Llegaremos a la fecha de entrega. Nunca hemos llegado tarde a una.»

Pero notaba que no estaban seguros de ello. A partir de este momento, y por primera vez, empecé a ver el dibujo acabado como una cosa muy importante. Mi padre seguía queriendo hacer pinturas enormes, pero mi tío le recordaba la fecha de entrega. Pero cuando fue el turno de la Compañía del Anillo los dos estuvieron de acuerdo. Tenía que ser muy, muy grande.



«El dibujo de la izquierda era uno de los primeros que hicimos sobre Tolkien. Después decidimos enfocar El Señor de los Anillos desde un punto de vista más adulto. Durante seis años, Tim y yo habíamos ilustrado libros infantiles. Los calendarios de Tolkien eran el inicio de un nuevo tipo de arte para nosotros. Diseñar y pintar estas catorce láminas en cinco meses era todo un reto. Los mejores proyectos siempre tienen las peores fechas de entrega.» — Greg



«En la composición, lo que unifica la Compañía es el roble gigante. Queríamos un árbol en la imagen central porque a Tolkien le entusiasmaban los árboles. A mí me encanta pintar las texturas, especialmente cuando son cortezas retorcidas.» —Tim

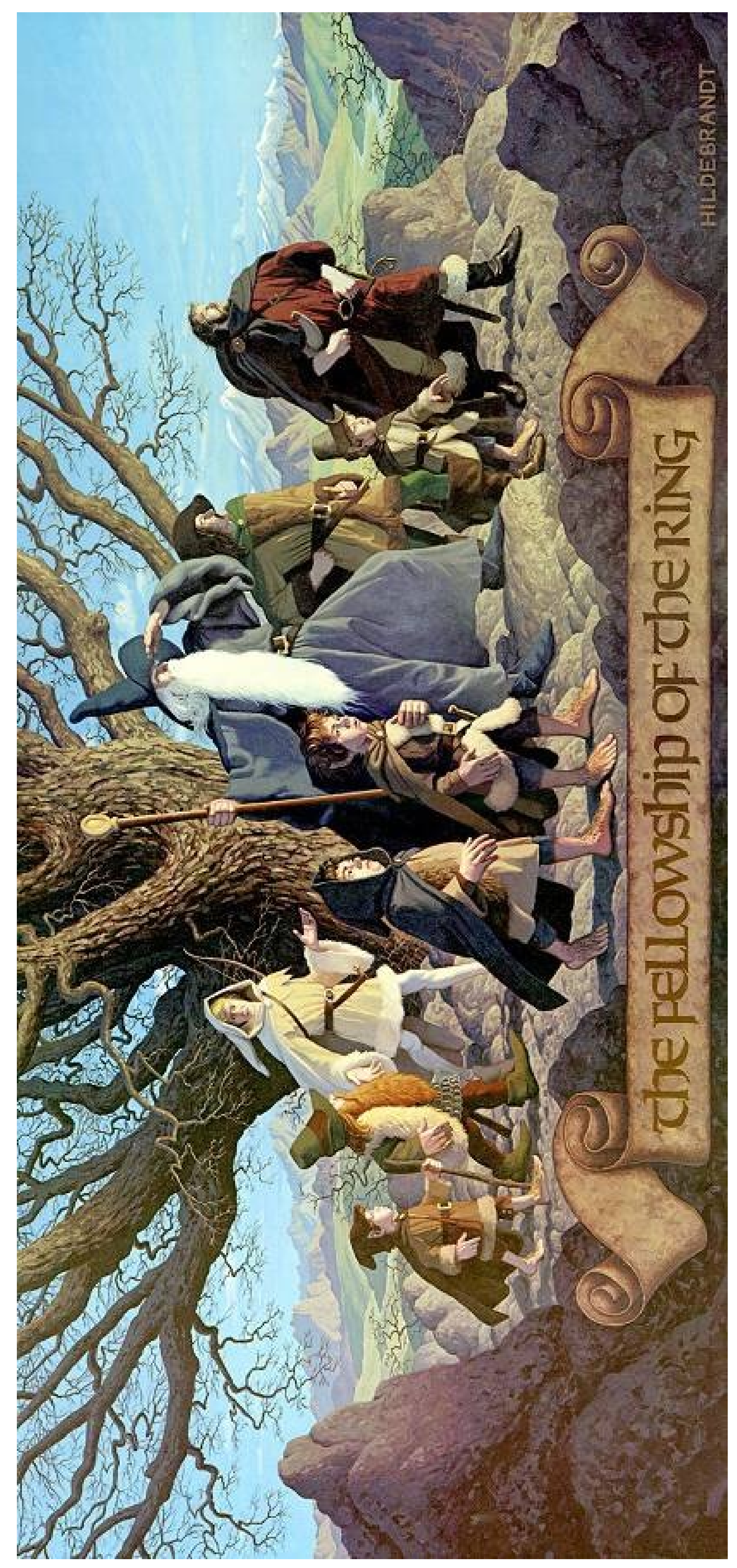










La Compañía del Anillo. Imagen central del calendario de 1976, Ballantine Books

«Sabíamos que Frodo y Gandalf tenían que ser las figuras centrales de la composición. Cuanto más cerca de ellos están los personajes, más importantes

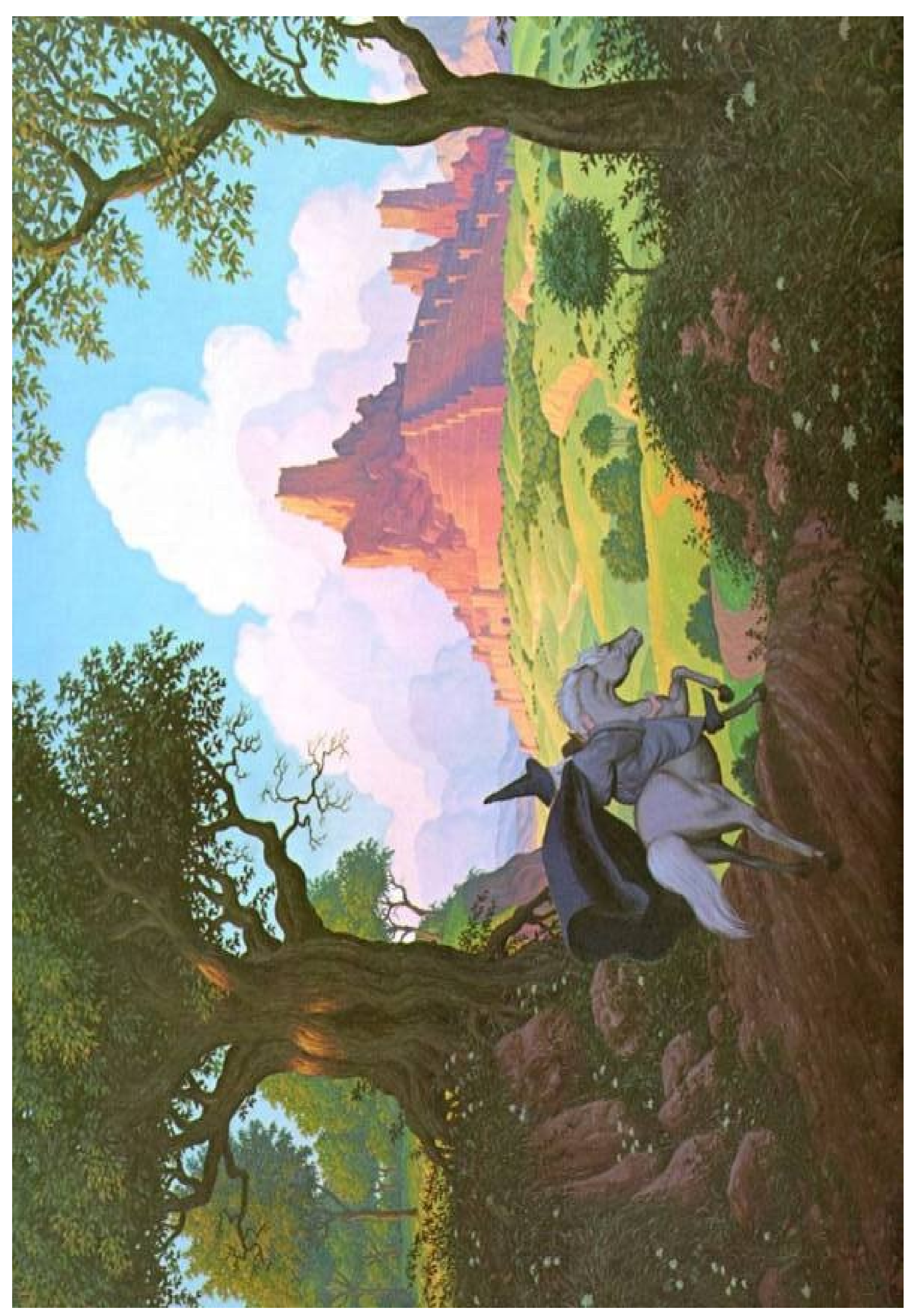
son en la historia.» — Tim

«Los vestidos de estos héroes están hechos con albornoces, esteras, toallas y fundas de almohada. Tim posó para los cuerpos, y mezclamos su cara con la de Gregory para crear a los hobbits.» — Greg

El camino a Minas Tirith

Los rayos de sol caían sobre mi nuca. Mi perra Pani, una malamute de Alaska, me arrastraba con su correa por un sendero. La reserva local era un sitio que mi familia y yo visitábamos con frecuencia. Pañi esperaba estos paseos más que yo, ya que, de hecho, era ella la que mandaba en el itinerario.

Mi padre nos seguía con la cámara. A veces se paraba y hacía fotos de piedras por aquí, una zona de hierba por allí, y de árboles por todas partes. Se agachaba con una posición incómoda y capturaba las ramas de los árboles con su cámara, mientras los rayos de sol pasaban a través de ellas. Después se agazaparía, poniéndose todavía más cerca, para fotografiar las tortuosas raíces.



Calendario, julio de 1976. Ballantine Books

«Según Tolkien, Minas Tirith está excavado en la montaña. Por eso decidí mostrarlo en la distancia, incluyendo el paisaje y la ciudad.» — Tim

Me encantaba observarlo cada vez que acercaba la cámara a su ojo cuando soplaba viento. Se levantaba un remolino de arena en el camino dando vueltas, y con un clic de la cámara lo capturaba al momento. Cuando el sol caía a través de un árbol en el sitio perfecto, mi padre estaba allí para fotografiarlo. Empecé a preocuparme cuando mi padre sacó el caballo de juguete de mi hermana y lo dejó en el camino de tierra. Tumbado en el suelo, empezó a tomar fotografías del juguete quieto, gruñendo para sí mismo.

Se levantó después de hacer algunas fotos. La arena se había pegado en su camiseta, pero no le preocupaba para nada. Recogió el caballo de juguete y lo volvió a guardar en su mochila.

—Éste es el perfecto camino a Minas Tirith —dijo, caminando a paso ligero, me superó con una sonrisa.

Llevaba algunas ramitas pegadas a su larga barba.

—¡Vamos, pequeño! ¡El lago está justo al doblar la curva! —dijo, juguetón.

Me quedé de pie, en silencio, con mi perra apoyada en mí. Ya sabía qué tenía que hacer. Para el próximo cumpleaños de mi padre, te tenía que comprar un libro de «Cómo se hace» de fotografía.

Los días pasaban poco a poco, como cuando eres un niño. Me situé tras mi padre en su estudio, espiando por encima de su hombro mientras los dibujos a lápiz quedaban más y más definidos. Mi padre esparció las fotos que había tomado por mesa y por el suelo; hasta el caballo de plástico estaba allí, con algunas manchas de pintura secas en el cuerpo.

Como un genial arquitecto, mi tío creó una sorprendente fortaleza ante mis ojos. Piso a piso, la estructura de piedra se hacía más y más alta, y, en el centro, había una sola torre de roca. Campos verdes, con altibajos, rodeaban la fortaleza. Un viejo camino de arena serpenteaba hasta llegar a la Gran Entrada. De alguna manera, era el de la reserva. Y el caballo de plástico se había convertido en Sombragrís, sobre el que Gandalf cabalgaba veloz hacia la estructura de piedra.

Había sido testigo de la construcción de la mayor ciudadela de la Tierra Medía, Minas Tirith, la ciudad de los reyes. Sólo yo conocía los secretos de sus siete niveles, la situación de cada puerta secreta. Pero poseer esa información me ponía nervioso. De todos modos, con mi padre y mi tío a mi lado, y los muros de Minas Tirith dentro de mi propia casa, sabía que estaba seguro… de momento.



«Normalmente, la gente sólo ve el producto acabado. No se dan cuenta del montón de trabaja que hay, incluso, antes de que empecemos a pintar. Hacíamos dibujos a lápiz muy elaborados, del mismo tamaño que la pintura, para casi todos nuestros trabajos de Tolkien. Teníamos que hacer todo esto no solo para nosotros, sino también para Ballantine, para que nos dieran la aprobación y nos informaran de cualquier error.» — Tim

Bárbol

Una de las persianas del estudio estaba enrollada. La otra estaba bajada. Mi tío estaba sentado en su caballete, con un foco detrás de él. La intensa luz iluminaba una pintura de raíces oscuras y una enorme mesa de piedra.

En la mesa estaban sentados dos hobbits que me daban la espalda. Un espacio vacío, aún blanco, en el centro de la pintura, clamaba porque lo acabasen. Mientras seguía observando por encima de su hombro, el tío Tim sumergió la punta de su pincel en una hoja de aluminio. Varios colores corrieron por encima de la hoja de meted, la mayoría mezclándose con los otros.

Después de cubrir el pincel con una gota, mi tío lo restregó contra la tela de la pernera para deshacerse del exceso de pintura. Puso una mano encima de la tabla y empezó a golpear amablemente con la punta del pincel en el espacio vacío. Me pareció muy divertido que se hubiese embadurnado él mismo con más pintura que la que puso en la tabla.

Me volví hacia mi padre, que estaba sentado en una pequeña mesa plegable atestada de tubos de pintura vacíos, jarras de agua y cafeteras vacías. Había empezado a esculpir una figura de barro, enrollándolo y apretándolo. Cogió un viejo palo, de unos treinta centímetros o así de largo, y lo dejó en la mesa. Con el barro moldeó la forma de una cabeza para el extremo superior del palo. Para completarla usó un trozo pequeño como nariz.

Mi padre y mi tío hacían un montón de miniaturas como referencias fotográficas. Incluso hoy en día, con todos los modelos y los muñequitos de acción que hay en el mercado, siguen combinando trozos de diferentes objetos para formar lo que intentan visualizar. Usan la escultura acabada para conseguir la iluminación correcta.

Al combinar las fotos de la cabeza de barro pegada al palo con fotos de dos brazos larguiruchos (o el de mi padre o el de mi tío), la imagen de Bárbol tomó vida en los bocetos. ¡Después, la magia artística de las varitas con pelos en la punta de mi padre y de mi tío dieron a luz a la criatura en forma de árbol en la pintura!

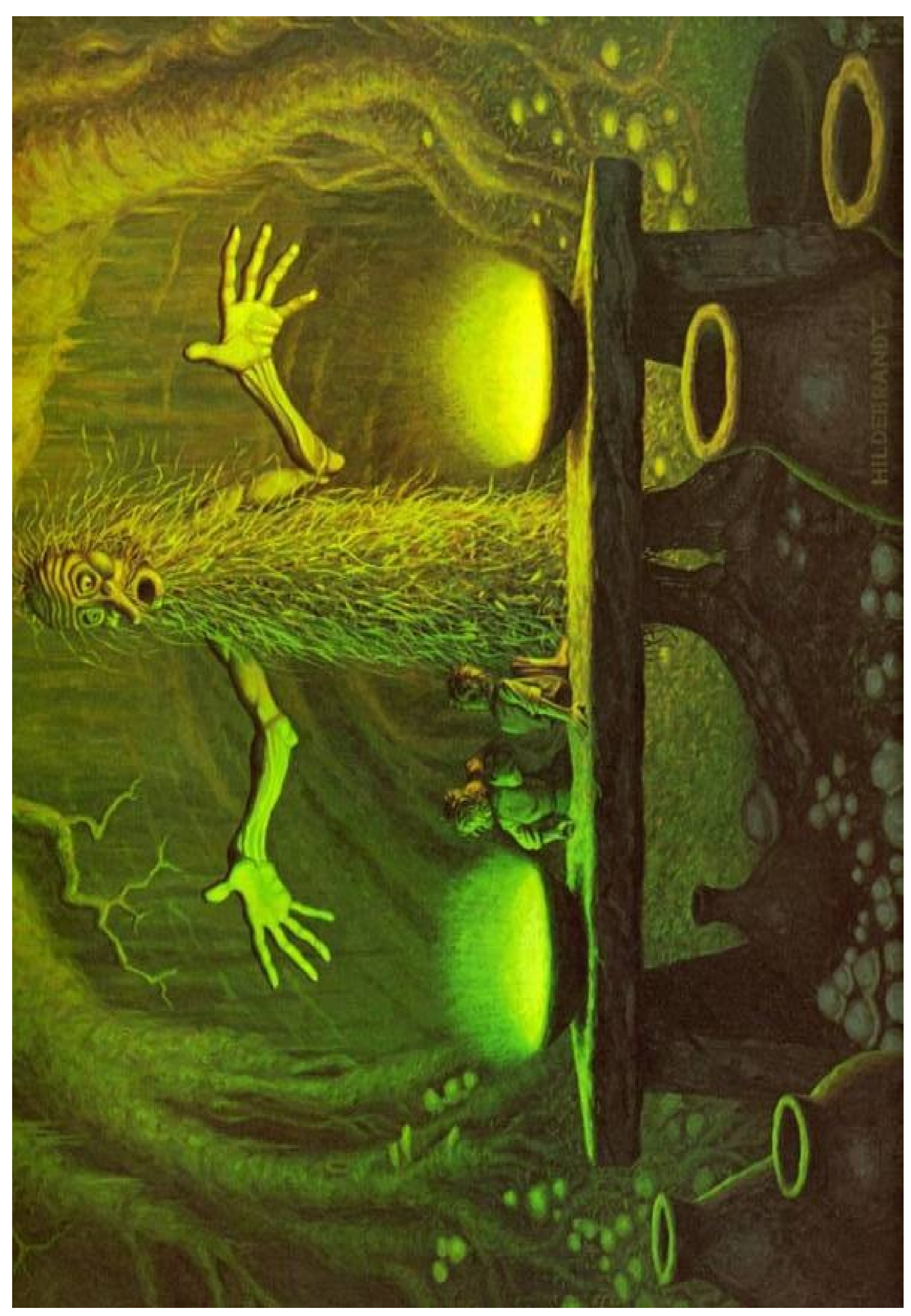
Mi tío me contó más tarde que los dos hobbits a quien se dirigía Bárbol, Merry y Pippin, le estaban pidiendo ayuda para luchar contra el mal. Bárbol accedió a lo que le pedían y, por lo que he oído, salieron victoriosos.

Después de esto, nunca trepé a otro árbol del patio sin preguntarme si podría hablar.

«La mayaría de fotos para el calendario de 1976 se tomaron con una Polaroid en blanco y negra. La usábamos para estar seguros al instante de que tomábamos la foto bien. Recuerdo con cariño cómo cubríamos la película con una pequeña esponja rosa, mojada en elementos químicos que me goteaban por las manos. La cámara Polaroid es el mejor invento que jamás se ha ideado para dibujantes con



fechas de entrega.» — Greg



Calendario, agosto de 1976. Ballantine Books

«Lo más difícil aquí era mezclar perfectamente la humanidad y la "árbolidad". Es el lector el que juzga si un ilustrador ha conseguido interpretar correctamente un personaje o una historia. Tienes que asegurarte de que te satisface a ti mismo. Si tú no estás al cien por cien seguro de tu interpretación, nadie lo estará.» — Tim

Saruman en Orthanc

Después de escuchar por encima algunas conversaciones, supe que estaba a punto de suceder algo muy malo. Un mago malvado conocido como Saruman venía de un lugar llamado Orthanc. Mi padre se había ido temprano hacia el estudio de mi tío, y yo me había quedado solo, con la espada bien sujeta en el puño, haciendo la ronda por las salas de mi casa. Era su protector.

Me paré en la sala común y noté una fuerte brisa que agitó la capa atada a los hombros. Había algo que no estaba bien.

Fui hasta la cocina y subí las escaleras que llevaban al estudio. La puerta estaba entreabierta. La empujé, para abrirla, con la punta de la espada. Entré. La mayoría de bocetos, normalmente esparcidos por el suelo, habían desaparecido. Debían de haber limpiado. Miré al suelo, a mis pies. ¿Había habido siempre una moqueta? Ser ordenados no es una de las características principales de mi padre y mi tío. En medio del proceso creativo, hay cosas que necesitan quedar en segundo plano. Mantener el estudio limpio y ordenado, para ellos, no está en segundo plano… ¡sino en cuarto o quinto!

En este estudio desconocido noté que me vigilaban. Un escalofrío me recorrió la columna. Me di la vuelta y allí estaba.

Una torre alta y labrada se levantaba ante mí. Estaba frente a Orthanc, en el centro de Isengard. Orthanc, el castillo del malvado mago Saruman el Multicolor. ¿Pero dónde estaba Saruman?

El viento sopló a través de la ventana y la puerta se cerró de golpe. ¡Estaba atrapado! ¿Estaba Saruman en el estudio?

Mi padre y mi tío me habían contado que la torre de Saruman en Isengard era impenetrable. ¡Pero ahora sólo estaba yo para detenerle! Cogí mi capa y cubrí con ella el dibujo. Mantuve la espada apuntándolo.

En la distancia, un fuerte ruido me sorprendió. ¿Había sido un portazo? No podía decirlo con seguridad. Después oí pisadas en las escaleras. Primero eran débiles, pero se volvieron más y más fuertes, y estaban más cerca. Ya habían llegado al vestíbulo y se dirigían a mí. ¡Era Saruman! ¡Venía a capturarme!

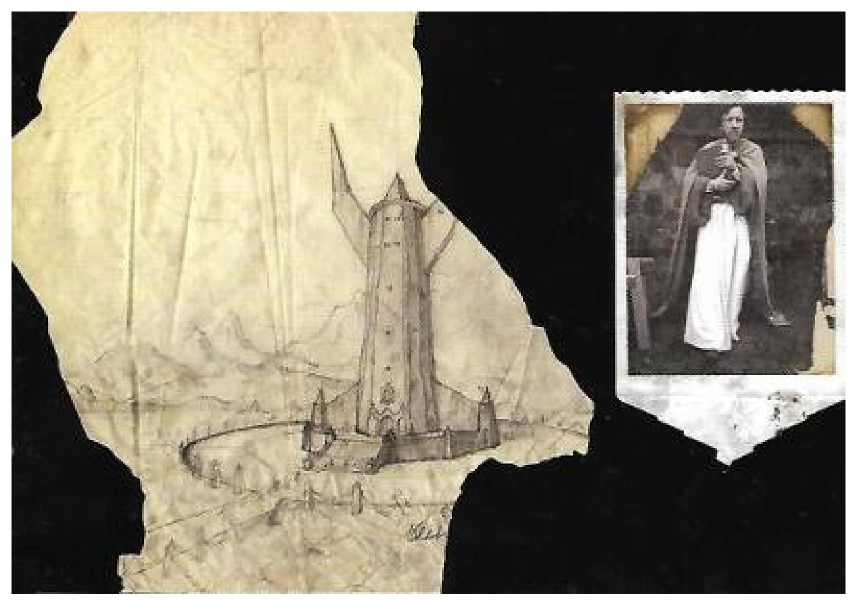
La puerta se abrió de par en par y, de pie en las sombras, estaban mi padre y mi tío. Entraron en el estudio.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Saruman está en el vestíbulo!

—No está en el vestíbulo, Gorgo —contestó el tío Tim, que llevaba una pintura en las manos.

—Está justo en la pintura que hemos acabado en el estudio del tío Tim —continuó mi padre—. Y ahora, pequeño, baja la espada… te vas a sacar un ojo.







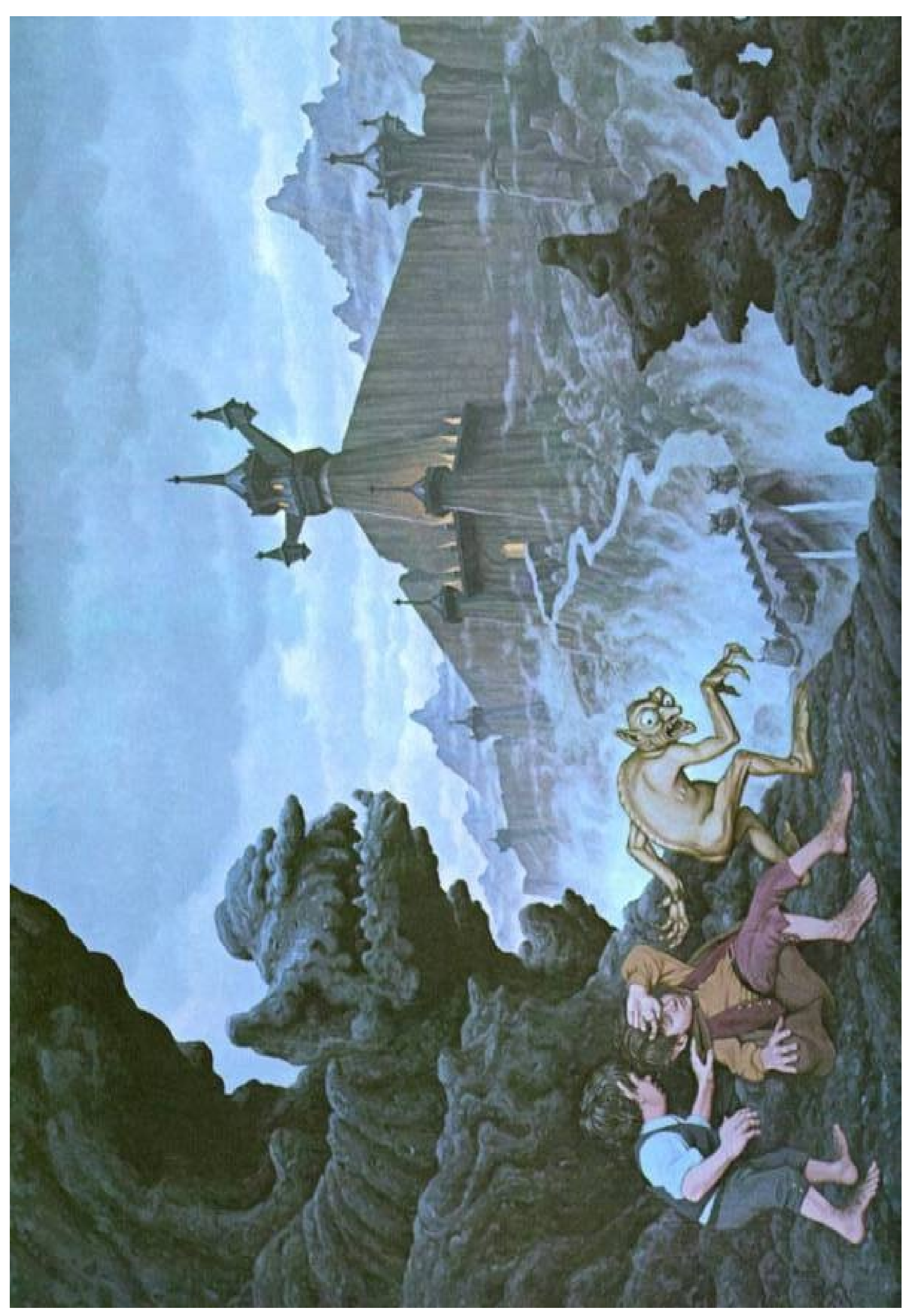
Calendario, septiembre de 1976. Ballantine Books

«Como quería darle un toque malvado, diseñé Orthanc para que pareciese los cuernos de un diablo. Lester del Rey, que era el jefe consultor de los calendarios, dijo que mi interpretación de la torre no era muy buena. Tenía razón, y lo corregí para que pareciesen más pinchos que cuernos.» — Tim

La Ciudad de los Espectros del Anillo

Me recliné, incómodo, en la pared. El imperdible que me aguantaba la capa (bueno, una esterilla polvorienta) en la espalda me pinchaba en el cuello. Los focos reflejados en el techo me bañaban con una luz suave.

Mi padre y mi tío estudiaban el esbozo que tenían delante. Charlaban apuntándome con el dedo de vez en cuando. Yo me movía inquieto, con la capa en los hombros, mientras ellos hablaban en quedos susurros sobre una criatura, una cosita sucia, pequeña, que vivía sólo para la traición. Había sido como un hobbit, pero el Anillo del Destino le había convertido en un ser malvado.



Calendario, octubre de 1976. Ballantine Books

«Usamos una luz neutral para darle un aspecto sombrío. Tim se divirtió mucho con esta pintura y añadió caras en las rocas y en las torres, aunque no estaban en el texto.» — Greg

Le llamaban Gollum, una criatura que acechaba en las sombras de la noche y en la humedad de los subterráneos. ¿Podía ser éste el mal que se escondía en las profundidades de mi sótano, oculto en los rincones oscuros?

Mi padre me ordenó que mantuviese los ojos cerrados y que pusiese un brazo en la cabeza. Así lo hice. La cámara disparó varias veces. De pronto, papá me levantó:

—Eso es todo —dijo.

Mi tío y él apagaron los focos y volvieron a sus mesas de trabajo. Con las fotos que acababan de tomar empezaron a dibujar. De fondo, salía música clásica de una vieja radio.

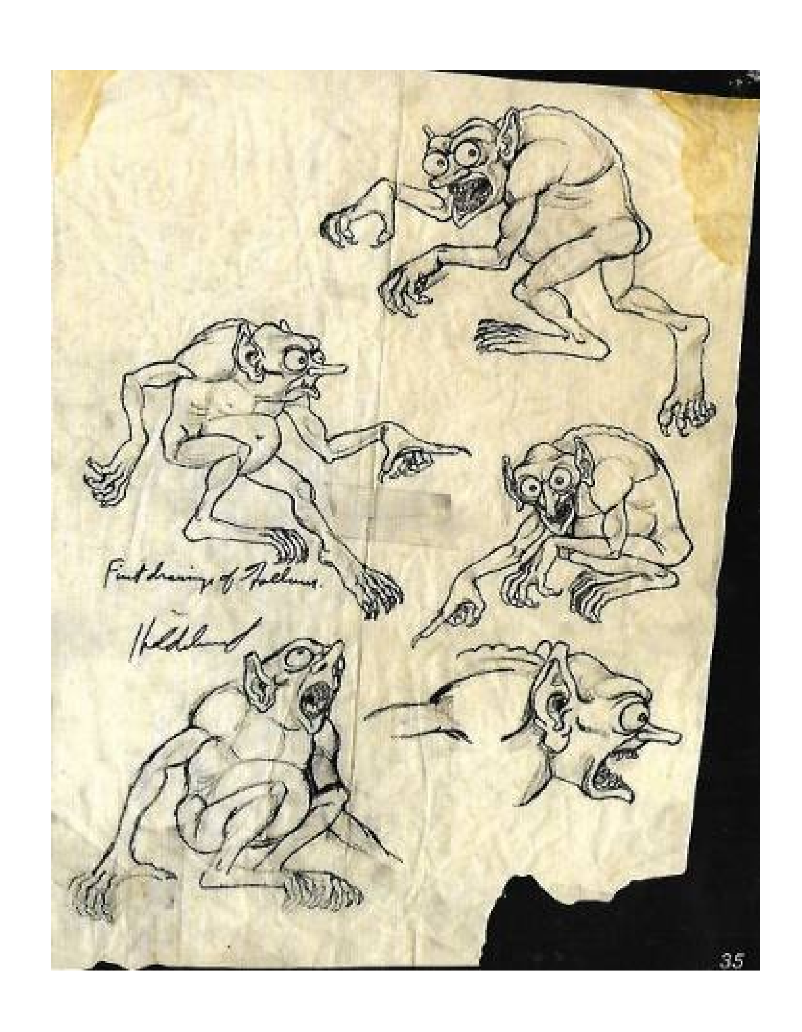
Pasaron las horas. La música pasaba de una melodía a otra y delante de mis propios ojos apareció la visión en blanco y negro de otro mundo donde antes sólo había habido un folio blanco de papel.

Dejé que la vieja esterilla cayese al suelo. La arrugada tela se amontonó a mis pies. Pasé por encima de ella y me aparté del mundo de la Tierra Media. Pero a veces volvía, buscando al ser llamado Gollum.

En las siguientes semanas, mientras una nueva pintura aparecía después de montones de esbozos y fotos, nació un lugar de oscuridad ante mis ojos: Gollum estaba allí. A medida que aplicaban las pinceladas de color a la tabla, la *Ciudad de los Espectros del Anillo* cobró vida. El ser conocido como Gollum llevaba a dos hobbits al peligroso centro del Monte del Destino para destruir el Anillo del Poder. Y yo era uno de ellos.



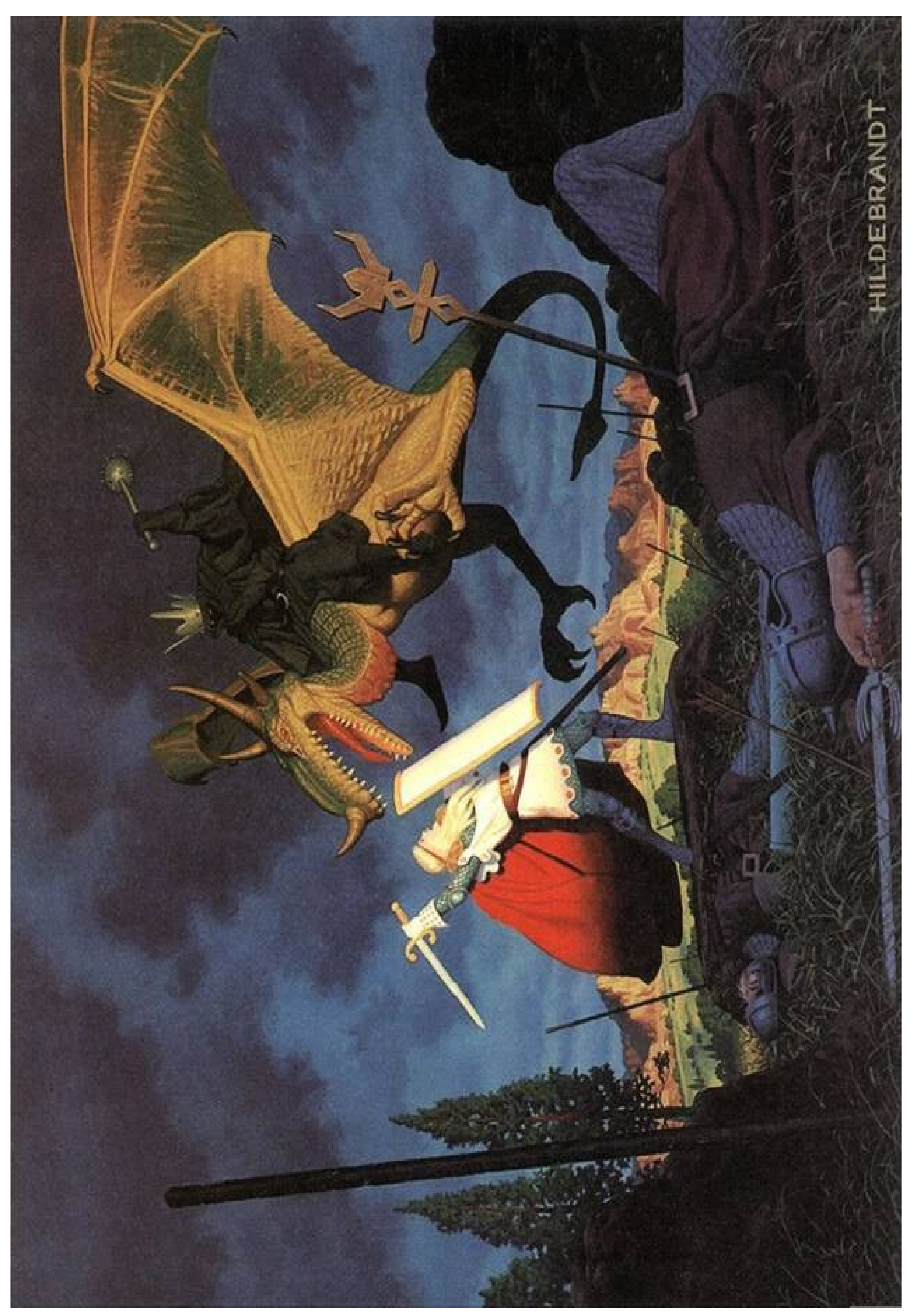
«Cada vez que empezábamos a trabajar con un personaje nuevo hacíamos docenas de dibujos. Eran, bocetos rápidos, hechos sin la ayuda de modelos. Los estudios de personajes definían el movimiento y la personalidad.» — Tim


35

Éowyn y el Nazgûl

El calor extremo y la humedad de julio me impedían jugar fuera. Pero no era problema, ya que el estudio con aire acondicionado de mi padre ya me parecía bien.

Mi tío soltó una carcajada mientras mi padre aguantaba un pollo de goma con un par de alas falsas pegadas. El animal tenía casi 60 cm de largo. Había visto antes pollos de goma, pero éste era de lejos el mayor y el mejor. Estaba claro que tanto mi padre como mi tío pensaban lo mismo. Divertirse mientras trabajan es una necesidad, ya que dibujan y pintan siete días a la semana, nueve horas cada día. Les he oído decir una y otra vez que no importa cuánto tiempo tienen que trabajar, están muy agradecidos de poder hacer lo que les gusta.



Calendario, noviembre de 1976. Ballantine Books

Los focos iluminaron el pollo de goma. Mi tío disparó irías veces la cámara. Era su hora de recreo y yo me estaba entrometiendo. Me giré y me fui.

Al día siguiente ocurrió una cosa muy extraña en el estudio. Al menos, a mí me lo pareció. Mi padre y mi tío se estaban preparando para tomar las fotos de la pintura *Éowyn y el Nazgûl*, que significaría la finalización del primer calendario.

Cuando fui hacia el estudio vi lo que pensé que era una mujer con un disfraz, con la espada alzada y el escudo de cartulina agarrado con fuerza. ¿Una mujer? No era ninguna mujer… sino mi tío Tim.

—¿Me están engañando los ojos? —pregunté a mi padre.

—Gorgo, no es tu tío. Es Éowyn. Éowyn es una mujer, pero en esta escena está posando como un hombre.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté.

Era sencillo.

—Éowyn está luchando contra el Nazgûl, al que ningún hombre puede matar. Para engañarlo, se ha disfrazado de hombre. Y tu tío Tim es un hombre que se hace pasar por una mujer que simula que es un hombre, ¿lo entiendes?

¿Eh? La expresión de mi cara se correspondía con mi infusión. Me fui del estudio.

Al día siguiente los observé mientras el pollo de goma se convertía en la grotesca bestia voladora llamada Nazgûl. Admiré el dibujo que mi padre y mi tío habían creado a partir de las fotos. La figura de Éowyn había sido dibujada en el boceto para que se enfrentase a la gallina voladora.

En los últimos meses había viajado a tierras lejanas, había conocido magos que tenían poder para crear o destruir lo que desearan, y aprendí a no temer lo que no podía entender.

A mi padre y mi tío sólo les quedaban unas cuantas semanas para acabar las dos últimas pinturas. Mi madre creyó que era una buena idea que no me metiese en su camino, así que no me acerqué al estudio en una semana.

Pero pronto la curiosidad me pudo y entré de nuevo. Quedé helado. Una única pintura, apoyada en la pared del fondo, brillaba con el sol del atardecer que pasaba a través de la ventana.

Éowyn contra el Nazgûl.

Los cuerpos de soldados muertos cubrían el suelo. La batalla no había acabado bien. La malvada bestia alada extendía las garras, preparada para cazar a su presa.

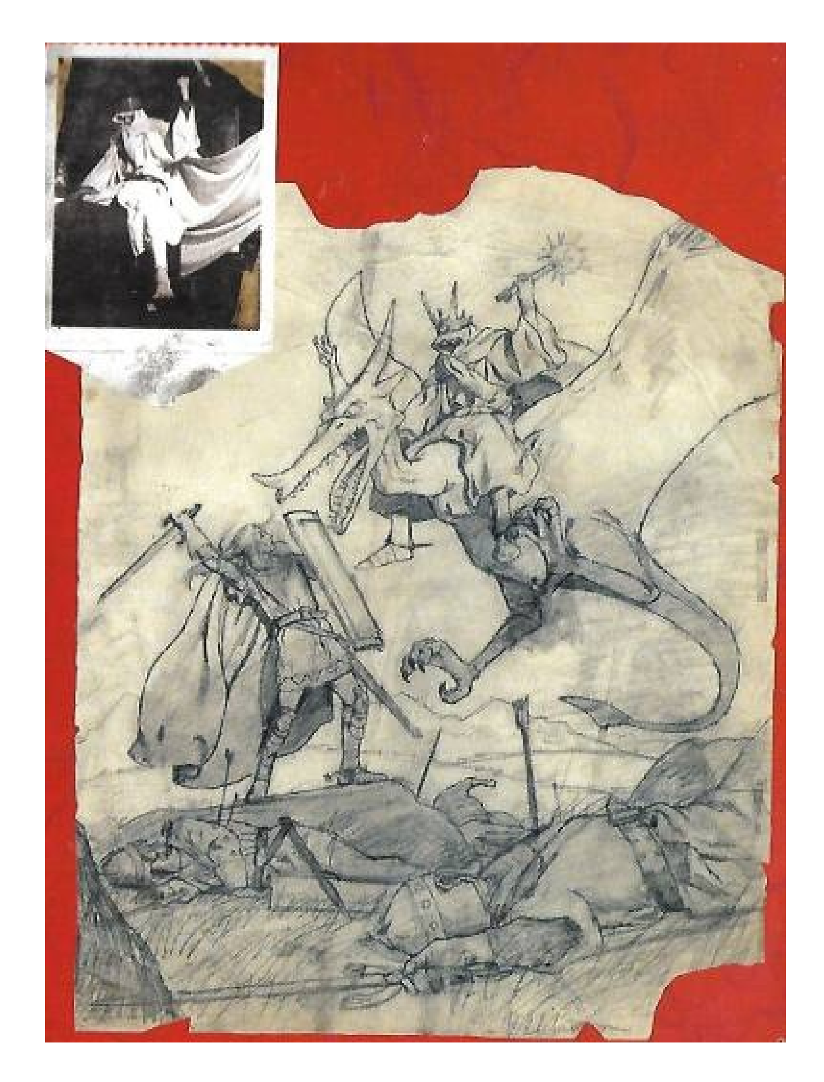
La pureza de Éowyn irradiaba luz en la pintura. La túnica y los guantes blancos, el pelo rubio y largo, y el níveo escudo, sin ningún rasguño, brillaban contra el mal que se acercaba.

Una cosa estaba clara… El tío Tim nunca había estado tan bien.





«Al principio pintamos el Nazgûl de rojo. Lester del Rey dijo que era demasiado vivo para un esbirro de Sauron.» — Tim



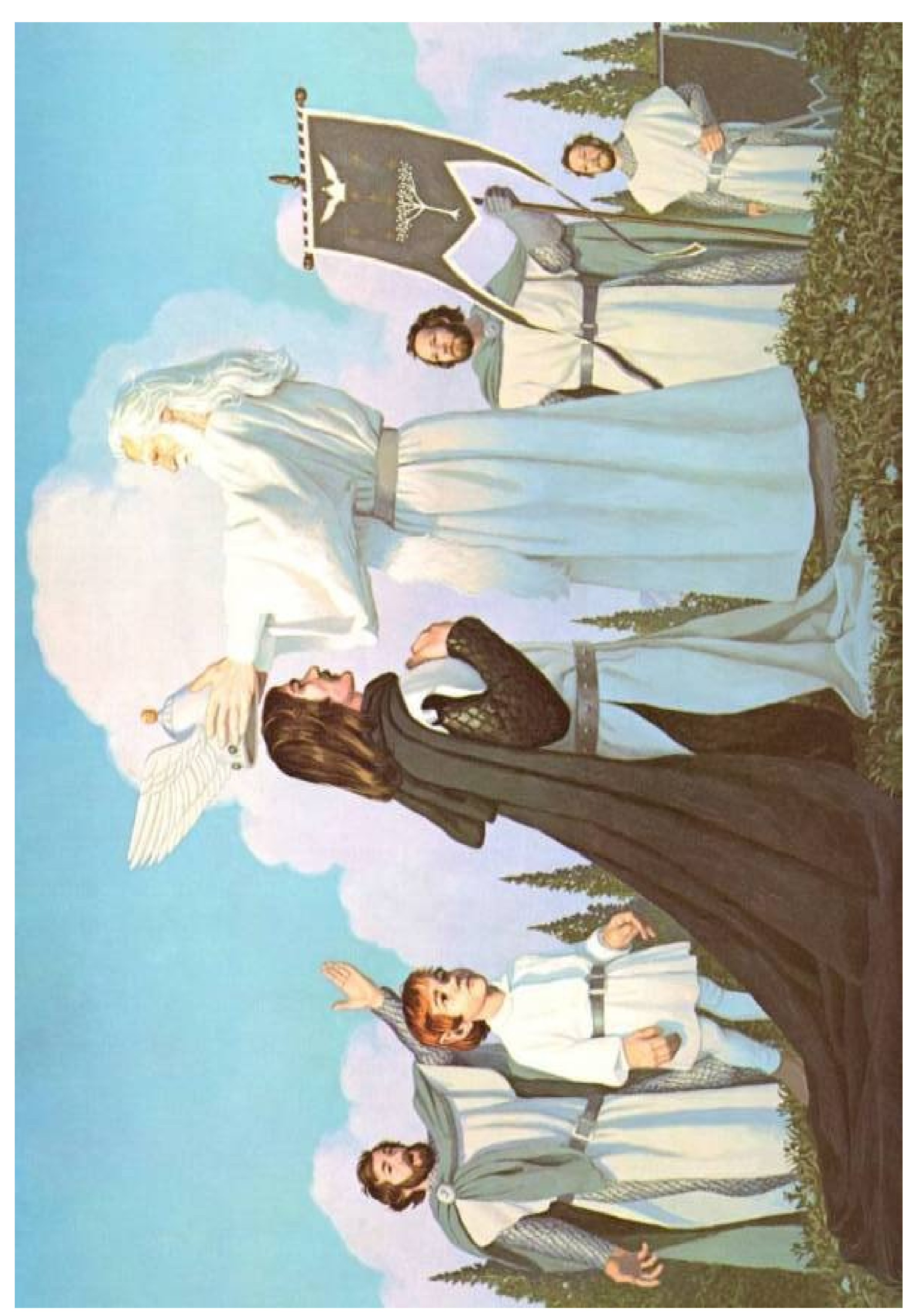
El retorno del Rey

El rey. Un hombre que gobierna una nación y lucha en batallas para proteger a una multitud de gente a quien nunca conocerá. Su corona representa la autoridad, el poder y la justicia.

Mi padre buscó una corona para la cabeza del rey. A mí me parecía una olla pero, como había aprendido, nada era lo que parecía en las habitaciones de los Hildebrandt.

Las sesiones fotográficas para esta pintura se convirtieron más en un retrato familiar que en una ceremonia de coronación. Mi tío posó como un soldado; mi padre, más tarde, con una bandera; yo hice de hobbit. Gandalf estaba en el centro, colocando la corona en la cabeza del rey.

Como siempre, fueron a trabajar inmediatamente con las fotos, para hacer dibujos individuales de los personajes y después combinarlos en un gran dibujo terminado.



Calendario, diciembre de 1976. Ballantine Books

«Tim y yo somos los soldados de la derecha. Recuerdo que Tim se enfadó conmigo cuando me pinté a mí mismo grande, heroico, sosteniendo la bandera; y a él, pequeño, al fondo.» — Greg

El cielo estaba gris el día en que acabaron la pintura. La lluvia caía implacablemente e inundaba el patio. Pero a través de la puerta de la imaginación, se podía ver cielos azules, nubes blancas, hierba verde y árboles en su plenitud.

Era una señal. Aragorn, el rey, había llegado. Y con él el cambio.

El viejo estudio de la casa se había convertido en la habitación de mi hermana. Ahora, el antes vacío establo tras la casa estaba lleno de actividad, repleto de hombres con armas de su propia elección. Los martillos y las sierras fueron reemplazadas por las espadas y los escudos. Cayeron algunas paredes, se pusieron ventanas y se instalaron cables eléctricos.

Desde la buhardilla del segundo piso del establo, mis amigos y yo seríamos, en ocasiones, testigos de proyectos monumentales como el primer póster de Star Wars, de Urshurak, una novela de mi padre, mi tío y su amigo Jerry, y, evidentemente, de los dos siguientes calendarios de Tolkien

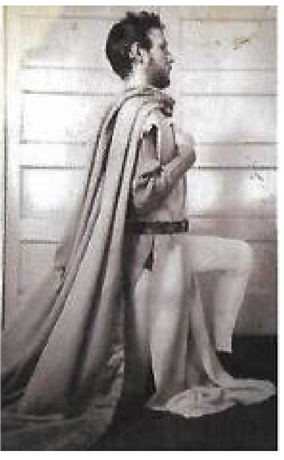
Una vieja sábana colgada al frente del desván me escondía en mi santuario. Desde allí observaba la actividad del piso inferior. El olor de madera recién cortada llenaba el aire. Por fin tenía un nuevo caballete para pintar, hecho a mano, suficientemente sólido incluso para mi padre.

Cajas de embalaje, libros, focos y docenas de juguetes fueron llevados a través de los dos tramos de escalera. Incluso un viejo tocadiscos con un plato de ocho pistas fue trasladado hasta el nuevo estudio.

Ya habían terminado el calendario de 1976. La presión de la fecha de entrega había concluido. El editor estaba satisfecho; el público se entusiasmó con sus dibujos; mi padre y mi tío estaban agotados, pero preparados para empezar un nuevo viaje por la Tierra Medía.

Y, respecto a mí, ¿cuántos niños pueden decir que su cabaña comparte el espacio con las fabulosas murallas de Minas Tirith?

«Yo posé para todas estas figuras. Es evidente que no seguimos las fotos ciegamente. Son sólo un punto de partida. Como dibujante, cuando poso, soy totalmente consciente de dónde da la luz. Como sé que voy a pintarlo después, quiero conseguir la iluminación y la actitud más dramática posible.» — Tim

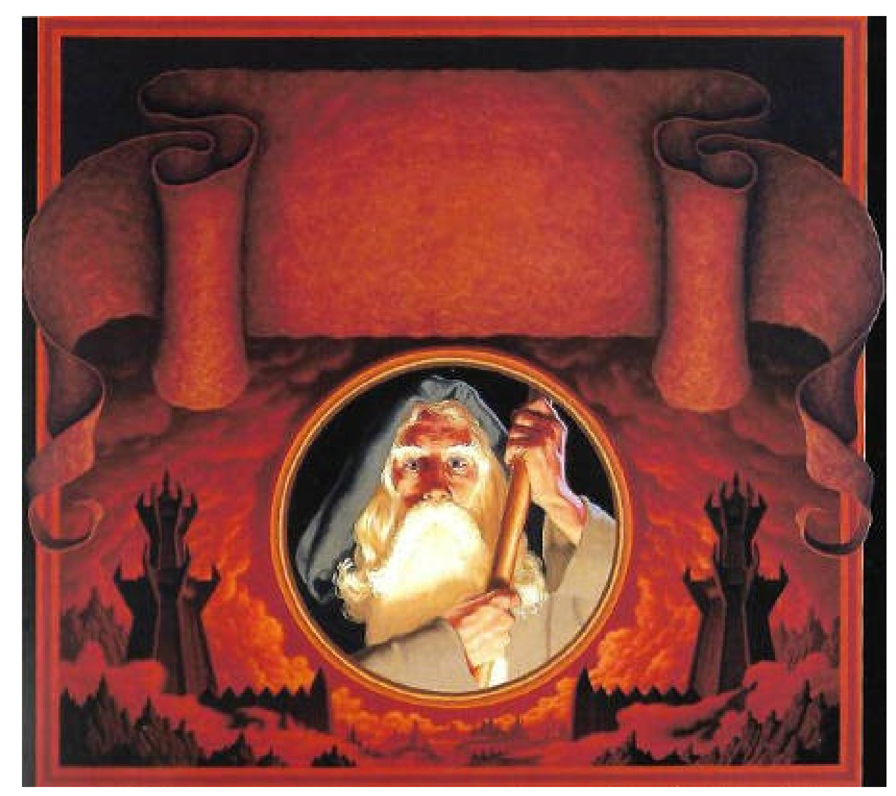



Gandalf



Este boceto para la cubierta del calendario de 1977 es uno de los más detallados de todos los bocetos de Tolkien.

«Uno de los más grandes ilustradores de América fue Maxfield Parrish. Hizo muchas pinturas con magníficos pergaminos. Parrish era la fuente, de inspiración principal para todos los pergaminos de los calendarios.» — Tim



Portada para el calendario de 1977 Ballantine Books

Un cómodo silencio se instaló en el establo. Mi padre y mi tío estaban preparados para empezar el segundo calendario de Tolkien. Sentado en la escalera de mi buhardilla, el único lugar por donde subir o bajar, miré cómo Gandalf estaba de pie, quieto, con los nudillos blancos mientras agarraba su bastón. La capucha colgaba, amplia, sobre su cabeza.

Ante mis jóvenes ojos, era una imagen de poder puro; a los ojos de mi padre, había que ajustar la capucha. Se levantó para arreglarla.

—Cubre la cara —apuntó mi tío.

Gandalf se quedó tan quieto como una estatua mientras mi padre movía una arruga aquí y alisaba otra allí. Desplazaron arriba y abajo los focos intentando capturar las sombras correctas.

Incluso para lo que puede parecer una ilustración de lo más sencillo, mi padre y mi tío tomaban hasta veinte fotos de un solo elemento para conseguir la iluminación correcta.

A pesar de eso, las sesiones fotográficas eran muy relajadas. Normalmente, los modelos bromeaban y reían. Muchas veces aparecían, en los carretes, fotos graciosas sobre los disfraces que tenían que llevar. No importa lo tonto que pueda parecer desde fuera, mi tío y mi padre siempre mantenía su ojo interior puesto en la visión definitiva de la imagen.

En este ejemplo en particular, su ojo interior se refleja en la fuerte mirada de Gandalf.

«Tim y yo queríamos usar el anillo para conseguir un mayor impacto del diseño.



Cambiamos el gorro puntiagudo de Gandalf por un capucha para que cupiera en el círculo.» — Greg

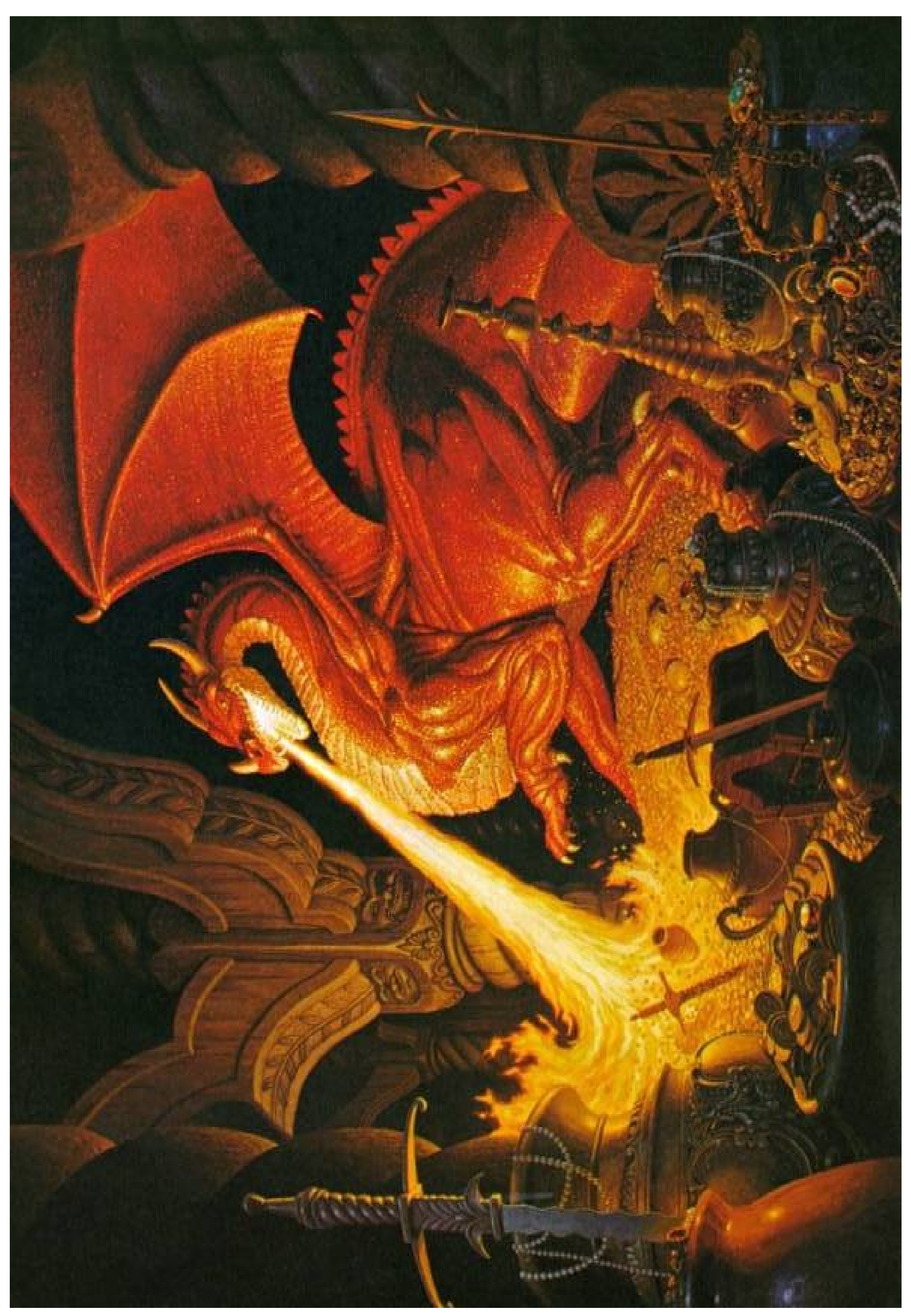
Smaug

Smaug… ¡El mayor de todos los dragones!

Había oído el nombre muchas veces. Su lomo escamado relucía por el oro y las joyas incrustados tras haber dormido sobre su tesoro durante más de dos siglos. Su ígneo aliento podía fundir el metal más duro en un abrir y cerrar de ojos.

En contraste, el modelo de arcilla de Smaug, que medía unos 45cm de largo, esculpido por mi padre y mi tío, era muy bonito y no parecía muy peligroso que dijéramos.

Los observé mientras pintaban columnas decoradas en el fondo. Mezclaron las pinturas acrílicas de color amarillo, naranja y rojo en sus paletas de aluminio. En los días siguientes, la imagen empezó a tomar forma. La poderosa representación de Smaug ya se podía ver: un dragón sin igual encabritándose en su guarida, en la cueva, sobre una cama de monedas de oro, espadas, piedras preciosas y diamantes.



Calendario, enero de 1977, Ballantine Books

Necesitaron mucho tiempo para pintar a Smaug. Mi padre y mi tío se dedicaron a hacer cada moneda y cada joya del botín del dragón.

Trabajaron sin descanso durante unas cuatro semanas para acabar esta pieza. Casi nunca hablaban de lo que estaban haciendo, tenían una comunicación más profunda que las palabras.

De alguna forma, siempre saben lo que el otro está pensando en lo que concierne a sus dibujos. Los dos hermanos comparten un lazo más íntimo que la mayoría de gemelos: el de la creación. Aunque cada uno tenga su estilo y sus técnicas habituales, éstos se combinan cuando pintan juntos…

Tenían el lujo de contar con casi diez meses para acabar el segundo calendario, por eso decidieron pintar a Smaug a gran escala. Recuerdo haber oído que aunque con la tabla de tamaño extralargo sería más fácil pintar los detalles, tardarían el doble en completarla.

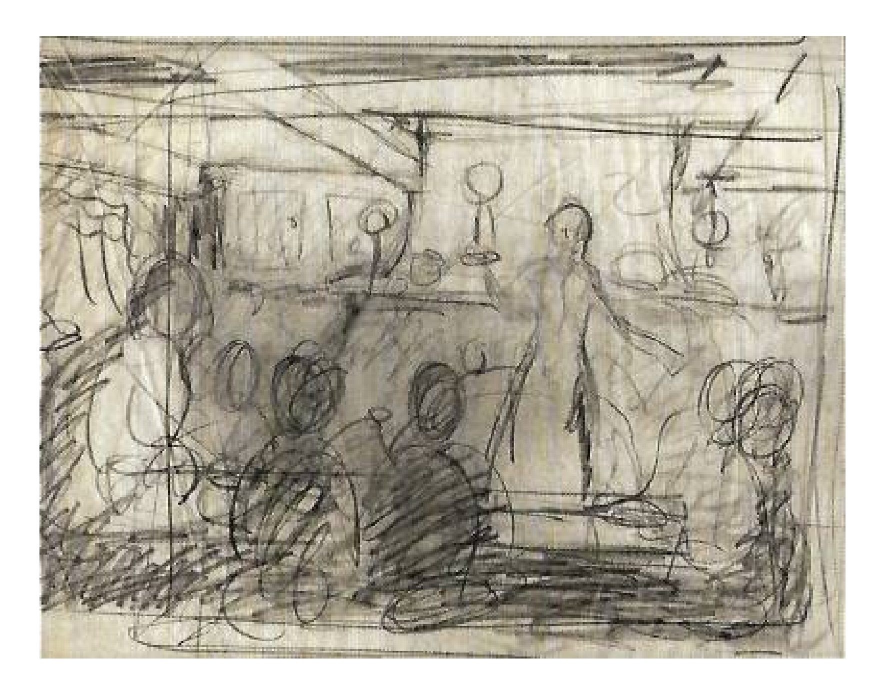
El mal había entrado en la mansión de los Hildebrandt, el mal en toda su belleza…

«La mayoría de las joyas del tesoro de Smaug salieran de la colección de joyas de fantasía de mi esposa. Recuerdo que pasé casi un mes pintando todas las monedas y las joyas. El candelabro del primer plano lo compramos en Ghana, África, cuando Greg y yo hacíamos documentales, en 1967.» — Tim



«Es interesante que nos convirtiésemos en autores de fantasía tan conocidos durante nuestra era Tolkien. Nuestros fans actuaban como si siempre hubiésemos dibujado dragones. Pera la verdad es que Smaug era el segundo dragón que Tim y yo habíamos pintado. El primero fue para Judy-Lynn del Rey, para la cubierta de El herrero de Bottom Mayor y Giles el granjero de Ham, de Tolkien» — Greg

Empieza Baya de Oro.





«Mi esposa Rita posó como Baya de Oro. Es licenciada por el Instituto de Tecnología de Moda y fue la que diseñó la ropa para Baya de Oro y para muchos otros del segundo y el tercer calendario.» — Tim



«Según Houtard Pyle, el abuelo de la ilustración americana, debes esbozar una escena de cincuenta maneras diferentes, e imaginarte que eres parte de ella, no sólo un observador Hemos hecho esto desde nuestra infancia.» — Tim

«En los setenta, Tim y yo hacíamos los bocetos en papel de calco, que comprábamos en rollos largos. Todos los esbozos originales se hacían en el mismo tamaño que tendría la pintura acabada. En esos días estábamos locos y nos dedicábamos a cada boceto como si fuera una obra de arte completa aunque para nosotros sólo era un eslabón necesario para llegar a un final… la pintura definitiva.» — Greg



Baya de Oro

Durante las épocas más tranquilas, me tomaba la libertad de llenar mi refugio de las cosas más guapas. Lo dividí en dos secciones. Dos lámparas iluminaban cada una de ellas, y las esteras y los cojines mullían el suelo.

Colgaba con chinchetas mis dibujos en la pared del fondo. Era mi hogar lejos del hogar. El desván me servía como refugio de las presiones típicas que persiguen a un niño de cinco años. (No había manera de que mi madre me encontrase allí y me obligase a ordenar la habitación.)

Continué observando cómo pintaban mi padre y mi tío. Esta imagen no se parecía en nada a la anterior. Era pacífica y reconfortante. El suave brillo de una vela y el calor del hogar iluminaban una pintoresca y pequeña habitación. Un espacio blanco ocupaba el centro. Pegadas al caballete había fotos de mi tía Rita. Era amiga de la Compañía y había posado como Baya de Oro.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es la casa de Baya de Oro —contestó mi tío mientras seguía pintando—. ¿Te acuerdas de Tom Bombadil?

Medité un momento y respondí:

—¿El hombre danzarín?

—Exacto —dijo mi tío—. Es su esposa y ésta es su casa.

En mí buhardilla, unos días después, perdido en mis pensamientos, oí cómo la Compañía entraba en el estudio. Me asomé a la puerta, que era sólo una sábana ajada, y miré cautelosamente hacia abajo. Los miembros de la Compañía se apelotonaban y sus cuerpos me ocultaban algo. La curiosidad me obligó a abandonar mi puesto y descender hacia Minas Tirith. Cuando estaba a punto de moverme, la Compañía se fue.

Entre las figuras que se iban pude ver la obra acabada. Allí estaba. Mi padre y mi tío habían convertido a mi tía Rita en Baya de Oro. Un mechón de su pelo rubio y largo estaba trenzado a la perfección y colgaba de su bella cabecita. Aguantaba una vela en su mano y me miraba.

Era de verdad la hermosa Baya de Oro, de pie donde antes sólo había un espacio vacío.



«Fijaos en la diferencia de color entre la luz de las velas y la de la chimenea. Las velas son blancas y el fuego es naranja. Usamos el color blanco para dar contraste y realzar los colores del hogar.» — Tim

«Como hay tan pocas mujeres en la historia, Tim y yo queríamos asegurarnos de que hacíamos una gran ilustración para cada una. Cuando nos tocaba Baya de Oro teníamos muy pocas escenas entre las que elegir Decidimos la escena interior porque Tim quería diseñar un hogar.» — Greg



Calendario, febrero de 1977, Ballantine Books

Rivendel

A medida que pasaban las semanas me fui dando cuenta de que la Compañía nos visitaba cada vez con menos frecuencia. Quizá era el frío de noviembre lo que los mantenía alejados. Mientras, otra imagen de calma fue emergiendo en la mesa de dibujo de mi padre y mi tío. No era ni amenazante ni reflejaba ninguna acción. Era sencillamente una casa élfica escondida en medio del bosque. Un sendero despejado conducía del puente de piedra a la puerta de madera sólida.

No había fotos pegadas al caballete. Alentados sólo por una visión en sus mentes, mi padre y mi tío llenaron la tabla con la imagen de un antiguo refugio que jamás habían visitado (¿o sí lo habían hecho?).

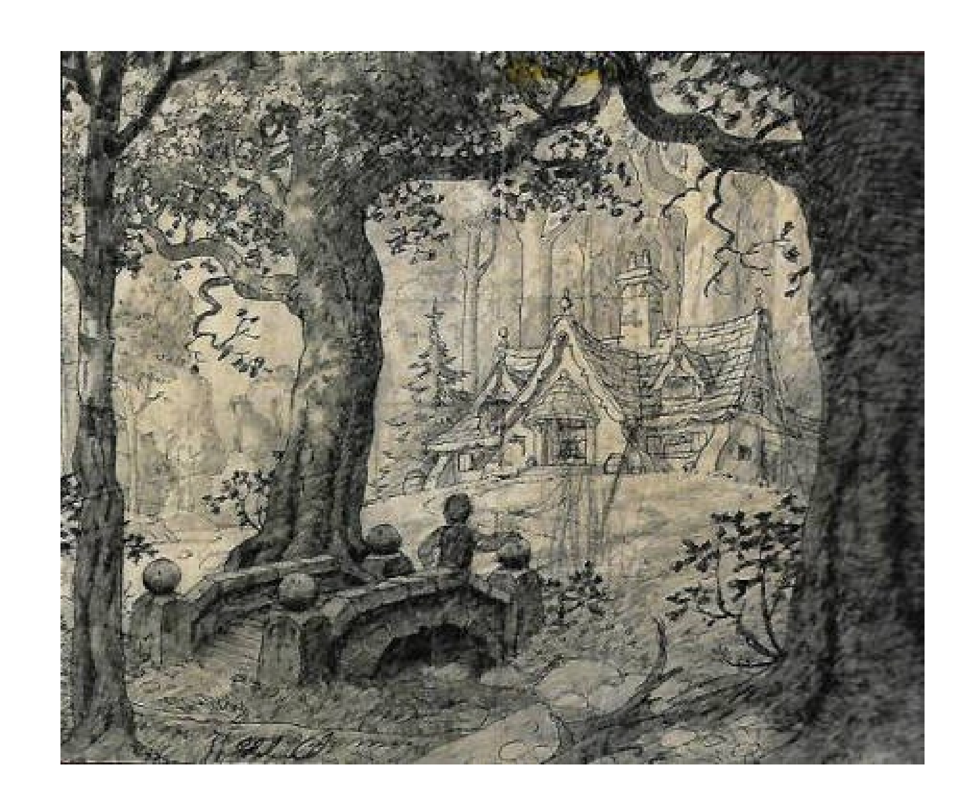
El único conocimiento que tengo de su creación era lo que pillé de su charla. Les escuché cuidadosamente, intentando absorber la mayor información posible.

Lo llamaban Rivendel, un oasis para los habitantes de buen corazón de la Tierra Media. Entonces lo recordé: era donde Bilbo Bolsón se había retirado a escribir sus memorias. Dos semanas después habían completado la pintura. Era elegante en toda su sencillez. Sólo unos pocos conocían los secretos entre los muros de Rivendel… entre ellos mi padre y mi tío.

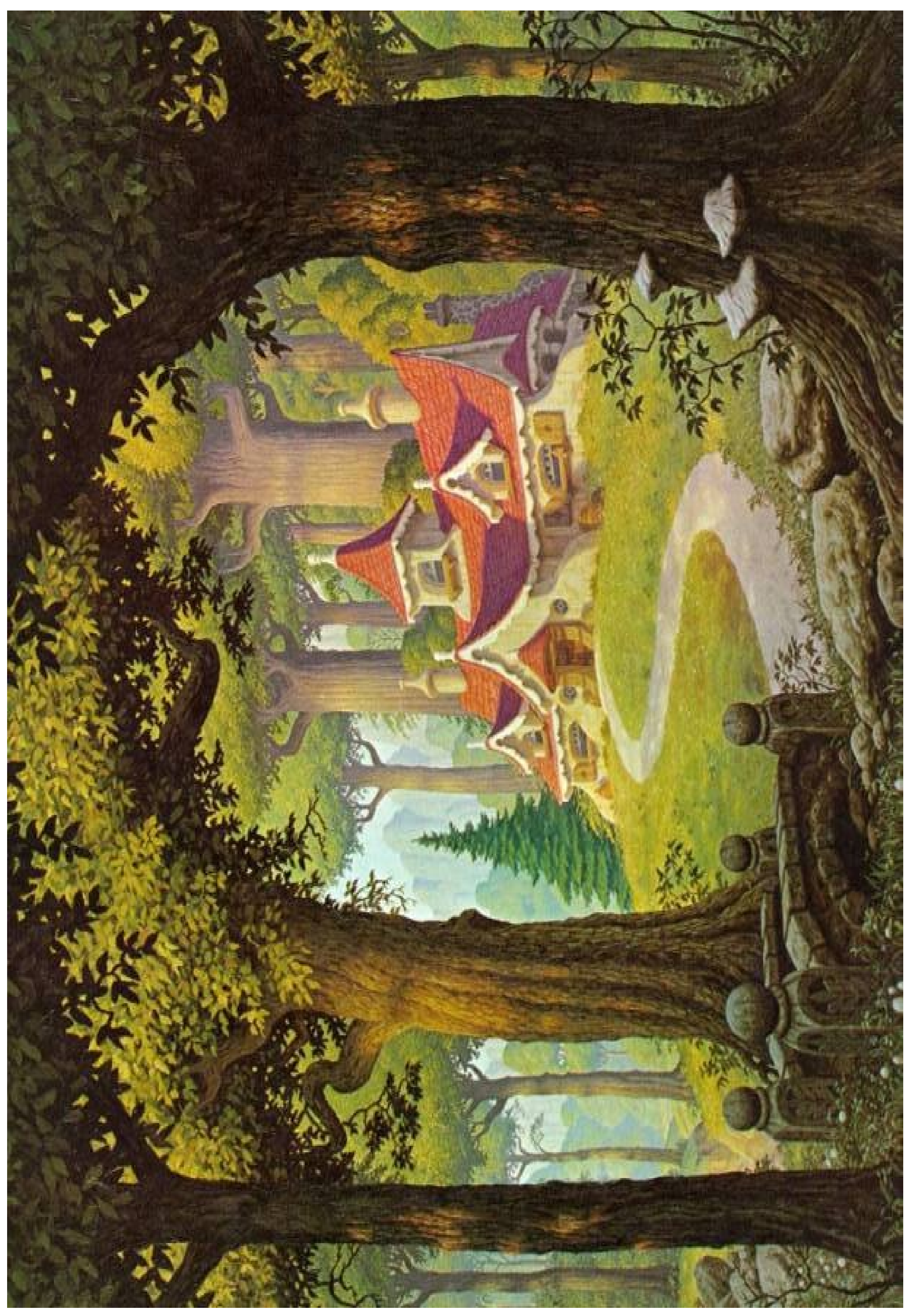
Fue por esa época cuando me di cuenta, por primera vez, de la inquietud de mi padre y mi tío por su individualidad como artistas. En un par de años su lucha artística sería más difícil, ya que el mundo los asociaría como si fuesen uno solo: los Hermanos Hildebrandt en lugar de Greg y Tim.

El título «Los Hermanos Hildebrandt» fue ideado por Judy-Lynn del Rey, ya que era un nombre que enganchaba, para el calendario de 1976. Quería conectar el nombre de los Hermanos Hildebrandt con el de los Hermanos Grimm en las mentes del público. Llegó tan lejos en la publicidad del calendario que incluso dijo que los gemelos eran tan similares que, sólo por los trazos del pincel en una pintura, no se podría decir dónde había acabado uno y empezado el otro.

Todo este bombo fue lo que empezó a causar problemas personales entre mi padre y mi tío.



«Diseñé Rivendel como si fuese el lugar ideal para que yo viviera. Una casa así, en medio de la naturaleza, es mi sueño. Una especie de mezcla entre Walt Disney y Frank Lloyd Wright.». — Tim



Calendario, marzo de 1977, Ballantine Books

Balrog

La Navidad se acercaba rápidamente. Había escrito a Papá Noel y le había pedido una bici de verdad, como las de mis hermanas. La impaciencia me dominaba cuando, de pronto, el establo se llenó de alegría gracias a la música. Me arrastré hasta la puerta provisional de mi santuario y miré hacia abajo.

Mi padre, mi tío, Gandalf y los hombres de la Compañía estaban reunidos, reían y hablaban. Todos sonreían mientras se pasaban una botella verde. La habían descorchado y vertían apresuradamente el contenido en sus copas. Parecían estar bajo algún sortilegio, pero aún no sabía si sus efectos eran buenos o malos.

Cuanto más bebían de la botella, más reían. La amistad templaba el aire de la noche, así que lo que les había dominado era una poción de bondad, gracias a Dios. Desde que la malvada presencia de Smaug había abandonado el lugar, la oscuridad había sido prohibida en la mansión.

Mi padre y mi tío se habían pasado el día fotografiando a los modelos para la escena del Balrog. Un miembro de la Compañía, un hombre al que sólo conocía como Rags, había posado como la diabólica criatura. Gruñía al mismo tiempo que levantaba el mango de un hacha sobre su cabeza, mientras, mi padre y mi tío colocaban bien las luces y hacían fotos.

Gandalf posó un poco más tarde, con el bastón iluminado por un foco. Miré al mago que estaba en nuestra compañía y, para mi sorpresa, me devolvió la mirada. Se sentó con las piernas cruzadas, un codo apoyado en la rodilla y se acariciaba la barba.

Aun después de todos estos años todavía creo de veras cque Bill McGuire, con sus ojos sonrientes y su risa de todo corazón, es el verdadero Gandalf.

Estaban celebrando el día. Las botellas verdes sólo aparecían cuando el trabajo se había acabado. Nunca las vería durante el proceso creativo.

Bajé por la escalera sin que el grupo feliz se advirtiera presencia. ¿Me afectaría el mismo espíritu si bebiera de la botella verde? Ideé diversos planes para hacerme con una, pero cuando intentaba alcanzarla, mi padre me levantó del su sonrió y dijo:

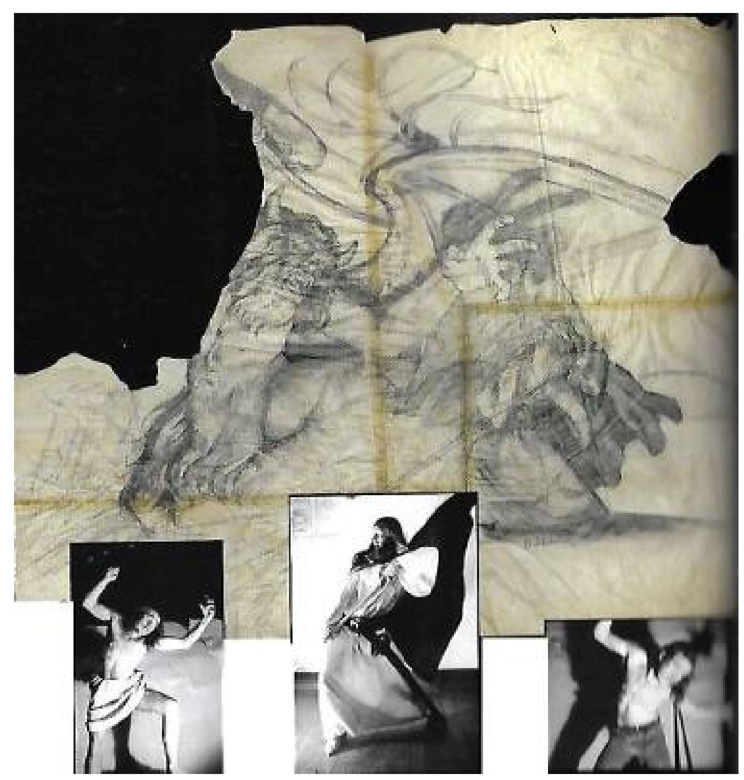
—Chico, ni lo pienses. —¡Me habían pillado!

Mi padre y mi tío tardaron casi tres semanas en acabar esta pintura. Cuando me ponía delante del caballete me enfrentaba a la visión de un conflicto lleno de furia. Gandalf golpeaba con su bastón un puente de piedra y lo convertía en un infierno de llamas. En medio del fuego se alzaba una criatura terrorífica. Enormes alas se extendían desde su espalda, y los cuernos sobresalían de la cabeza. Era el Balrog, una criatura que habitaba en los niveles más bajos de Moria, en las Montañas Nubladas. El Balrog, cuya única razón de existencia era destruir a la Compañía.

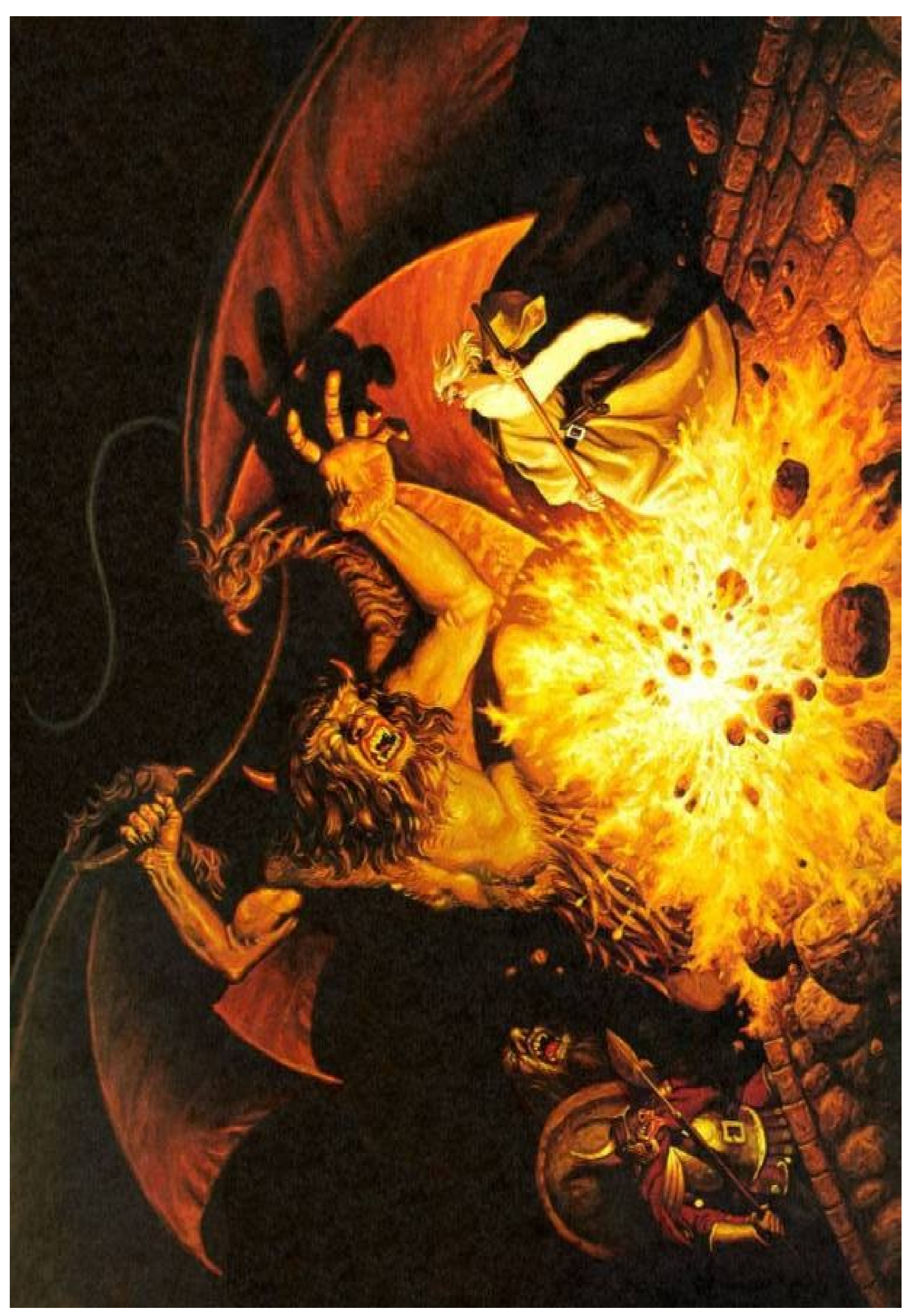
Era el Balrog, un arma viviente y un mensajero de la muerte.

Las Navidades llegaron y pasaron. No tuve mi bici. Estaba seguro de que mamá había olvidado enviar mi carta a Papá Noel.





«Para bien o para mal, decidimos no darle al Balrog la forma de sombra con la que lo había creado Tolkien. Lo convertimos en una figura sólida. Fue una decisión creativa; era lo que veíamos. Interpretamos el texto para conseguir una imagen. Cuando eres un ilustrador, realmente tienes que tomar decisiones muy difíciles como qué dejar, qué eliminar… Es sólo cuestión de las resoluciones que tomas en determinados momentos. Hoy te gusta la vainilla, mañana el chocolate.» — Greg



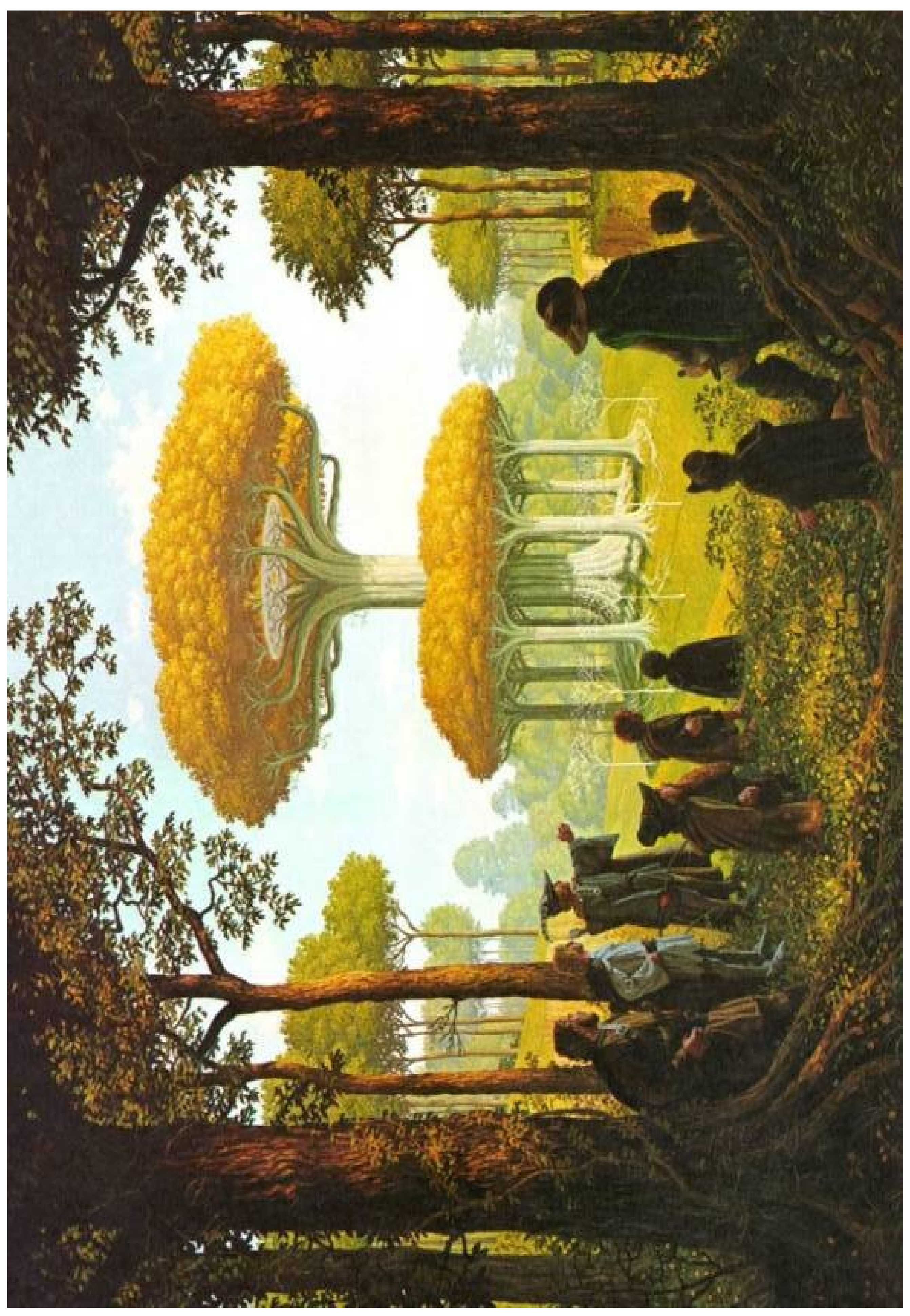
Calendario, abril de 1977, Ballantine Books

Lothlórien

Era 1976 y llegó el momento de iniciar una nueva pintura. Las capas viejas y las ropas ajadas que habían pertenecido a la Compañía salieron de sus cajas. De nuevo haría de modelo para los hobbits.

Fotos de árboles se alineaban en el caballete, algunas directamente pegadas a la lámina de conglomerado. El dibujo del árbol centra era enorme. Arriba, entre las ramas superiores una plataforma aguantaba la morada de los elfos y de sus visitantes. No podía ver a los habitantes de los árboles en el dibujo, pero mi padre y mi tío me aseguraban que estaban allí.

Habían extendido una gran selección de revistas, Montones de Arizona Highways y de National Geographics estaban desparramados por el suelo del estudio. Aunque mi padre y mi tío usaran las fotos de estas revistas como referencia, la pintura final era puro producto de su imaginación.


Calendario, mayo de 1977, Ballantine Books

«Aunque Lothlórien sea la máxima representación de la paz y la belleza, siempre he pensado que la forma final de los árboles recordaban una explosión atómica.» — Tim

Papá me había contado que la reina Galadriel, que había lanzado un poderoso hechizo sobre la tierra, protegía Lothlórien del mal. Los viajeros exhaustos llegaban allí para descansar. Esa noche, la Compañía se reuniría en duelo; temían que habían perdido a Gandalf en las garras del Balrog.

Fue otro largo día posando. Mi padre y mi tío tenían que esperar una semana para que revelaran la película en blanco y negro. Los días de la Polaroid habían pasado.

Cuando empezaron a hacer los fondos de *Lothlórien* trepé por la escalera que llevaba a mi desván y me retiré donde sólo yo podía entrar en mis mundos imaginarios. Sobre aquel suelo enmoquetado cerré los ojos y busqué el confort en el pensamiento de que estaba en el país de los sueños de Lothlórien.

Enero llegaba a su fin y, con él, el de la pintura. Pero lo más importante… ¡era mi sexto cumpleaños!



«El boceto de arriba es del primer encuentro de la Compañía con los elfos, cuando entran en Lothlórien. Pero al final decidimos ilustrar el árbol central, el hogar de la reina Galadriel.» — Tim

Empieza Faramir…

El uno de febrero era una fecha sin significado para nadie, excepto para mi padre y mi tío. De nuevo se enfrentaban a una fecha de entrega irrevocable. Habían dedicado demasiado tiempo a las seis primeras pinturas del calendario. Ahora tenían sólo cinco meses para completar las otras seis, y todas tenían los dibujos más complejos que jamás habían diseñado. De nuevo la presión se traslucía en sus caras.

Notaba los focos más calientes que nunca. La luz blanca me abrasaba la cara mientras posaba como Frodo. Era como si me tuviese que quedar ciego. Delante de mis ojos sólo veía manchitas de color y, de pronto… ¡sólo una oscuridad profunda!

Cuando, lentamente, recuperé la vista, había un miembro de la compañía delante de mí. Era el hombre llamado Rags. Llevaba una capa con una capucha atada sobre los hombros, una túnica y unas mallas blancas.

Me tambaleé fuera de su camino y los focos se encendieron de nuevo. Era el turno de Rags. Mi padre y mi tío empezaron a hacerle las fotos para *Faramir*.









Faramir

Papá intentaba que Rags se pusiese igual que en el boceto, pero no sería un proceso sencillo. Ya era tarde y mi padre y mi tío estaban cansados. Podía ver que mi padre estaba a punto de estallar.

Papá quería que Rags apoyase el pie izquierdo en la pila de libros que hacían las veces de roca. Pero éste se negó, ya que prefería mantener el pie en lo alto, por encima de los libros.

Mi padre repitió:

—¡Pon el pie izquierdo en los malditos libros! ¡No me importa qué demonios creas que quedaría mejor!

Rags se negó de nuevo. Papá empezó a gritar, pero el otro insistía en que, de aquella manera, el pie izquierdo quedaría mejor.

Mi padre intentó una y otra vez, en vano, convencerle para que apoyase el pie izquierdo. De pronto, como poseído por un demonio malvado, mi padre pego un salto y tiró uno de los focos sobre Rags, que casi golpea a mi tío. Entonces salió del establo hecho una furia y se perdió en la noche, gritando:

—¡Maldición, haced las fotos vosotros solos!

Me senté en mi piso, confuso. Me preguntaba por qué los hombres de la Compañía se unían en contra de mi padre.

Una hora después volvió a entrar en el estudio. Se había calmado y le pidió educadamente a Rags que apoyase el pie izquierdo en la pila de libros. Éste sonrió y lo hizo.

Había sido un día muy cansado. Se habían elaborado los disfraces y rehecho los bocetos casi hasta el último minuto.

Calendario, junio de 1977, Ballantine Books

Yo había oído que habían dicho el nombre varías veces, pero no me decía nada. Suponía que sería importante, por lo que le pregunte a mi tío quién era Faramir.

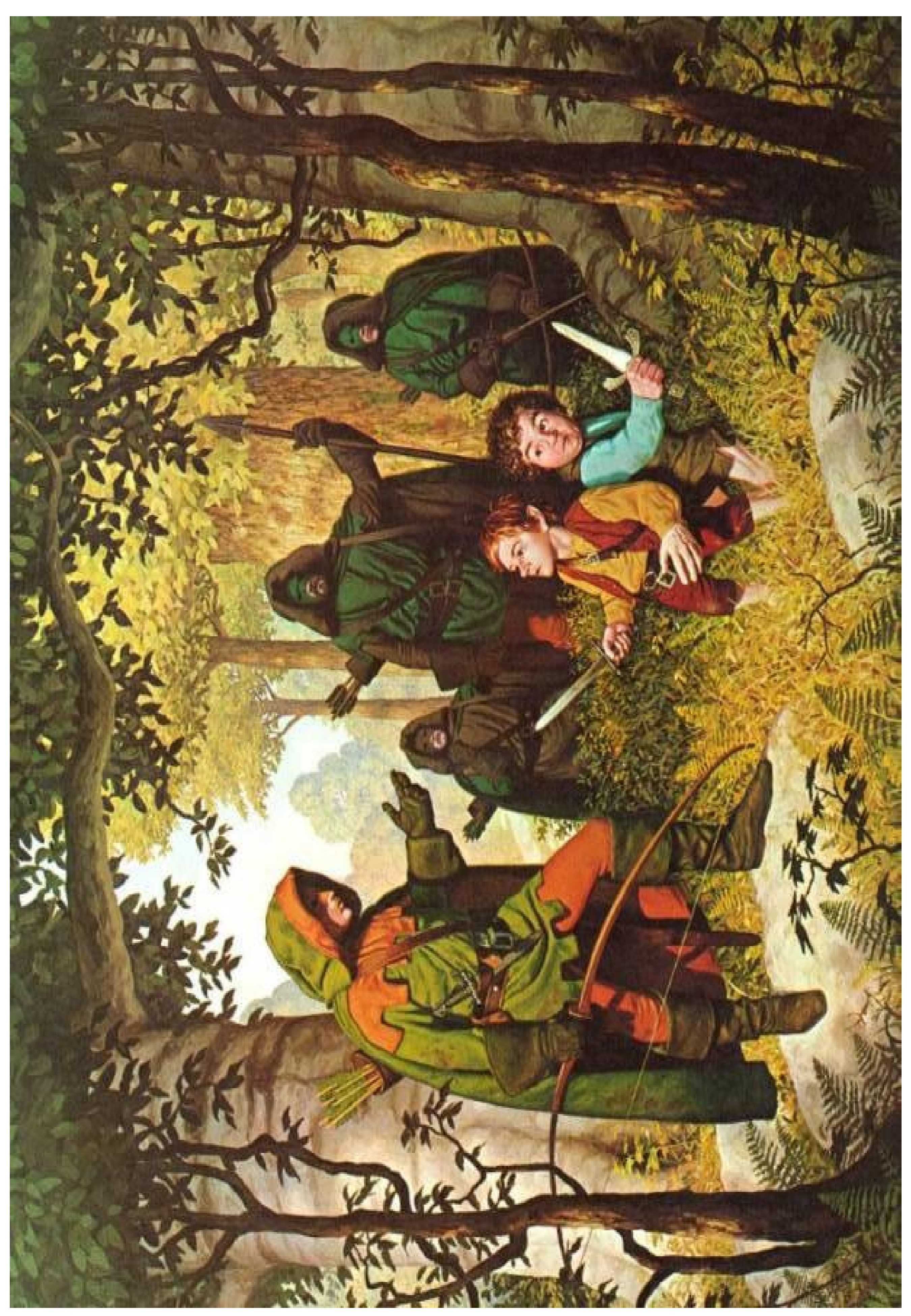
—Es el capitán de la tierra de Gondor —me contestó.

Tras todos los problemas que había causado, de una cosa estaba seguro: mi padre y mi tío nunca volverían a invitar a Faramir.



«Cuando llevamos esta pintura a Ballantine Books, las, plumas de las flechas de

Faramir eran rojas. Lester del Rey enseguida dijo: "Eso está mal. Las plumas son verdes". Nos comunicó la página exacta donde salía esa descripción. Siempre vi a Lester como si fuese un mago.» — Greg



Calendario, junio de 1977, Ballantine Books

Empieza Una Reunión Inesperada

Después de acabar las fotos y bocetos habituales, mi padre y mi tío empezaron a pintar *Una Reunión Inesperada*.

Durante tres semanas completas, dieciocho horas al día, trabajaron en esta pintura. La presión de la fecha de entrega, ahora siempre presente, les estaba provocando ansiedad. ¿Habían tratado de abarcar más de lo que podían? Yo me mantenía alejado.

Cuando la pintura estaba casi acabada se dieron cuenta de que se habían olvidado del humo de las pipas. El hecho de que en la escena no hubiese ni rastro de humo les sacó de sus casillas. Empezaron a gritar y a echarse las culpas el uno al otro por haberse olvidado del humo. Esto duró sólo unos quince minutos, después se calmaron y volvieron a pintar.

Durante los dos días siguientes concentraron todas energías en completar esa pintura, trabajaron hasta que la versión definitiva, la que podéis ver aquí, estuvo hecha.

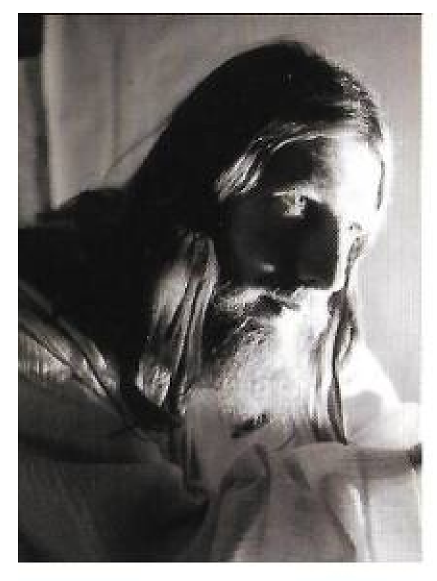
No hace mucho le pregunté a mi padre por los números que aparecen en el reloj que está sobre la repisa en la versión definitiva. Como no existían referencias visuales de números en el mundo de los hobbits y no podían usar los romanos o los arábigos, recurrieron al hombre que podía tener la respuesta: Lester del Rey, de Ballantine, «el experto en Tolkien», como decía su tarjeta de presentación.

Lester les dijo que usasen las primeras doce runas del Angerthas, uno de los muchos alfabetos que J. R. R. Tolkien había diseñado para los pueblos de su Tierra Media.

Al final, junto con mi tío, me convertí en la pieza central de la pintura. Sin saberlo, me había convertido en parte integral de uno de los desplegables más famosos de la historia de la ilustración.













«Hacer las, fotos nos llevó un día entero. La mayaría de los chicos estaban bebiendo y divirtiéndose. Me convertí en un dictador para tratar de dominar y controlar la sesión. Eran todas amigos míos y nos estaban haciendo un favor, así que era un dilema para mí tener que gritarles y soltar palabrotas para conseguir que se pusieran donde yo quería.» — Greg

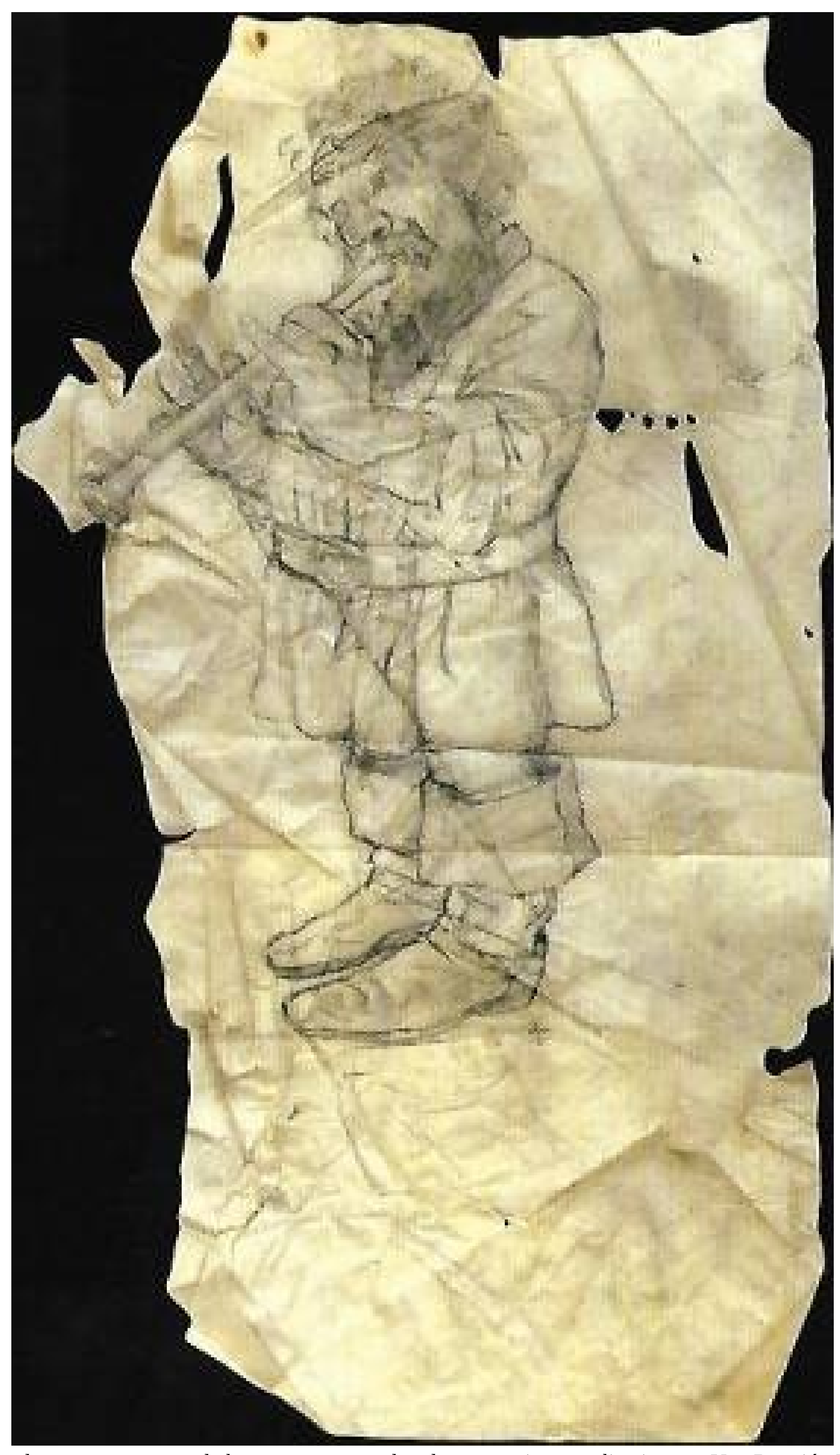




«Aquí aparece un ejemplo de lo que sale al combinar dos fotos: una de Gregory y otra de Tim para crear a Bilbo. Mezclamos, un adulto y un niño para conseguir las proporciones de un hobbit.» — Greg







Este esbozo de un enano es uno de los pocos que quedan de personajes en solitario para Una Reunión Inesperada.





Una reunión inesperada. Imagen central del calendario de 1977, Ballantine Books

El abismo de Helm

Era el momento de compartir mi santuario con mis amigos Andy, Joe y Tommy. El día que los llevé, mi padre y mi tío no estaban trabajando en el estudio.

Ya nos iba bien, ya que, si hubiesen estado, seguramente mis amigos habrían acabado haciendo de hobbits. (Después de todo, los hobbits eran difíciles de encontrar.)

No había música cuando entramos en el granero, ni crujir de papel, ni risas. El estudio estaba vacío; su corazón, ausente. Pero cuando mis amigos y yo llegamos al final de la escalera una sensación cálida nos reconfortó.

Mis amigos miraban el estudio como si se tratase de un museo. Observaban boquiabiertos, sorprendidos los dibujos que había esparcidos. No tocaban nada. Yo cogía un dibujo, lo miraba y lo dejaba a un lado, y les explicaba por qué un boceto funcionaba mientras que otros no.

De pronto, Joe dijo:

—¡Mirad, se han dejado la piel!

Llegamos veloces a su lado, como si alguien hubiese dicho «¡Petardos gratis!». Su dedo delgaducho señalaba un par de vaqueros que colgaban de una silla. Estaban empastados con un arco iris de pintura acrílica. Rojos, verdes y todo el resto de colores habían formado una segunda piel encima de la tela. Dos camisas colgadas encima de otra silla estaban cubiertas con las mismas manchas.

Tom rompió el silencio:

—¡Mirad! —Señaló la pintura que descansaba sobre caballete de madera. Una alta torre se erigía a la izquierda de la pintura; en la distancia, se alzaba una muralla de piedra con torres más pequeñas; más allá de todo esto, el sol se estaba poniendo. Estábamos de acuerdo en que era una puesta de sol y un amanecer.

Había un dibujo en papel enganchado a la pintura. El rey Théoden salía del castillo por el polvoriento camino. Iba vestido con un arnés y llevaba armas: sus intenciones eran evidentes.

Nuestra imagen de una torre durante un crepúsculo enseguida había cambiado para ser la de una batalla inminente. Andy era, casi siempre, el más observador:

—Los colores de las ropas son los mismos que los de la pintura —remarcó.

Miramos una y otra vez la pintura y las ropas. Tenía razón. Yo había visto muchas veces antes indumentaria con esas manchas, pero hasta entonces no me había dado cuenta de la conexión: mi padre y mi tío dejaban una parte de ellos mismos en cada pintura, pero cada obra dejaba una parte de sí misma en ellos.

Fuera sonó un cuerno. Ya era hora de ir a la sala maquinas. Bajamos corriendo el primer tramo de las escaleras de madera. Uno a uno saltamos por la escalera del granero, igual que cuando habíamos entrado. La gente grande necesitaba llaves para abrir la puerta y entrar en los salones de la imaginación. Para los medianos, siempre

estaba abierto.

A causa de la escasez de tiempo y de su constante búsqueda de la perfección, mi padre y mi tío nunca acababan una pintura tal como la habían visto por primera vez. El ejercito del rey Théoden, aunque ya estaba totalmente dibujado, requería demasiado tiempo para pintarlo entero, así que sólo dejaron la imagen que podéis ver aquí.

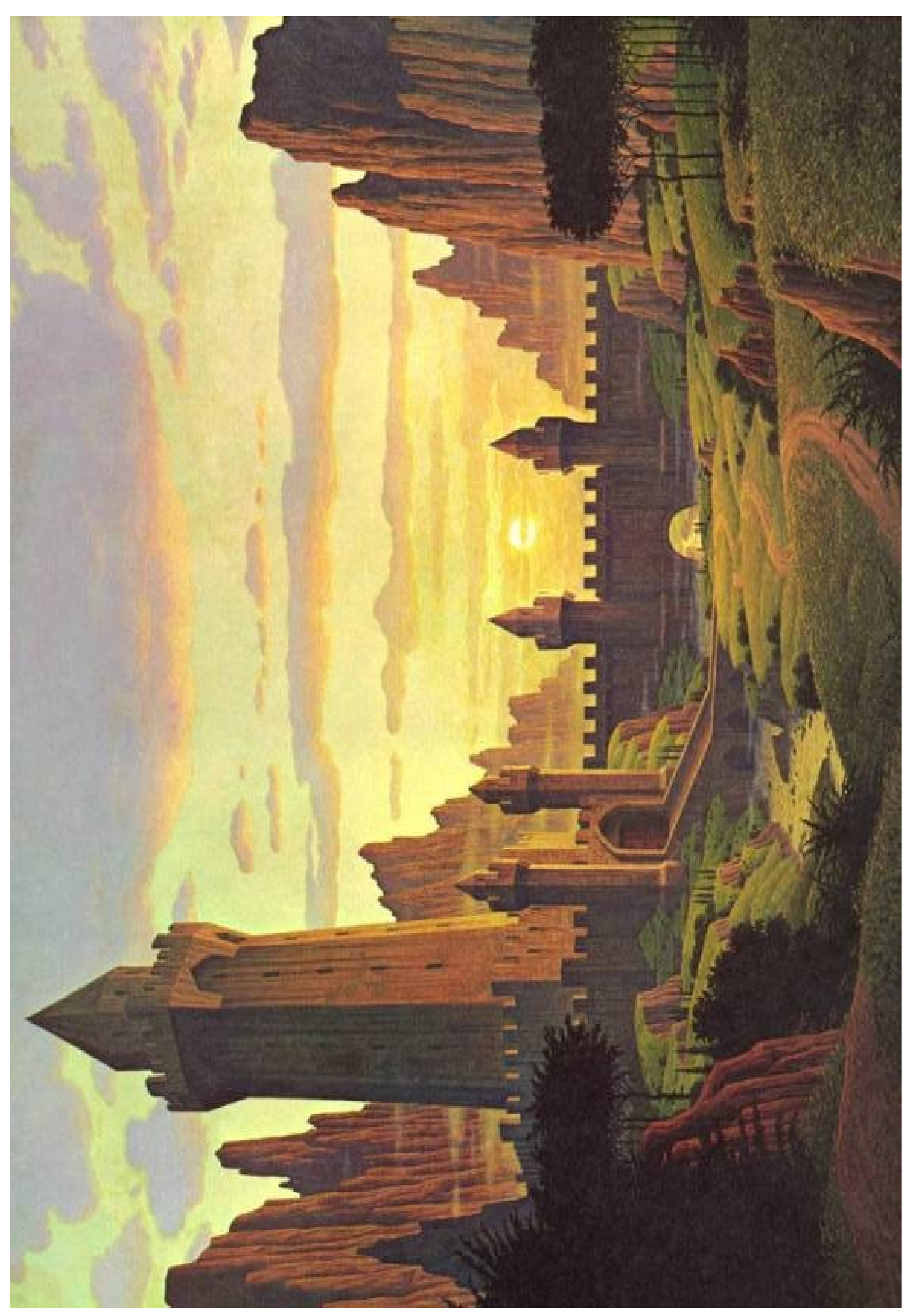
El tono heroico de esta pieza se consigue a través del uso de la luz y del color. Casi se puede sentir en el camino vacío, la inminente presencia de cientos de valientes soldados marchando hacia la batalla.

Con sólo tres meses hasta la fecha de entrega, y todavía cinco pinturas por hacer, mi tío tuvo que empezar a preparar *Ghân-Buri-Ghân* mientras mi padre acababa *El abismo de Helm*. Para completar este calendario tuvieron que trabajar simultáneamente en dos o tres pinturas. Sólo haciéndolo esta manera el calendario de 1977 podría acabarse a tiempo.



«Uno de mis dibujantes favoritos de todas los tiempos es Eyvind Early. Hizo los diseños de producción de La Bella Durmiente de Disney. El ambiente de la película se basó en el arte medieval. Intenté capturar ese estilo en esta pintura.» — Tim

«Al principio la escena iba a verse desde más cerca, e iba a estar llena de personajes. Cambiamos el ángulo a uno más elevado, con lo que las figuras hubiesen parecido hormiguitas. No quedaba muy espectacular, era mejor que no saliesen, así que las eliminamos.» — Greg



Calendario, julio de 1977, Ballantine Books

Ghân-Buri-Ghân

Una fresca brisa soplaba por el bosque. Me senté al lado de la pequeña cascada mientras escuchaba el relajante sonido del agua cayendo sobre las piedras.

Hacía rato que el sol había sobrepasado el cénit. Tenía que irme ya si quería llegar a casa antes de que anocheciera. Me adentré en el bosque, pasé por entre una fila de árboles, corrí a través de un campo, por un camino, a través de más árboles y llegué a mi destino: el estudio.

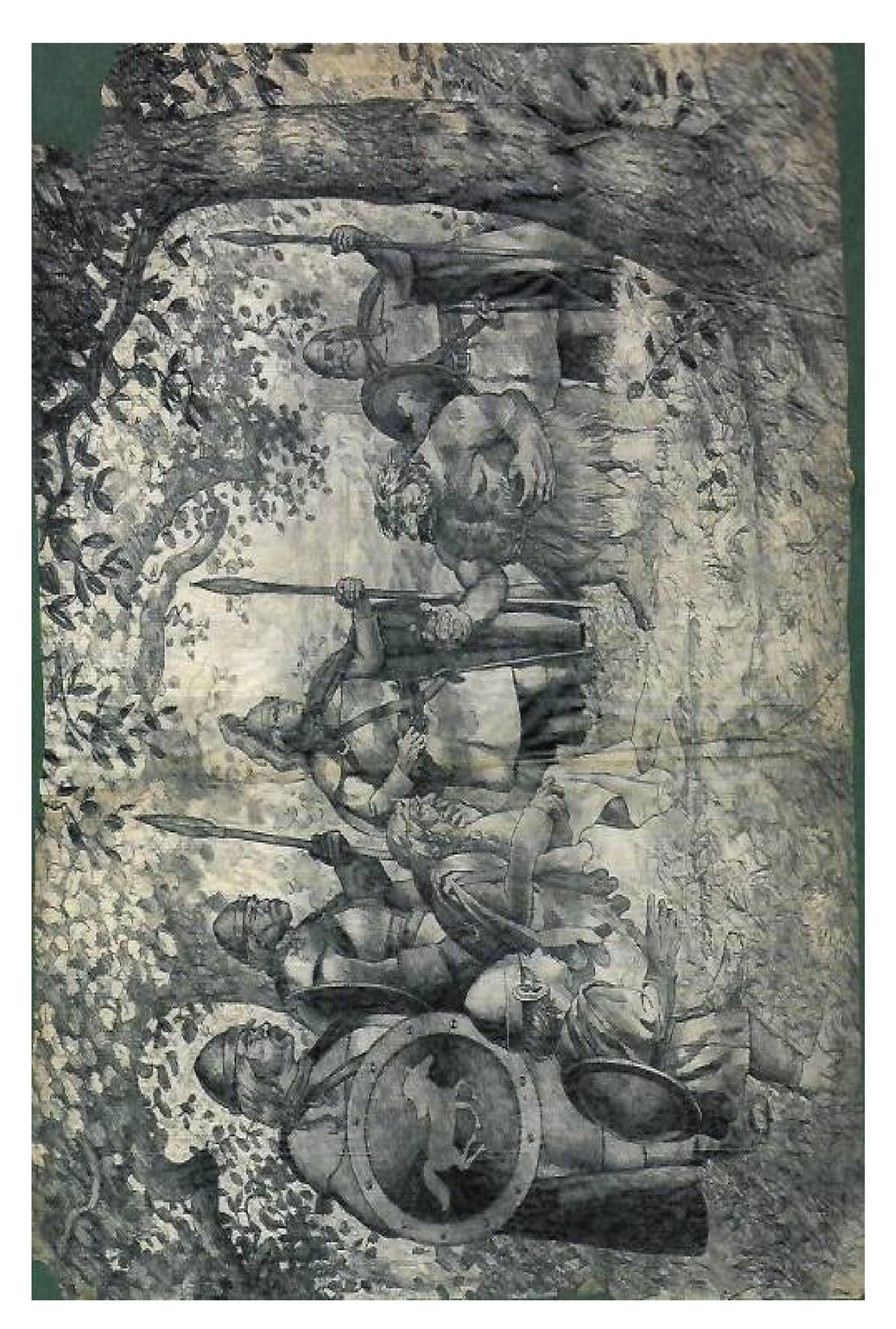
Abrí la puerta roja del granero y subí las escaleras. Crucé en silencio por el abarrotado suelo. Un álbum daba vueltas en el viejo tocadiscos. El sonido de Procol Harum salía de los altavoces. La pintura de un bosque descansaba sobre el caballete de madera.

Varios miembros de la Compañía estaban en la habitación. En la pared del fondo, mi padre y mi tío les ayudaban a ponerse las cotas de malla plateadas, que eran sólo mallas plateadas. Su armadura no estaría completa sin los escudos brillantes y los yelmos hechos de cartón y cinta adhesiva.

Trabajaron codo con codo durante esta sesión. La fecha entrega se cernía sobre ellos y no había tiempo para desacuerdos sobre las poses, no podía haber errores.

Era una pintura muy complicada y necesitaba dos semanas, como mínimo, para que la completaran. El tío Tim había empezado pintando el bosque, y ahora mi padre añadía lo: hombres con armadura. También saldría el rey Théoden, de pelo blanco, y unos seres de cuerpos rechonchos y peludos, de los cuales uno sería el jefe: Ghân-Buri-Ghân. Estos seres habitaban el bosque de Drúadan.

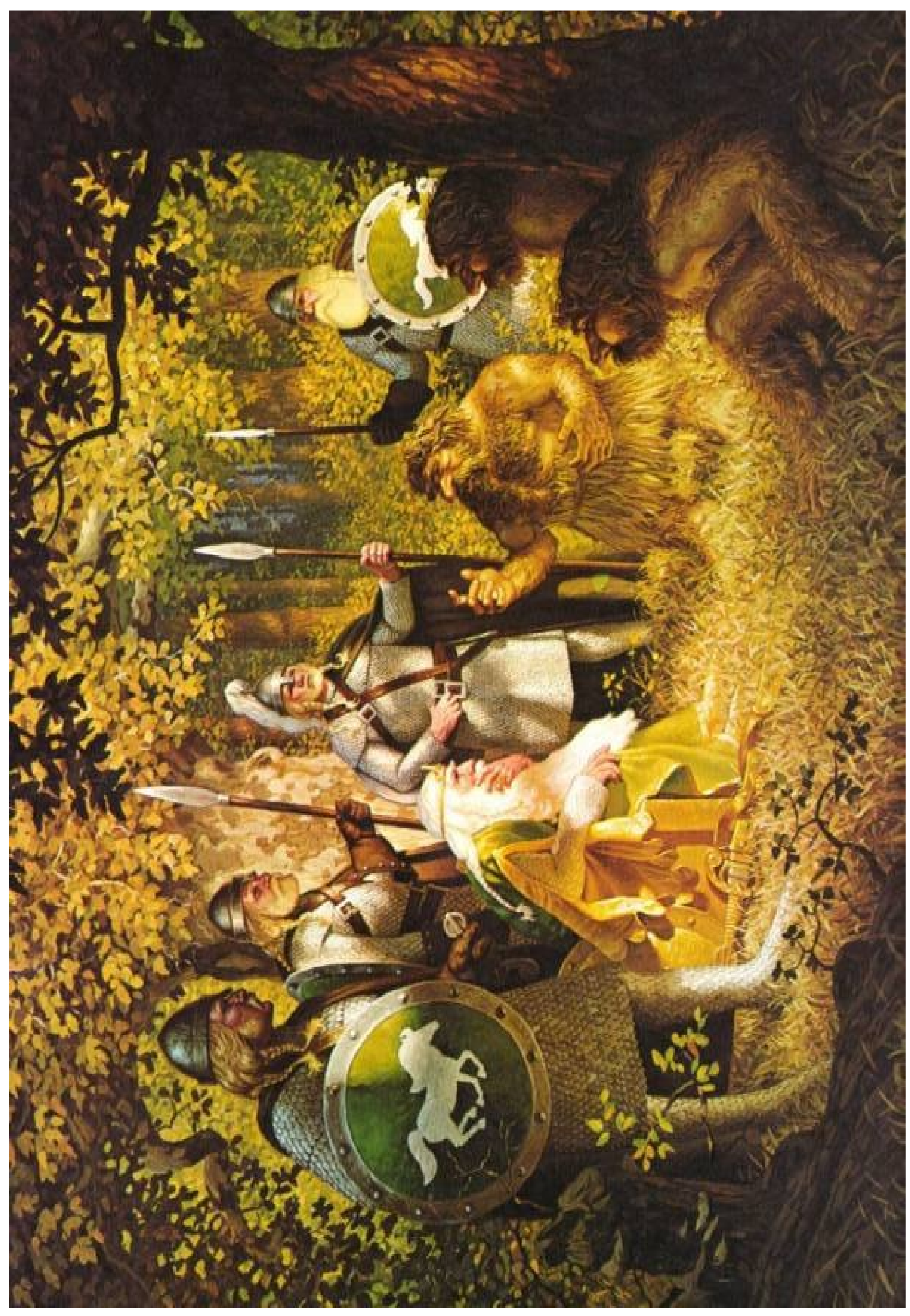
Cuando vi la pintura acabada no podía dejar de preguntarme si esos bosques legendarios y ése en el que yo jugaba eran el mismo.








«Lo que más recuerdo de esta obra es lo mucho que me llevó pintar la armadura de cota de mallas. Era parte de mi obsesión con las pinturas para galerías: fantasía fotorrealística. O, como dijo un amigo mío, ¡frodorrealismo!» — Greg



Calendario, agosto de 1977, Ballantine Books

Empieza El asedio de Minas Tirith





«Hicimos todas las armaduras de los orcos con cartón, cinta adhesiva y papel maché pintado con spray plateado» — Greg









Boceto cortesia de Ian MacKay



«Para crear el efecto de los orcos cayendo, hicimos que los modelos se pusieran en el suelo. Esto nos permitió determinar la posición de los brazos, las piernas y las ropas tal y como queríamos. Después, nos subimos a una escalera para hacer las fotos.» — Tim



«Recuerdo empezar a dibujar esta escena y perder completamente el sentido de la perspectiva. La fecha de entrega se acercaba más y más, pero seguía haciendo las pinturas cada vez mayares y necesitaba mucho más tiempo para acabarla Tenía que dejarlo todo y dormir durante veinte horas o así. Cuando me despertara, lo atacaría todo de nuevo y lo haría bien.» — Greg

El asedio de Minas Tirith

Fue por esta época cuando mi padre y mi tío decidieron hacer todas las fotos para las pinturas que quedaban a la vez. Tenían claro que ahorrarían tiempo si organizaban una única sesión de fotos aunque fuese larga. Al final, duró tres días completos.

Como las hicieron durante un fin de semana, pude observar algunas de las sesiones desde mi santuario. La mayor parte del tiempo mi padre y mi tío estaban nerviosos. Además de la presión de la fecha de entrega, se tenían que preocupar por la logística. Las fotos tenían que ser precisas, para que fuesen exactamente como los pequeños bocetos. Al mismo tiempo, eran conscientes de que sus amigos tenían que adoptar posturas muy difíciles bajo el calor de las luces y con trajes muy incómodos. Cuando se acabó, estaban cansados pero contentos al saber que podían continuar con los bocetos y la pintura definitiva de las cuatro piezas restantes.

Durante esta época mi amigo Joe Varanelli se convirtió en un visitante asiduo de mi santuario. Juntos explorábamos nuestros propios impulsos creativos. Dibujábamos aviones de guerra antiguos y secuencias de batallas que sólo habíamos visto en la televisión. Joe era, en ese momento, parte del viaje de mí imaginación, en el que había estado solo durante el último año: el viaje de ida y vuelta a la Tierra Media.

Un día, después de la escuela, entramos en el estudio y quedamos sorprendidos por la violenta escena reflejada *El asedio de Minas Tirith*.

Joe contempló en silencio la maravillosa obra de art que tenía delante. Sus ojos estaban fijos en el ejército de orcos que parecían estar superando a los soldados que defendían las murallas de la ciudad.

Cuando mi padre y mi tío escogieron ilustrar *El asedio de Minas Tirith* para el calendario de 1977, querían hacer una descripción mucho más impactante de la batalla. Pero el verdadero enemigo no era un ejército de orcos, sino el paso del tiempo. Mi padre y mi tío se vieron obligados a plasmar su concepto a una escala más pequeña, hasta llegar a la versión que tenéis aquí. Esta pieza es un pequeño detalle de una imagen mucho mayor.





«Esta ilustración era la más grande, hasta el momento. Medía unos 195 cm de ancho por 195 cm de alto, con muchos detalles. En aquel momento estaba a punta de matar a Greg». — Tim

Mi recuerdo favorito del proceso creativo de esta pintura tuvo lugar poco después de la sesión de fotos. Mi padre me vistió con la armadura más grande de la Tierra y me colocó un yelmo en la cabeza. Cogí una espada del suelo y la levanté lo más alto que pude. El peso casi me hizo caer de espaldas. Dibujé unas cuantas fintas con ella y la dejé caer. El suelo de madera se astilló un poco.

Me giré. Rags estaba de pie, amenazante, detrás de mí. Su pelo rojo brillaba bajo las elevadas luces. No tardé mucho en darme cuenta de que no le costaría demasiado acabar conmigo del todo. Caí al suelo y mi oponente me cubrió con su escudo. El gran disco casi cubría mi cuerpo por completo, y me dieron por muerto.

El asedio de Minas Tirith es la única pintura original de Tolkien que poseo. Nunca la pedí, pero mi padre insistió en que me la quedara ya que, según él, había pagado por ella con mi vida.



Calendario, septiembre de 1977, Ballantine Books

La cura de Éowyn

Miraba e intentaba aprender. Mi padre y mi tío creaban una imagen delante de mí. Cada piedra era perfecta.

Durante un tiempo sólo fue la imagen de una habitación vacía. Me estrujé el cerebro mientras intentaba descubrir dónde era. Algunas partes se parecían a nuestro sótano, pero había algo que indicaba que era un lugar seguro, a pesar de la dureza y la frialdad de las piedras.

Entonces, uno a uno, los personajes tomaron forma. Una luz caía, como una cascada, desde arriba, prestando su calidez a la habitación de piedras. Éowyn yacía en la cama, moribunda, perdida en un profundo sueño tras su lucha contra el Nazgûl. Trancos estaba arrodillado a su lado y Éomer, su hermano, vigilaba a los pies de la cama. La tercera persona en el centro era Gandalf. Parecían preocupados.

Creía que ya habían acabado la pintura, pero mi padre y mi tío tenían otra opinión: no estaban satisfechos con la sensación que transmitía. Aunque la imagen representase una escena trágica, se suponía que también tenía que reflejar un elemento de esperanza.

Les oí discutir sobre si la luz era demasiado gris, y si eso hacía que la ilustración fuese demasiado sombría y dura. Lo que vino a continuación fue un tedioso e irritante proceso de corrección y perfeccionamiento. La pintaron, la repintaron y la pintaron de nuevo hasta que los rayos fueron cálidos y dieron una apariencia suave a la lámina. Para conseguirle trabajaron de sol a sol durante cuatro días.

Como comprobaron, sus instintos tenían razón. La luz añadía emoción a la escena. Pero a mí ya me gustaba la primera versión.

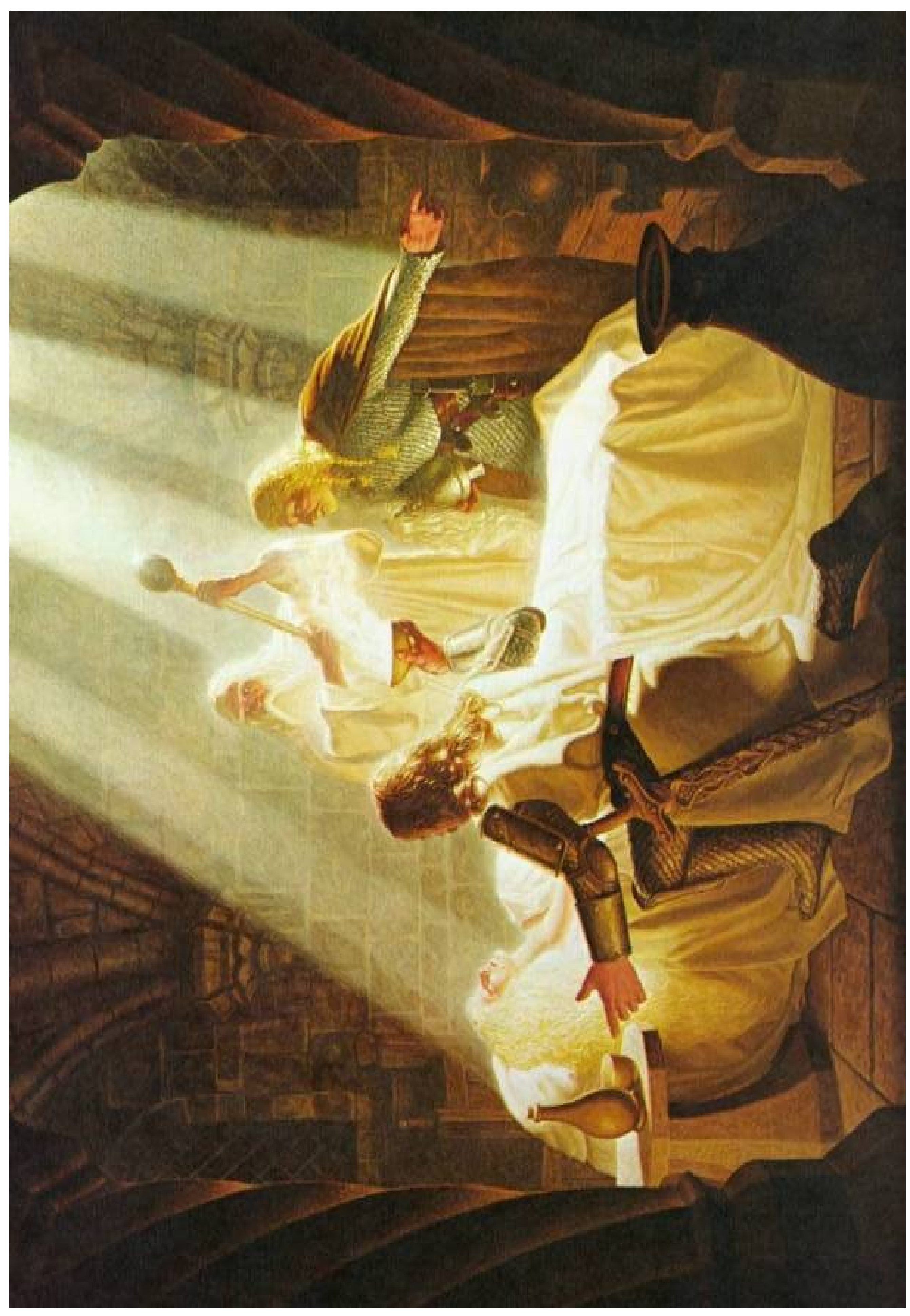








«Cuando pintamos las rayas de luz que caían, pensaba en ésta como en una pintura religiosa. Eso es básicamente para mí. Aragorn es como la figura de Cristo, que despierta a Éowyn de la muerte. O quizá sea sólo Trancos con una taza de sopa de pollo mágica.» — Greg



Calendario, octubre de 1977, Ballantine Books

Cirith Ungol

En los límites de nuestro terreno, tras una línea de pequeños arbustos, había una casa pequeña, de un solo piso. Las ventanas estaban siempre cerradas y el césped crecía descuidado

Un ligero sentimiento de temor se cernía con fuerza sobre el lugar. Nunca había visto a nadie allí. Un fuerte sonido procedente de la casa hizo que el corazón me saltase en el pecho, que los pies se apresurasen y que la imaginación se disparase. Corrí lo más rápido que pude hasta el granero.

Una vez dentro cerré la puerta tras de mí y lancé un suspiro de alivio. Nunca descubrí que produjo el sonido.

El estudio era seguro y acogedor. Un aire familiar de comodidad me rodeaba. Mi padre estaba pasando el boceto de la última pintura del calendario, La boda del Rey, a una tabla mientras mi tío estaba sentado en el taburete mirando una cavernosa boca, la entrada de Mordor.

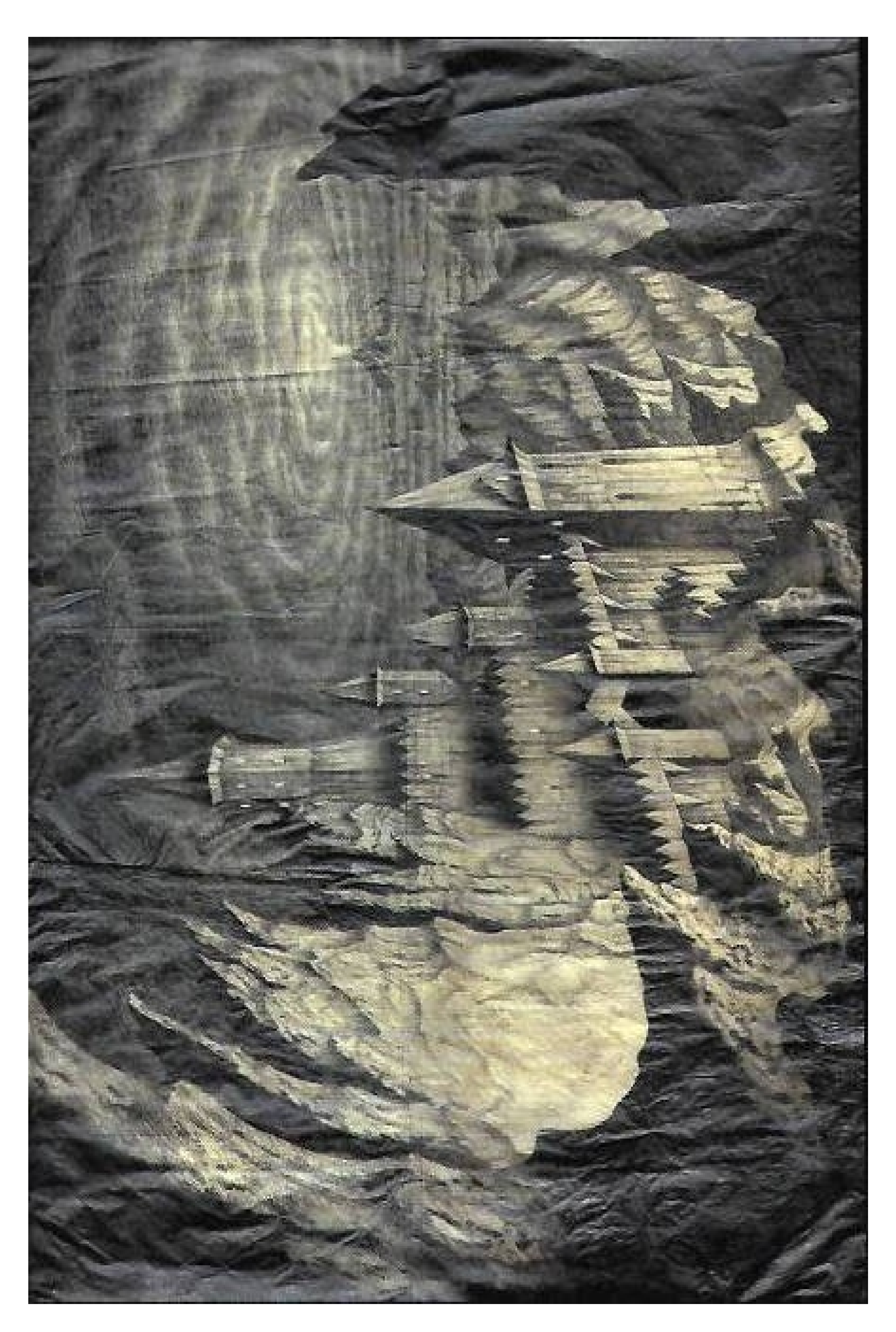
Eché un vistazo a la obra que mi tío estaba creando. Tuve escalofríos. Un castillo oscuro surgía de una montaña rocosa. A lo lejos, un violento volcán escupía su abrasadora ceniza hacia el cielo y lo hacía arder. Con una sola mirada supe que era un lugar donde anidaba el mal.

Mi tío me contó que, aunque Tolkien describiese el Monte del Destino como si sólo estuviese en activo en algunas ocasiones, él creía que debería escupir humo y cenizas continuamente. Esto formaría una capa de humo que ocultaría eternamente el sol en Mordor, de lado a lado. Él y mi padre decidieron que, para lograr este efecto de oscuridad total, las cenizas tenían que extenderse desde el centro, en una oleada de círculos concéntrico Tim tenía esta visión de Mordor porque se parecía a su idea de un infierno agobiante.

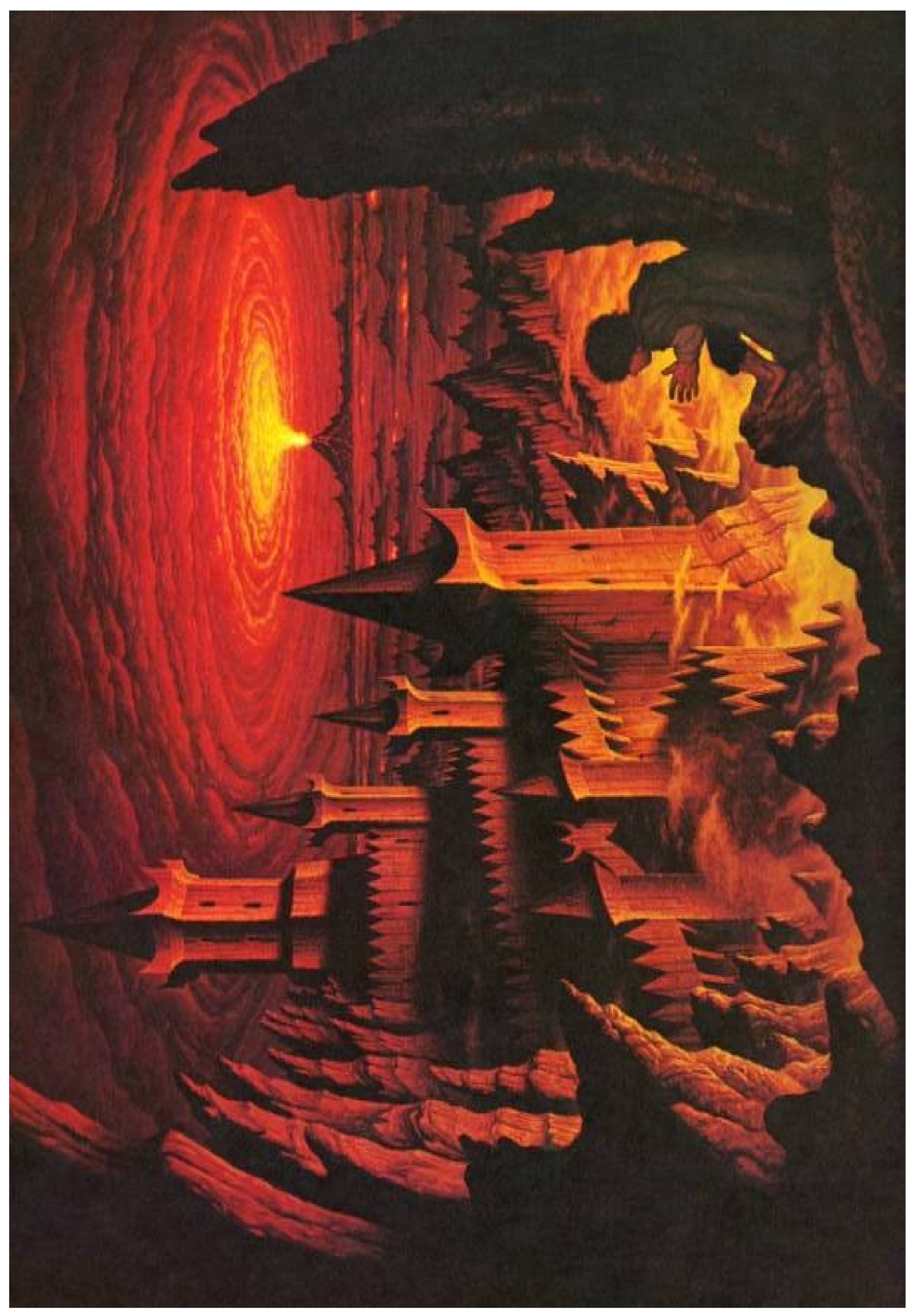
Cuando mi tío acabó de explicarme todo esto, di media vuelta para irme del estudio. Miré por la enorme ventana de la parte delantera del granero y, asombrado, paseé los ojos una y otra vez de la pintura a la vista tras el cristal.

Afuera el sol casi se había escondido tras el horizonte. Su fulgor rojizo bañaba la oscura casa a los límites de nuestro terreno con colores sobrenaturales. La imagen era diferente de la de la pintura pero, al mismo tiempo, similares.

Mi tío había usado su sorprendente habilidad para percibir la verdadera naturaleza del mundo. Donde yo sólo había visto una casa poco acogedora de ventanas cerradas, él había visto Cirith Ungol, «el camino de la araña». Aquí era donde Ella-Laraña, el arácnido gigante había construido su nido para proteger el acceso. Y el sonido que yo había oído antes quizá era la desespera lucha de su víctima más reciente.



«En la descripción de Tolkien del Monte del Destino no aparecían ni la columna de fuego ni los anillos de humo que salen en esta pintura. Queríamos una nube oscura que cubriese todo Mordor; buscábamos un efecto especial para esta imagen. Una tarde, estaba intentando exterminar una invasión de pulgas en el granero, así que cogí un desinsectador de sulfuro y lo puse en marcha. Una columna de humo llegó al techo y se convirtió en anillos gigantes que envolvieron toda la habitación. Tim y yo nos miramos y gritamos: ¡Es el Monte del Destino!» — Greg



Calendario, noviembre de 1977, Ballantine Books

Empieza La boda del Rey

Era julio de 1976. Mi padre y mi tío habían entregado la última pintura del calendario de 1977, *La boda del Rey*, a Ballantine la última semana de junio.

Era un mes excitante. No sólo para mi padre y mi tío, sino para todo el país. Era el año del bicentenario y se podían visitar unos enormes barcos en el puerto de Nueva York. No podía esperar a ir.

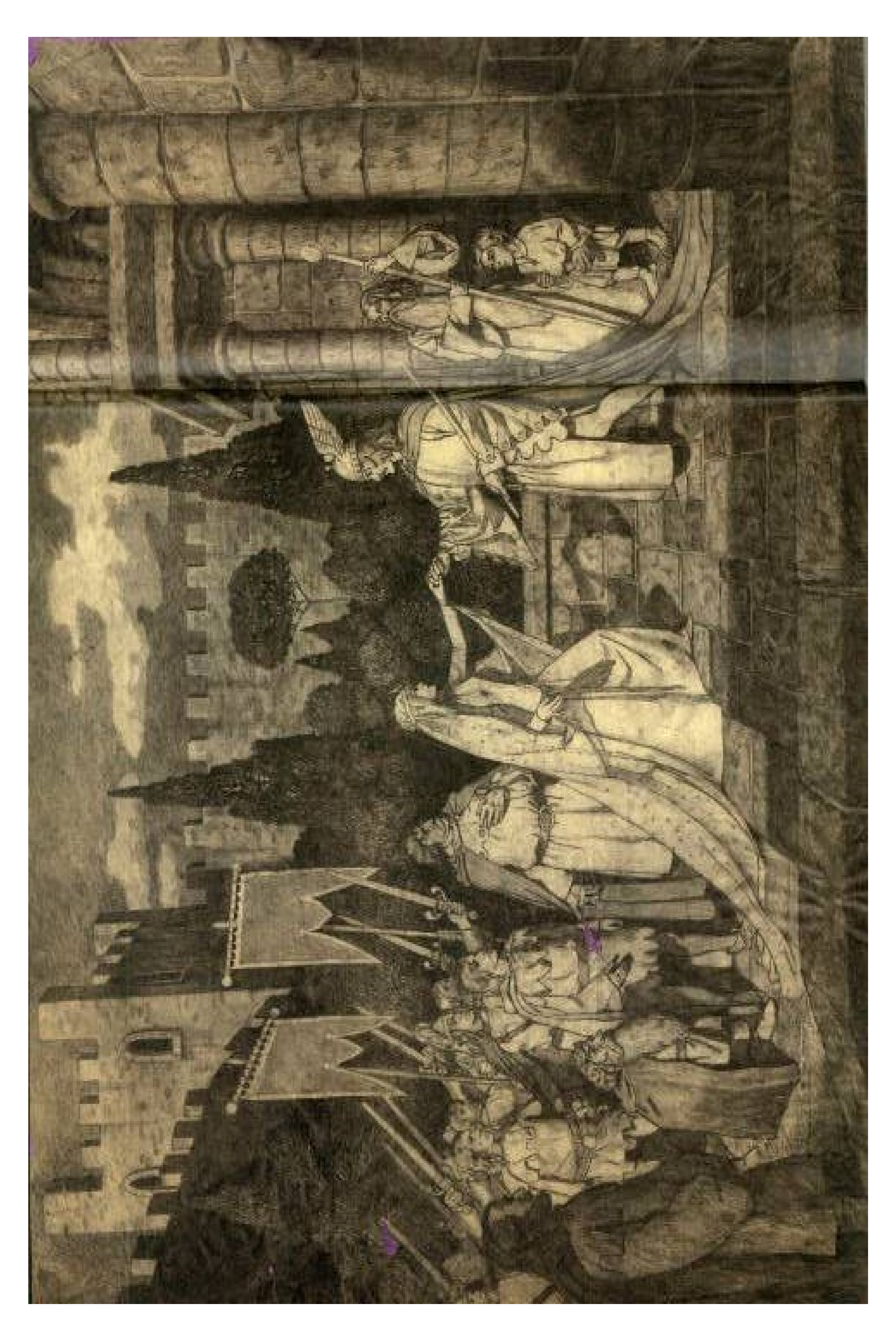
La Sociedad Histórica de Nueva York y la Asociación de Ilustradores se habían reunido para conmemorar los doscientos años de ilustración americana, y habían escogido la pintura de Éowyn y el Nazgûl para la muestra. Pero lo que la hacía de verdad especial era que venían los abuelos desde Detroit para llevarnos.

No sabía mucho sobre ilustradores americanos, pero mi padre y mi tío decían que sería uno de los mayores honores de sus vidas porque tendrían una pieza suya colgada al lado de las de cientos de sus héroes. Mencionaron unos cuantos nombres: Howard Pyle, N. C. Wyeth, Maxfield Parrish, Dean Cornwell y Norman Rockwell. Yo había visto muchos libros de estos dibujantes en el estudio, la mayoría en el suelo.

Mi santuario empezó a abarrotarse de gente, ya que mis amigos continuaron visitándome. Juntos cruzábamos el puente imaginario entre la realidad y la fantasía. Estaba encantado con poder compartir las cosas que había visto.

Mi padre y mi tío decidieron montar una fiesta para celebrar que habían finalizado el segundo calendario, que habían firmado el contrato para el tercero y, en general, su buena suerte como ilustradores. Docenas de amigos y familiares acudieron a la celebración.



La boda del Rey

Mi padre, mi tío y sus amigos estaban reunidos de nuevo. Pero esta vez mis amigos y yo también éramos bienvenidos. Me di cuenta, en esos momentos, de que también estábamos formando una Compañía propia… una amistad que duraría paira toda la vida.

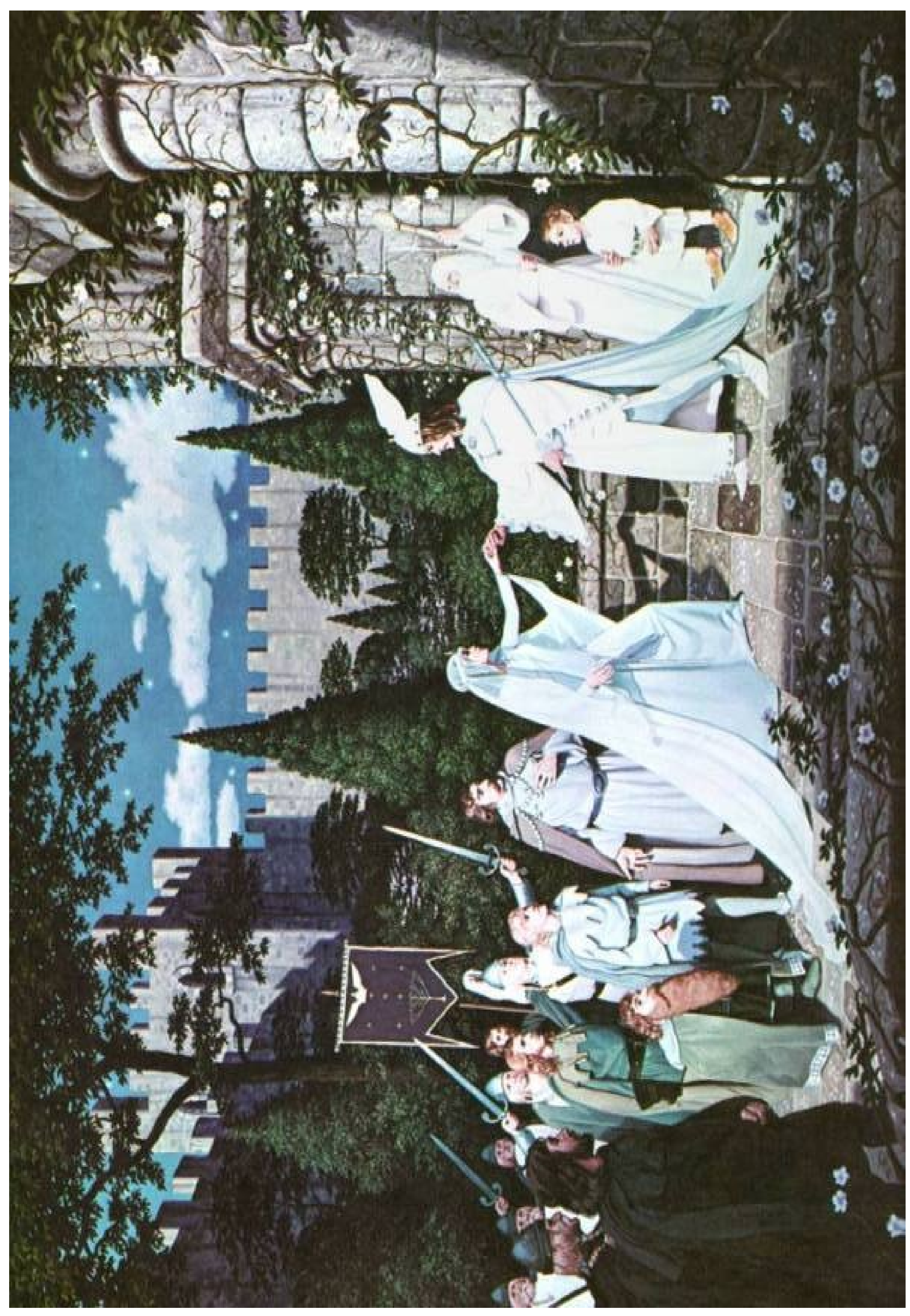
Cansados pero entusiasmados, mi padre y mi tío continuarían con lo que tenía que ser el tercer calendario de una serie de cuatro, pero que, por desgracia, sería el último.

Hace poco les pregunté a mi padre y a mi tío qué pensaban de las pinturas del calendario de 1977. Sus respuestas me sorprendieron: mi tío Tim dijo que, si tuviera la oportunidad de volverlas a crear, haría las pinturas más pequeñas para que no les tomasen tanto tiempo; mi padre contestó que si tuviera la oportunidad de volverlas a pintar, las haría mucho mayores, para que tuvieran una presencia fascinante colgadas en una galería.









Calendario, diciembre de 1977, Ballantine Books

Legolas y Gimli



Cubierta del calendario de 1978, Ballantine Books

En esa época, tras la publicación de los dos primeros calendarios, mi padre y mi tío estaban recibiendo montones de cartas de seguidores suyos. Se les conocía internacionalmente y, por primera vez, se enfrentaban al hecho de no crear sólo para ellos mismos, sino también para los aficionados.

Así que decidieron darle a este calendario un aspecto nuevo, aunque a la vez antiguo. Siguiendo su pasión por las ilustraciones para cubiertas de libros de N. C. Wyeth, decidieron reflejar una escena que representase a dos de las principales razas de la Tierra Media.

Y así empezó el calendario de 1978. Parecía adecuado que en la primera ilustración apareciesen dos hombres con la mirada perdida, dos hombres destinados a vivir una aventura.

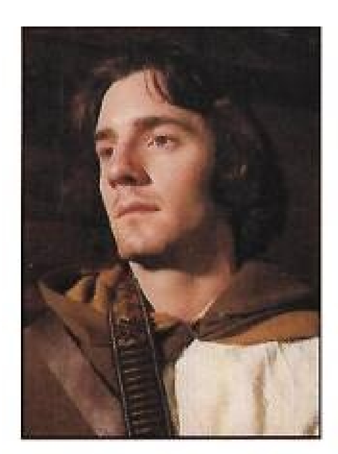
En realidad, mi padre y mi tío escogieron un enano y un elfo porque eran razas más bajas que el resto de seres de Tierra Media. Veréis, el editor quería colocar un pergamino muy grande en la cubierta, de manera que tenían limitado el espacio donde colocar los personajes.

La mayoría de cubiertas de los calendarios reproduce una ilustración interior, pero mi padre y mi tío insistían que la cubierta debía ser una diferente. Querían dar tanto como pudieran a los fans. Decían que era lo mínimo que podían hacer por todo el apoyo que recibían.





«Cuando empezamos a hacer el boceto de esta cubierta, me inspiré en la pintura que N. C. Wyeth hizo para la de La flecha negra. Mostraba a dos hombres con la mirada perdida en la distancia, bajo un roble. La primera vez que vi este original de Wyeth fue en la Asociación de Ilustradores de Nueva York.» — Tim





«Mike McGuire posó como Legolas. Una vez, se pasó por el estudio para ver a su hermano Bill. Ya coneceréis a Bill, que representa a Gandalf. Enseguida embutimos a Mike en un disfraz y empezamos a hacer fotos. La más curioso de todo esto es que nunca volvió a pasar por allí.» — Greg

La hospitalidad del granjero Maggot

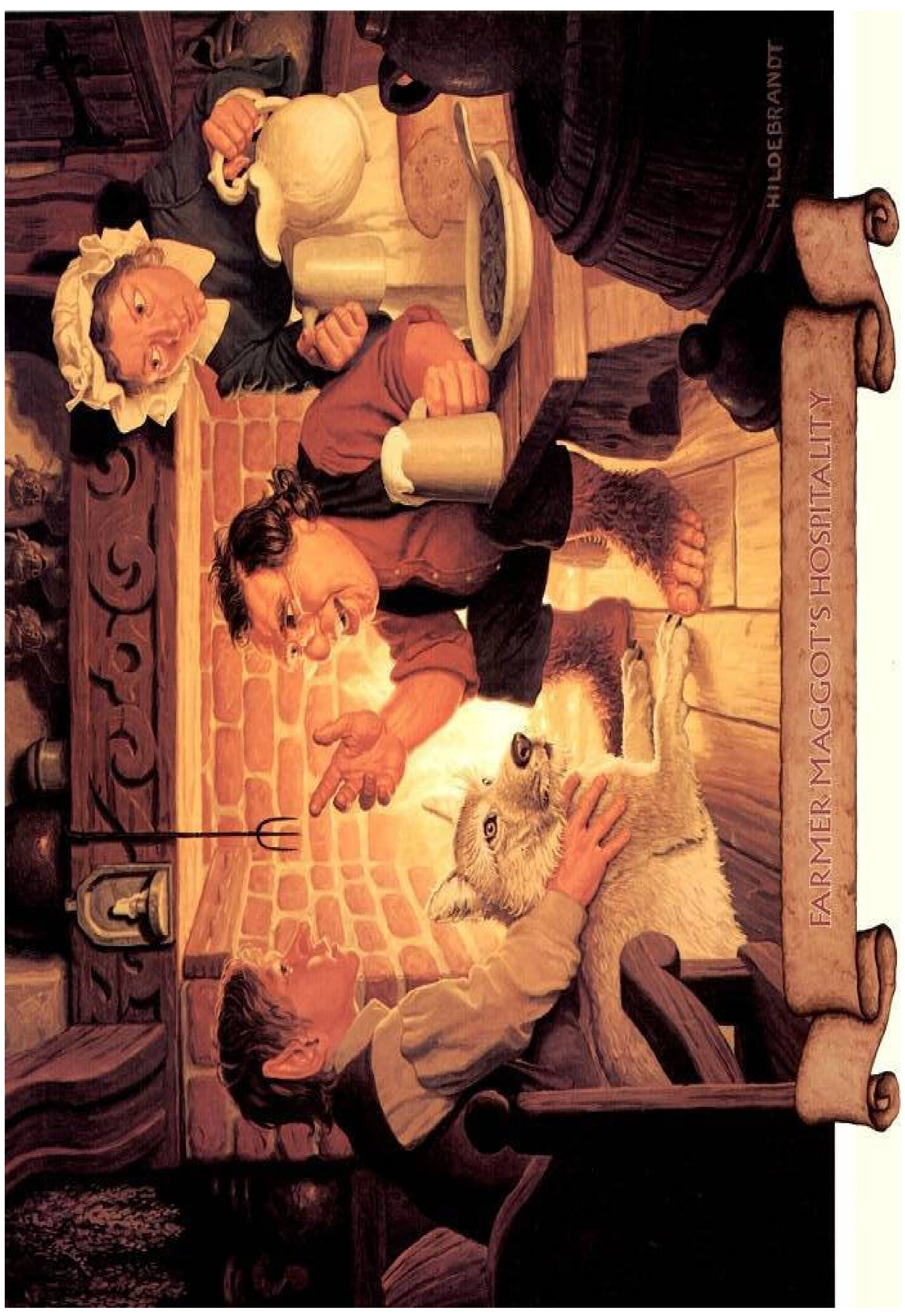
Me senté, con la mirada perdida. Pani, siempre fiel, estaba a mi lado. La aguantaba mientras mi padre y mi tío ajustaban los focos y tomaban las fotos.

Esperaba con ganas esta pintura, no sólo porque volvería a ser un hobbit, sino porque iba a serlo junto con mi madre. Pensé que eso molaría un montón.

Cuando acabaron con Pani y conmigo, era el tumo de mamá. Ella posaba como la esposa de Maggot, el granjero. Mi tío me contó que era una escena del capítulo «Un atajo hacia los hongos». Siempre pensé que era un poco raro comer un plato con sólo hongos guisados, pero ¿por qué no? Después de la foto, mi madre se puso de nuevo su ropa de «mamá» y volvió a casa.

Mi padre y mi tío acabaron esta pintura en un tiempo récord: una semana. Seguramente porque la hicieron m pequeña. Me parece que, en esta ocasión, mi tío había ganado la batalla del tamaño.

La hospitalidad del granjero Maggot, la primera pintura del calendario, había visto ya la luz.



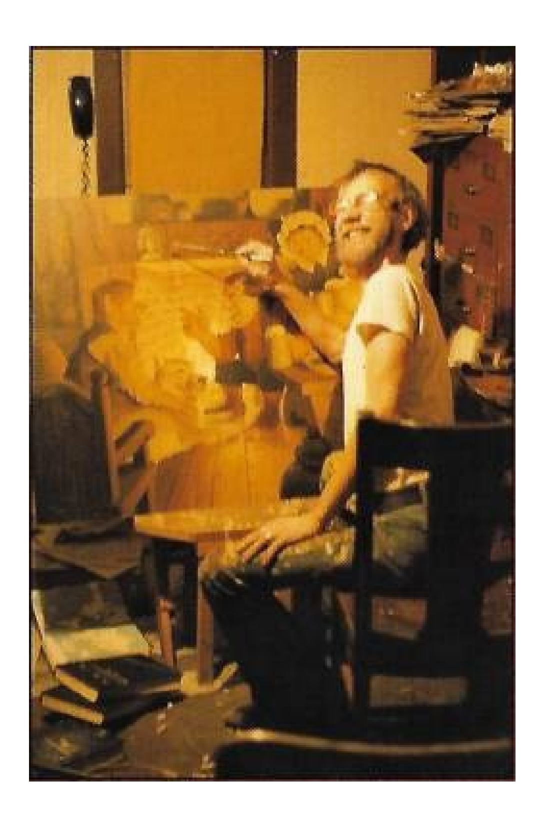
Calendario, enero de 1978, Ballantine Books

«Judy-Linn y Lester del Rey tenían tres toros de juguete sobre una estantería en su apartamento. Los trataban como si fuesen hijos suyos y hasta les habían puesto nombres. Judy-Linn quería que saliesen en el calendario, así que escogimos una escena determinada donde encajasen.» — Greg



«A Diana, mi mujer, no le hizo mucha ilusión posar como la esposa del granjero Maggot. Era muy diferente de su primera pose como Galadriel para el primer calendario.» — Greg





«La presión de pintar durante quince horas al día hace que, de vez en cuando, hagas el tonto. Tomamos un montón de fotos sólo para divertirnos, sin esperar que, un día, fuesen publicadas.» — Tim



El Viejo Hombre-Sauce

En septiembre de 1976 mi padre y mi tío empezaron a diseñar *El Viejo Hombre-Sauce*. Fue un mes muy importante para mí: iniciaba el primer curso. Empezaría a ir a una escuela nueva y mayor, donde me esperaban un montón de aventuras.

Una tarde papá y el tío Tim estaban en el patio trasero de casa, de pie bajo el sauce gigante. Se alzaba hacia el cielo y cubría el patio con su sombra. Me quedé allí y los observé mientras hablaban y señalaban el robusto y anciano árbol, y hasta hicieron algunos dibujos de él.

Mi padre me había enseñado que siempre tenía que respetar la naturaleza, y yo sabía que nuestro sauce era un buen ejemplo de lo que es la naturaleza. Papá me había contado que la madre naturaleza era responsable de todos los seres vivos, y yo imaginaba que debía de parecerse a la bella Galadriel.

Me fijé en la base del sauce, en los intrincados dibujos de la corteza cortada y de las raíces. Ese árbol estaba allí desde mucho antes que yo.

Unos días después entré en el estudio y me moví con cuidado entre los montones de papeles y de tubos vacíos de pintura desparramados por el suelo. Ni papá ni el tío Tim estaban allí. Eché una ojeada al caballete y tuve una extraña sensación. Nuestro viejo sauce estaba pintado en la tabla, un poco descentrado y ladeado ligeramente. ¿Era nuestro árbol? Éste estaba deformado. Tenía unos ojos oscurecidos por el odio, como si su corazón estuviese del todo podrido.

Era el Viejo Hombre-Sauce. Mi padre y mi tío me habían advertido acerca de este árbol. Me habían contado que vivía en un lugar llamado el Bosque Viejo y que usaba sus poderes mágicos para atraer a los viajeros hasta sus garras. Si el caminante se acercaba demasiado, lo atrapaba con sus raíces, parecidas a serpientes, lo llevaba hasta su enorme tronco y se lo comía.

El viejo sauce de mi patio no tenía un río al lado. Le habían añadido uno en la pintura para reflejar los dominios del Viejo Hombre-Sauce, a la orilla del río Tornasauce, de donde sacaba alimento. El nuestro tampoco tenía cara.

Pero, de hecho, el Viejo Hombre-Sauce de mi padre y de mi tío tampoco era el descrito por Tolkien en su texto. El árbol de Tolkien no tenía cara y su boca era una grieta en el tronco. Mi tío Tim dice que no se podía imaginar el diseño de este árbol sin que tuviese cara. Así que lo adaptó totalmente a su idea.

Creo que la cara queda muy bien. Ésta es una de las cosas que más me gustaban de sus dibujos cuando era pequeño: podían coger cualquier objeto e imprimirle personalidad. Le podían dar vida a cualquier cosa, hacerla real…

«El texto de Tolkien no describía al Viejo Hombre-Sauce, con cara, pero yo siempre creí que tenía una personalidad muy definida, así que le dibujé una. Los nudos y el

tronco retorcido de los sauces hacen que ver caras en ellos sea una tarea sencilla. Siempre he sentido el deseo de dar a los objetos naturales rasgos humanos. También están vivos. Yo lo llevo un poco más allá.» — Tim

«Tim diseñó y pintó esta pieza sin mí. Siempre he creído que es una de las mejores de los tres calendarios. Me encanta la iluminación, el tono, la atmósfera. Tengo que reconocer que la habilidad de mi hermano para pintar la naturaleza con una iluminación y unos colores mágicos siempre me ha dejado estupefacto.» — Greg



Calendario, febrero de 1978, Ballantine Books

El regalo de Galadriel

Ante mi, en el caballete de mi padre, se alzaba la siguiente pintura inspirada en Tolkien, *El regalo de Galadriel*.

Galadriel, la bella reina de los elfos, estaba sentada en la profundidad de los bosques de Lothlórien, repletos de mallorn. Éste era su reino. Su personaje, blanco y puro, estaba radiante bajo los rayos de sol.

A sus pies, se arrodillaba Trancos. Galadriel le donaba un broche dorado y una vaina mágica. En el broche estaba engarzada la Gran Esmeralda, la piedra élfica de la casa de Elendil. La vaina, diseñada para encajar perfectamente la espada de Trancos, le protegería en la batalla.

Así de grande era el poder del regalo de Galadriel.



«Tenía la sensación de que la sala del trono de Galadriel estaba hecha sólo con elementos naturales. Por eso creamos la ilusión de las columnas con unos árboles altos y rectos.» — Tim



Calendario, marzo de 1978, Ballantine Books



Los *Pilares de los Reyes*

Halloween estaba a la vuelta de la esquina. Era mi fiesta favorita.

La de este año en concreto fue una que nunca olvidaré. Toda la familia habíamos estado trabajando juntos en los disfraces durante semanas. Papá había decidido que todos seríamos marcianos.

Papá consiguió todas las cosas que necesitábamos. Había papel de periódico, cinta y papel maché por todo el granero. Trabajamos con diligencia: éramos papá, mamá, mi hermana Mary, mi hermana Laura y yo.

Papá diseñó unas cabezas gigantes, de ojos saltones y extrañas orejas. Las pintamos con una amplia gama de colores: naranja, rojo, amarillo, verde, negro, lila… Nos hicimos corazas con cartones plateados, con un rayo también plateado dentro de un círculo negro, en el centro. Papá hizo armas láser de contrachapado de madera. Además, llevaríamos una capa negra y botas plateadas.

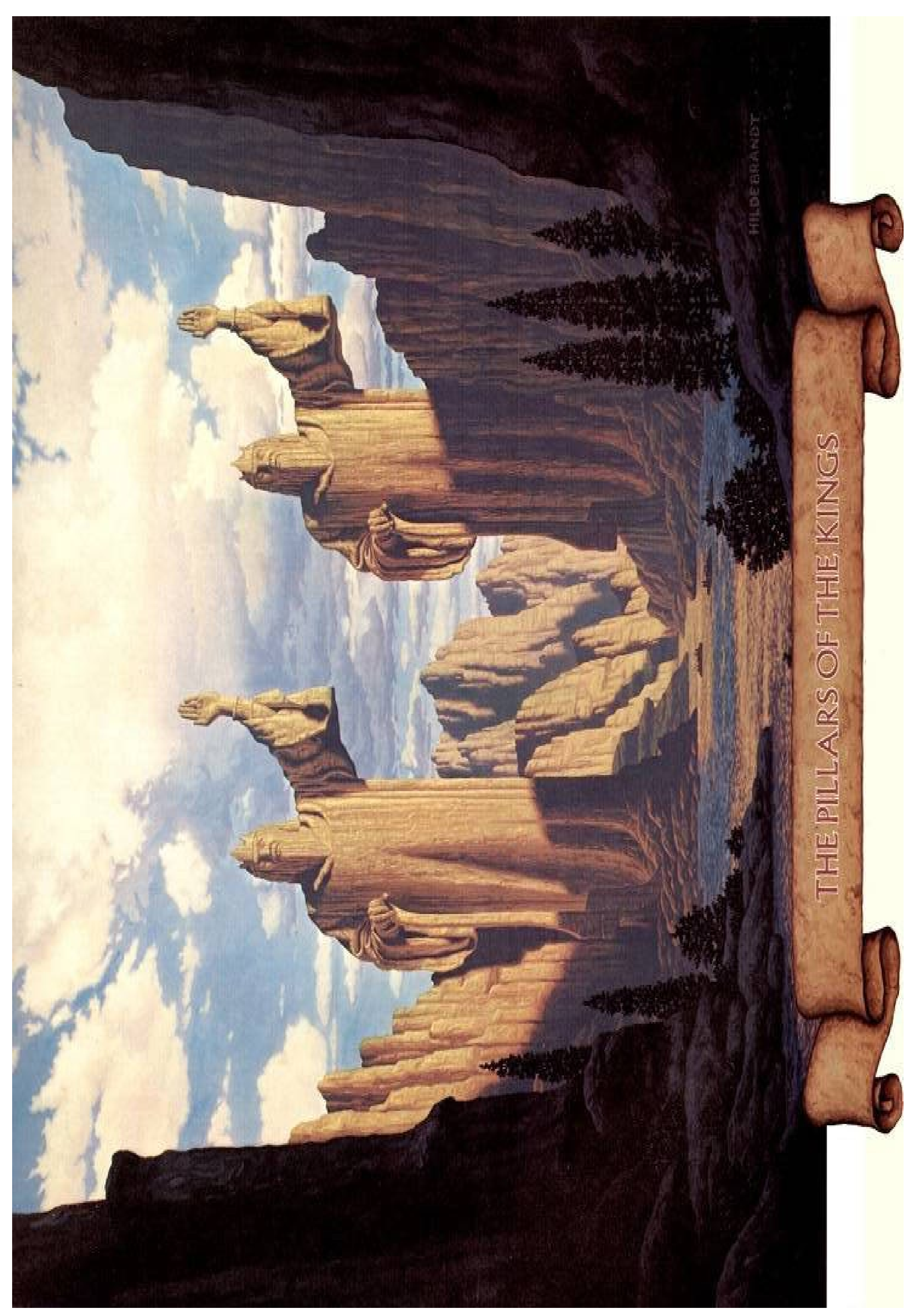
Las semanas pasaban mientras nosotros hacíamos los disfraces y mi tío pintaba en el caballete en silencio. Supongo que se puede decir que mi padre tenía la fiebre de Halloween, así que no trabajó mucho en *Los Pilares de los Reyes*. Claro que ayudó al tío en el diseño y en la toma de fotos, pero, aparte de esto, la pintura sería más de Tim Hildebrant que de los Hermanos Hildebrant.

A veces yo dejaba de trabajar en mi disfraz para observar a mi tío mientras pintaba.

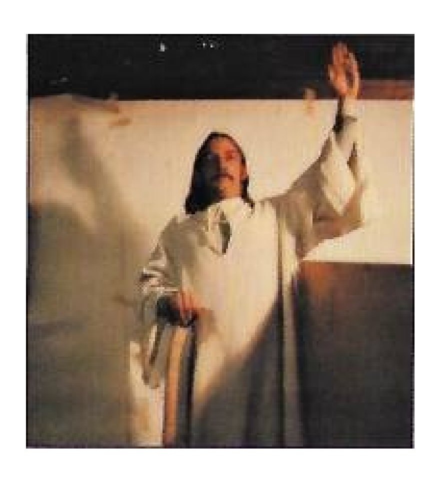
Sabía que le encantaba crear este tipo de escenas. Le entusiasmaban los paisajes y la arquitectura. Trabajaba constantemente y casi nunca hablaba. Con cada pincelada, las estatuas gigantes de Argonath parecían más y más esculpidas en la roca. En toda su grandiosidad, se alzaban guardianes de la entrada de Númenor. La Compañía, en pequeños botes, se acercaba a las estatuas.

Cuando la completó, casi al mismo tiempo que nosotros los disfraces, supe que la gente apreciaría la belleza de la iluminación y la majestad de los enormes gigantes de piedra.

Y vi gemelos: gigantes gemelos diseñados y pintados por gemelos.



Calendario, abril de 1978, Ballantine Books



«En la pintura de El Viejo Hombre-Sauce tenía libertad para ponerle al árbol una cara, ya que Tolkien no decía que no tuviese una. Cuando leí la escena de Los Pilares de los Reyes, creí que sería mucho mejor que los brazos de las estatuas se encontraran en el medio, sobre el río. Pero Tolkien las describía con los brazos izquierdos levantados, así que no había posibilidad de malinterpretarlo.» — Tim



«Éste fue mi primar dibujo de los hobbits, y lo realicé casi con un estilo de animación, dibujé a Sam con una olla de hierro en la cabeza… ¿Sam el cabeza-olla-de-hierro?» — Greg

Gollum

El coche olía a pescado. Conducía mi madre, que sonreía y tarareaba una canción mientras volvíamos del mercado. El frío aire de septiembre me impedía abrir la ventanilla.

Por fin el viejo coche enfiló el camino de entrada. Ayudé a mamá a llevar las repletas bolsas de la compra a casa. Cuando creía que ya había cumplido con mi deber, me dio una cosa larga, envuelta en papel blanco. El olor me dio cosquillas en la nariz: ¡era pescado!

«Sé bueno y llévale esto a tu padre», me pidió. Para qué lo quería, ni lo sabía ni me importaba. Corrí hacia el granero, donde mi padre me saludó efusivamente y recogió el apestoso paquete de mis manos.

—¡Ya está aquí! —exclamó.

De pronto, mi tío empezó a desnudarse. ¿Qué estaba pasando? La curiosidad me pegó a las tablas del suelo.

Mi tío se quedó en calzoncillos y cogió el paquete que aguantaba mi padre. Lo desenvolvió y lo sostuvo con una mano. El pez muerto colgaba, flácido. Seguí mirando mientras mi tío se ponía de cuclillas y agarraba bien el pescado. Contrajo la cara en una horrorosa mueca y retorció el cuerpo en un gesto algo inhumano. Empezó a acariciar el pescado y a llamarle «mi tesoro».

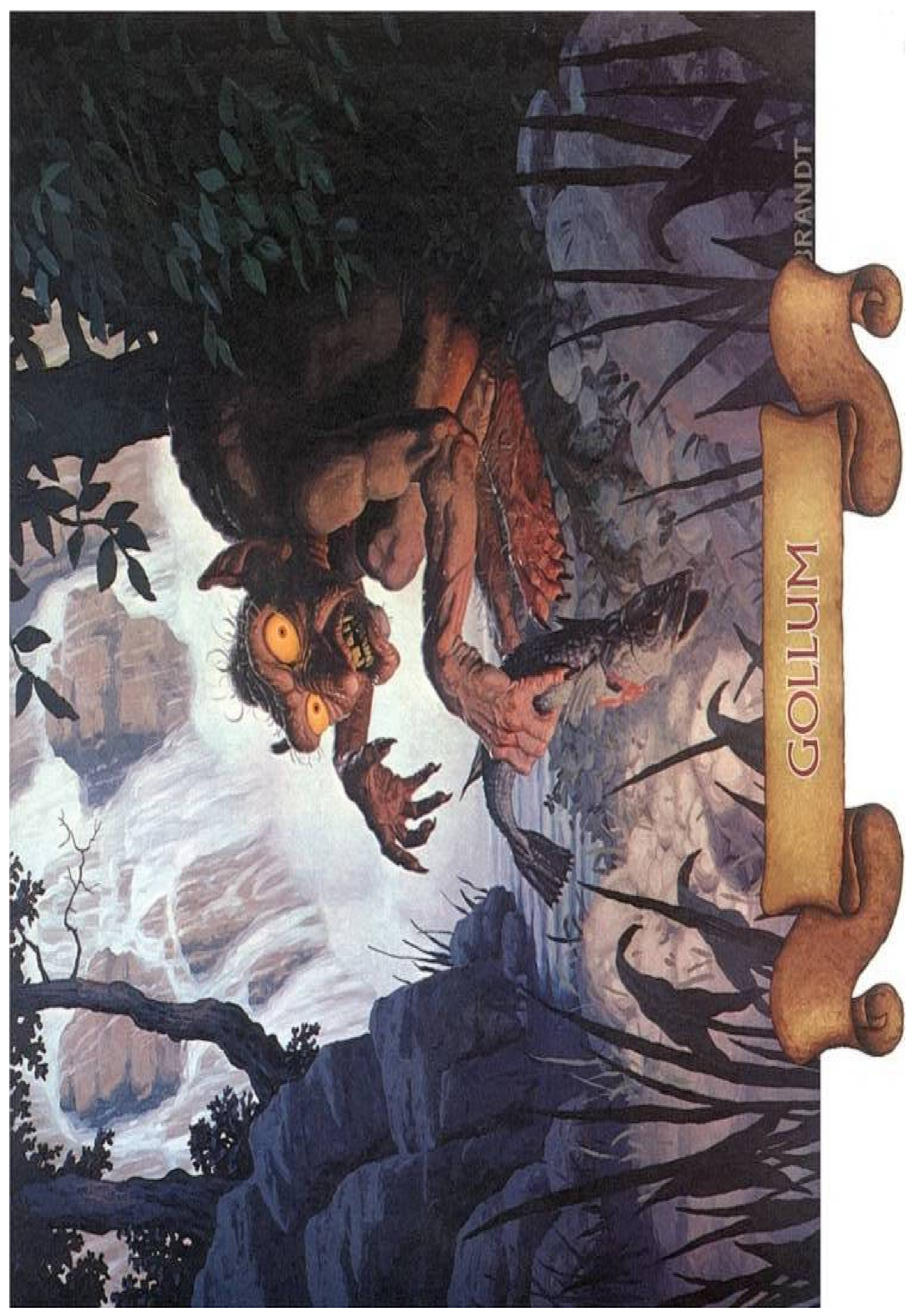
Los calientes focos originaban sombras que hacían que su cuerpo pareciese hecho de pura maldad. Se me secó la boca y se me puso la piel de gallina. ¿Qué fuerza malvada había mutado el cuerpo de mi tío?

Entonces emitió un sonido gorgoteante desde lo profundo de su garganta. Casi pude descifrar una palabra… o un nombre…

—Gollum.

Me estremecí con ese sonido. Había oído antes ese nombre, en susurros. Ahora la criatura estaba agazapada, ante mí. Llevaba una vida amarga, transformada para servir al mal por culpa de su propia avaricia.

A medida que mi padre hacía las fotos, mi tío se metía más y más en su papel. ¿Había sido él también consumido por el mal? Anoté en mi mente que tenía que evitar el pescado.



Calendario, mayo de 1978. Ballantine Books



«Lanzamos al aire una moneda para decidir quién haría de Gollum. Tim ganó la apuesta… o la perdió depende de cómo se mire. No era la pose más favorecedora del mundo.» — Greg



«Aquí podéis ver un primer plano de mí posando como Gollum. Gracias a que no podéis ver el plano general, salgo en calzoncillos.» — Tim

El retorno de Gandalf

De nuevo la Navidad se acercaba a toda velocidad. De nuevo le escribí a Papá Noel pidiendo una bici. De nuevo le di la carta a mi madre y me dispuse a esperar.

Mientras aguardaba a que llegase la mañana de Navidad, Bill McGuire volvió al estudio de papá para posar de nuevo como Gandalf. Pero esta vez el mago se había transformado. Miré la sesión de fotos y supe que, de alguna manera, Gandalf era diferente. Había luchado contra el Balrog y había sobrevivido. En lugar de la túnica gris, mi padre y mi tío lo vistieron con ropajes blancos.

No hubiera podido decir si había sobrevivido del ataque del Balrog o si había muerto y resucitado. Pero estaba convencido de que papá y el tío lo sabían.

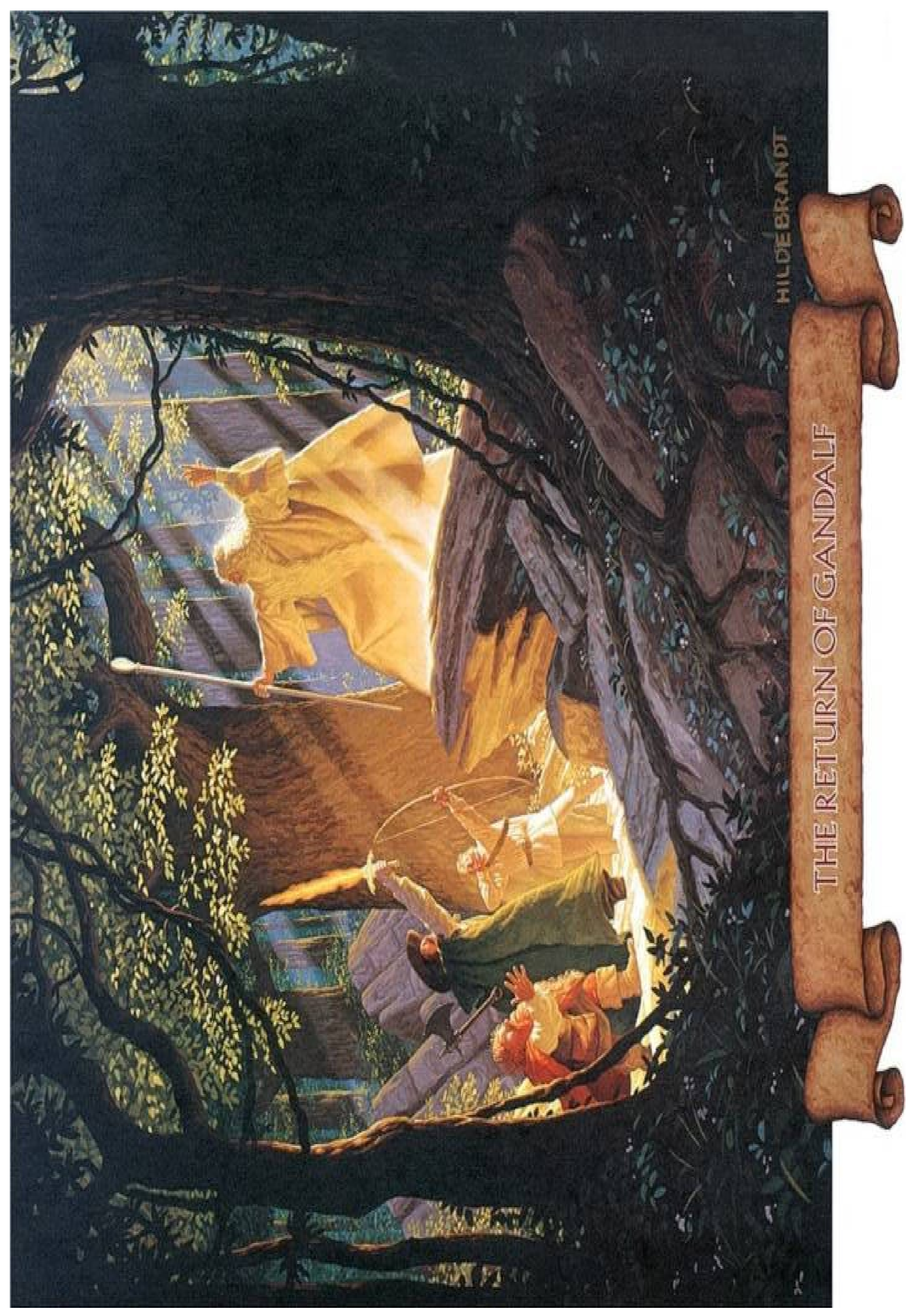
Mientras ellos pintaban, les observé mientras realizaban la espada llameante de Trancos y me pregunté qué tipo de magia había traído la reaparición de Gandalf.

Acabaron la pintura en Nochebuena. Poco después las escaleras del viejo granero. El ya familiar olor de pintura acrílica inundaba el aire. Cuando entré, una poderosa imagen me sorprendió: Gimli, Trancos y Legolas habían quedado paralizados ante la figura iluminada sol del mago, que estaba encima de un saliente de roca. Los personajes estaban rodeados de árboles de follaje verde y espeso, y bañados por la purificante luz del día. De nuevo, la Compañía tenía un guía espiritual que la protegía.

Ya era hora de ir a la cama, pero la expectación por mañana de Navidad y la visión de la imagen de Gandalf hacían que el sueño se resistiera.

Y por fin llegó la Navidad. Salté de la cama, corrí la sala de estar y me lancé bajo el árbol de Navidad.

Tampoco había bici. A veces me preguntaba si no tendría mejor suerte si en lugar de pedírsela a Papá Noel la pidiera a mis padres.



Calendario, junio de 1978. Ballantine Books

«Teníamos opiniones diferentes sobre la composición de esta pieza. Yo quería hacerla de manera que el ojo del que la viera tuviera que moverse de izquierda a derecha. El foco principal de atención tenía que estar a la derecha de la línea central. Todos los elementos de la pintura te conducen a Gandalf.» — Tim



«Éste es mi boceto de El retorno de Gandalf. Es una composición frontal, formal, triangular. Yo casi nunca busco este tipo de resultado. Como podéis ver en este caso, la escogida por Tim permite ver mucho mejor a los personajes.» — Greg





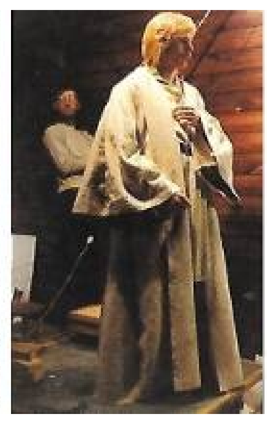
Empieza En los Puertos Grises

Ya era enero de 1977. Enero era un mes importante para nuestra familia. Además de empezar el año nuevo, era el mes de los cumpleaños de los Hildebrandt: el del abuelo y la abuela, el de papá y el tío, y el mío. Y ese año, sería cuando mi padre y mi tío crearan *En los Puertos Grises*.

Hasta ese momento, gracias a la insistencia de mi tío, las pinturas para el calendario de 1978 eran más pequeñas que las anteriores. Pero ésta tenía que ser diferente. La escena mostraba el fin de la Tierra Media, así que los dos estaban de acuerdo en que este póster central tenía que ser enorme. Cuando vi la tabla que cortaron para realizarlo no daba crédito a mis ojos.

Les oí decir que seguramente tardarían todo un mes en acabar una tabla de ese tamaño, pero no les importaba. Así que acabó teniendo más de 230 cm de largo.

Pero, de hecho, tardaron casi dos meses en pintarla. Dos meses muy, muy largos.

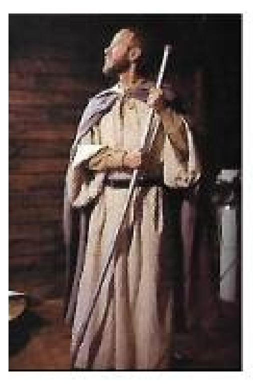



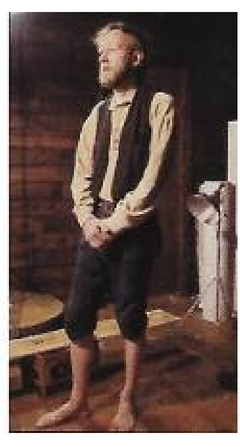

Habían acabado las sesiones de fotos y los bocetos para esta pieza en diciembre, así que empezaron por determinar el color de las fuentes de luz de la pintura. Casi siempre tenían alguna idea, pero esta pintura era diferente. Les oía discutir sobre el color de la iluminación incluso cuando ya mezclaban la pintura. Durante cuatro días, sólo pintaron los fondos.

Una tarde entré en el estudio y encontré los ánimos muy agitados. El color del fondo estaba mal. Era todo lo que necesitaba oír para saber que debía irme de allí.

Ellos lijaron toda la tabla, volvieron a copiar el dibujo y empezaron de nuevo. Esta vez sabía que lo harían bien. Me equivocaba.

El proceso de copiar el dibujo, mezclar la pintura y pintar los fondos durante días sólo para darse cuenta de que se habían equivocado tuvo que repetirse tres veces. Para entonces, tanto mi padre como mi tío se habían convertido casi en seres salvajes. Era extraño que empezasen mal una pintura, y hacerlo tres veces era inaudito. Para mi alivio, a la cuarta fue la vencida.



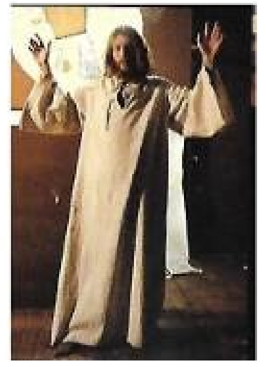


Habían coloreado el fondo con pintura acrílica. Cuando acabaron, mi padre decidió que quería usar óleos en las figuras, como los antiguos maestros. Esto era muy poco usual. Nunca antes habían usado óleos, pero papá me contó que quería superar su miedo a lo desconocido. Resultó ser un gran error.

Un sábado le observaba pintar con mucho cuidado la cara de Gandalf. Hacía años que no usaba los óleos.

Había acabado la cara y le satisfacía, pero, como estaba tan acostumbrado a pintar con acrílicos, que se secan al instante, cometió un error imperdonable: apoyó una mano en la pintura mientras trabajaba con la otra. Cuando la retiró de la tabla ¡la cara de Gandalf estaba en ella!



Creo que nunca antes había visto a mi padre tan enfadado… ni tampoco después. Creo que es la única vez que he oído determinadas palabras salir de su boca. Me quedó claro que lo mejor era salir del estudio y no volver a entrar hasta que no acabasen la pintura.

Papá y el tío Tim decidieron que debían ceñirse a lo sabían, así que volvieron a la

pintura acrílica, y, hasta ahora, han seguido con ella.

Regresé al estudio cuando la pintura estaba casi acabada. Recuerdo que entré y que los vi a los dos sentados junto al caballete, uno al lado del otro, dando las últimas pinceladas. Como era tan grande, era una de esas piezas que podían pintar juntos al mismo tiempo. A veces se levantaban, se cambiaban el sitio y empezaban a trabajar en la sección que el otro había dejado.

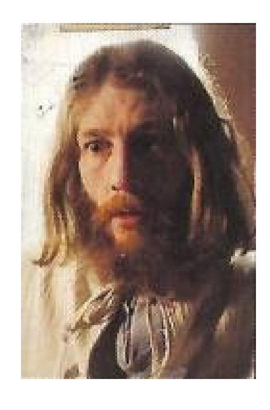
Aunque fuese Judy-Lynn del Rey la que difundió la leyenda, es verdad que mi padre y mi tío pueden cambiarse los sitios y nadie podría decir dónde empieza uno y acaba el otro.

Cuando acabaron *En los Puertos Grises*, los dos estaban muy aliviados. Aunque les quedaban por hacer seis pinturas para concluir el calendario, y sólo tenían cuatro meses.

Pero una cosa estaba clara: ésta sería la única pintura gigante que harían para este calendario.



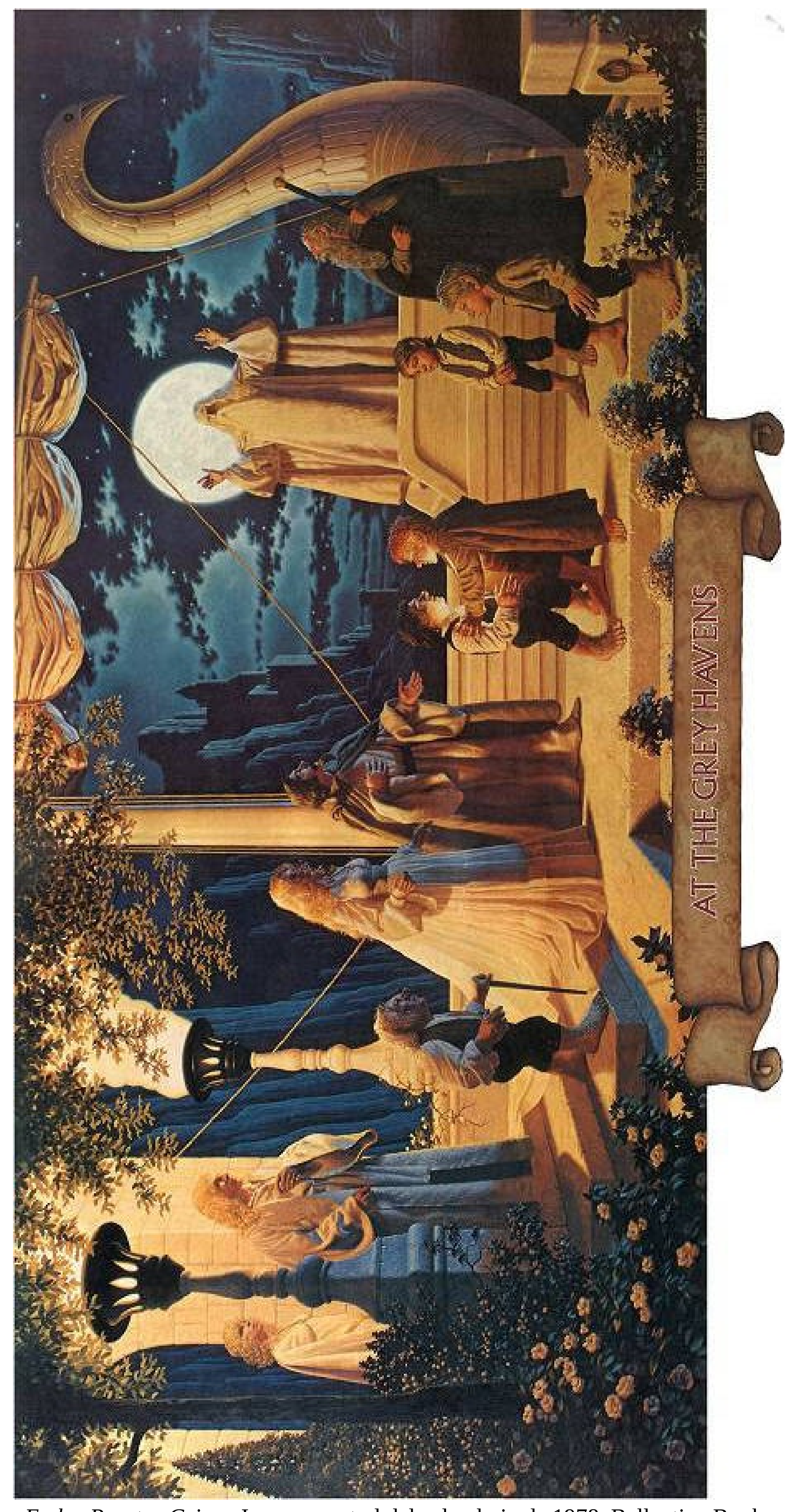
«En esta pintura me dejé llevar par la idea de Greg de que cuanto mayor, mejor. Hicimos esas páginas centrales de 230 cm de largo, fue la mayor de todas nuestras pinturas de Tolkien, y la que nos llevó más tiempo.» — Tim



«En lo que a mí respecta, todavía no era lo suficientemente larga. Serían las últimas páginas centrales en un calendaría de Tolkien. ¡Tendría que haber sido de 310 cm!» — Greg







En los Puertos Grises. Imagen central del calendario de 1978, Ballantine Books

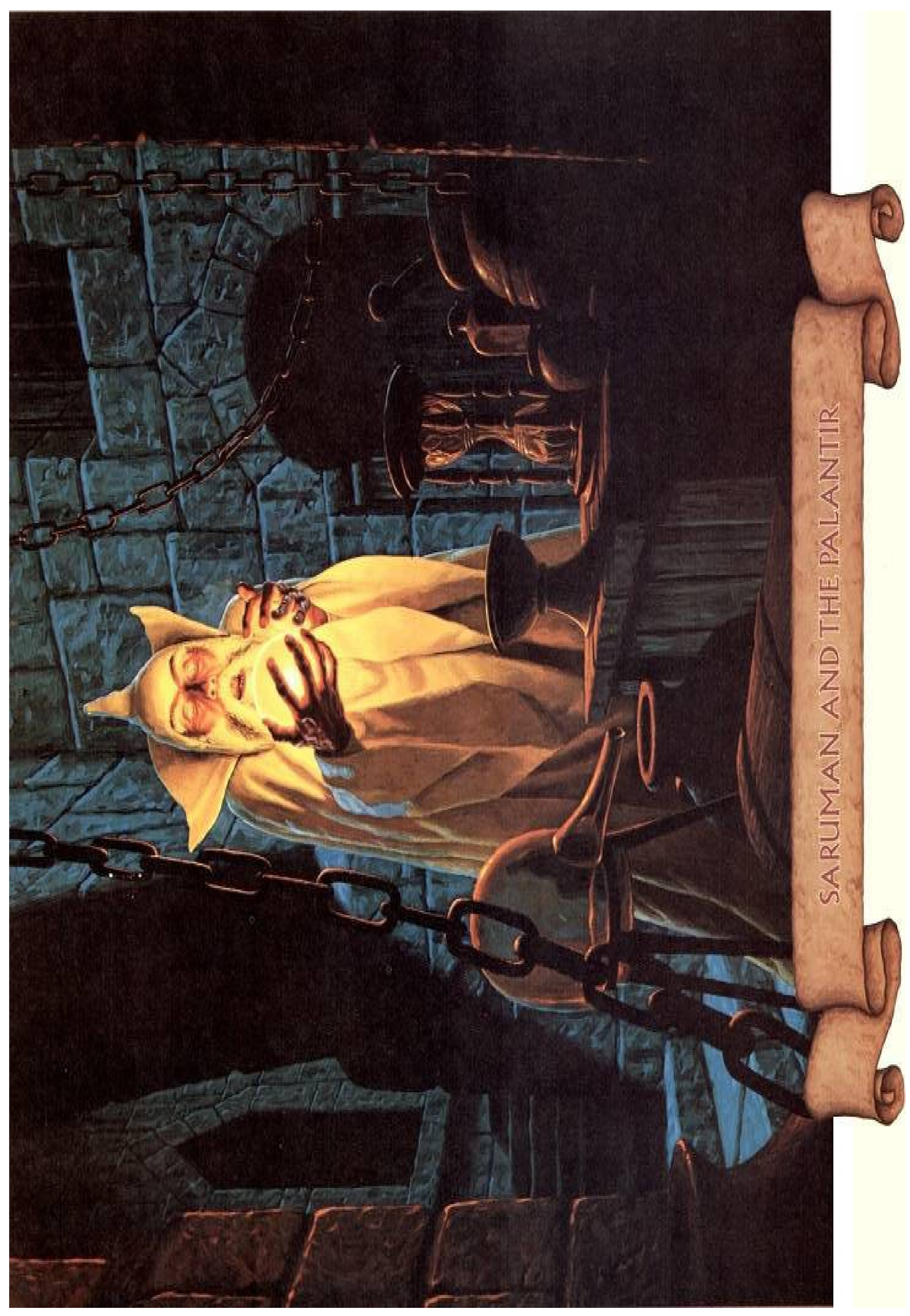
Saruman y el Palantir

Saruman, el mago malvado, con el que ya me había encontrado en otra ocasión, había vuelto. Una vez fue el superior de Gandalf, pero ahora se había aliado con Sauron, el Señor Oscuro de Mordor.

En el pasado había intentado entrar en mi casa. Ahora estaba en el estudio. Iba vestido de negro y sostenía un orbe resplandeciente ante la cara. Los ojos reflejaban su tormento. Ya habían completado otra pintura. O eso creía yo.

Mi tío y mi padre también lo creían, así que llevaron la pintura a Nueva York para dejársela al editor, como siempre, pero en esta ocasión volvieron con la obra. El editor les había pedido algunos cambios.

J. R. R. Tolkien había caracterizado a Saruman con una túnica de muchos colores brillantes. Mi padre y mi tío no querían que pareciese que iba vestido con una túnica teñida colores psicodélicos, así que la pintaron de color negro.



Calendario, julio de 1978. Ballantine Books

A Lester del Rey no le gustó el negro, pero estaba de acuerdo en que no tenía que ser multicolor. Así que les pidió que lo pintaran de blanco, ya que había sido conocido como Saruman el Blanco. De nuevo repitieron el proceso de lijado y coloreado.

Desde que empezaron el primer calendario de Tolkien, mi padre y mi tío habían completado treinta y cuatro pinturas, aprobadas sin ningún problema. Ahora habían tenido dificultades con dos piezas seguidas. Eso les estaba poniendo de los nervios. Temían que las cinco restantes también presentaran problemas.

Durante los días siguientes vi cómo trabajaban de nuevo en la pintura. Por fin Saruman iba vestido con una túnica blanca, que brillaba temblorosa. Me pregunte que si los villanos ya no iban vestidos de negro, ¿cómo podríamos distinguirlos?

«La combinación de colores de esta pintura es la más exagerada de todas. También tiene los mayores contrastes, por la sencilla razón de que decidimos usar colores primarios: amarillo, rojo y azul.» — Tim



«Bill McGuire, que habla posado como Gandalf, también lo hizo como Saruman. Para conseguir esta postura hicimos que mirara fijamente una bombilla de 50 vatios durante casi cinco minutos. Dijo que vio manchitas lilas durante una semana, y nunca, en toda su vida, ha querido hacer otra fotografía como ésta.» — Greg



El Castillo de Oro de Rohan

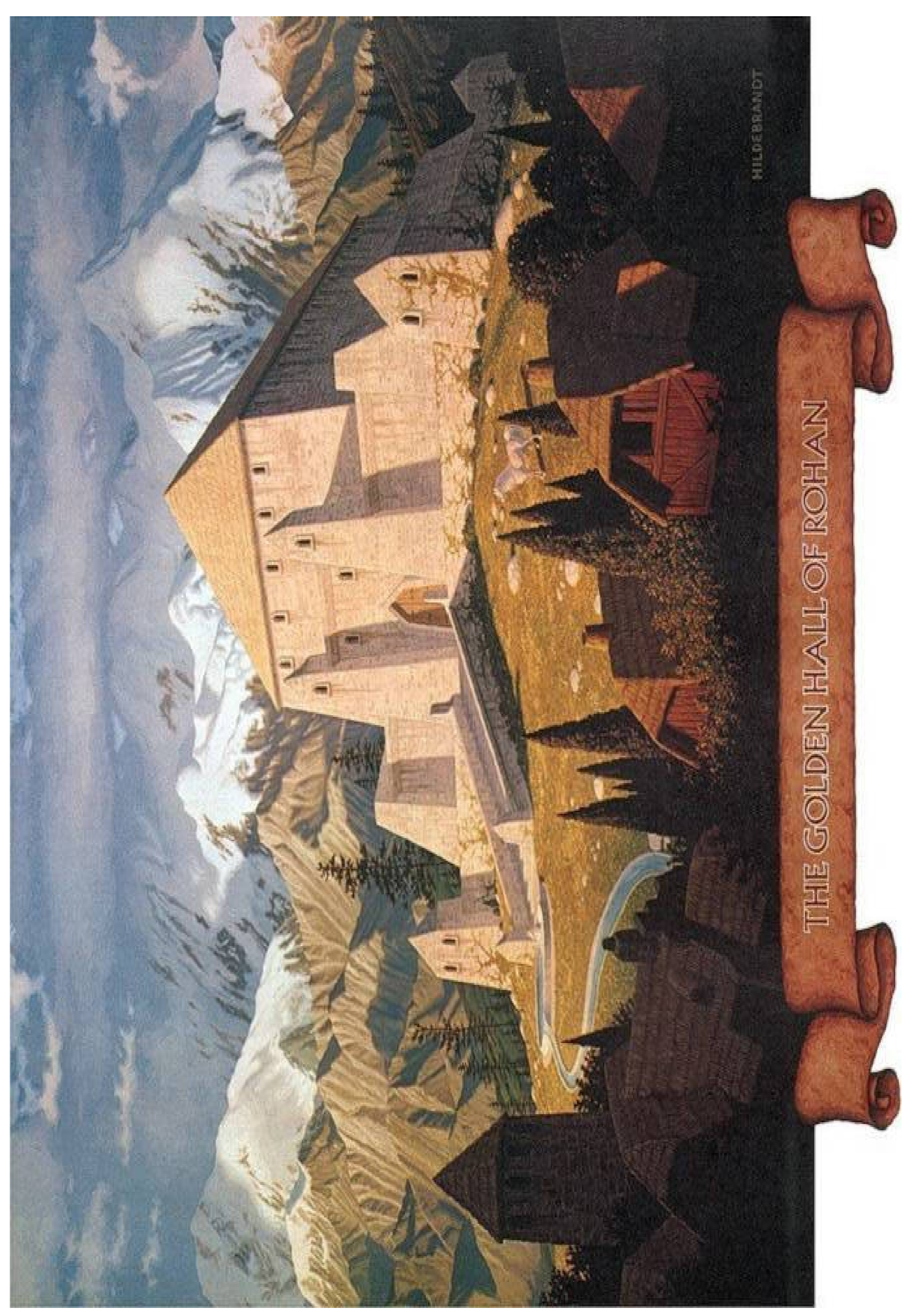
Andy, Joe, Tommy y yo mirábamos cómo mi tío construía una maqueta del *Castillo de Oro de Rohan*, la fortaleza del rey Théoden, también conocido como Meduseld.

Necesitaba un modelo de cartón para poder iluminar correctamente la escena en el boceto. Mi tío me contó que habían decidido pintar *El Castillo de Oro de Rohan* para equilibrar la balanza de las culturas y la arquitectura de la Tierra Media en los calendarios.

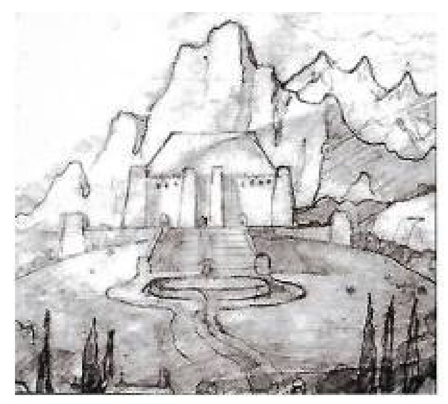
El Castillo de Oro de Rohan es donde los hombres de la Tierra Media se unen para derrotar la sombra invasora de Sauron, el Señor Oscuro. Es un lugar de luz, de honor, de valor, de fuerza y de coraje.

En la interpretación combinada de mi padre y mi tío, el enorme edificio de piedra está a la sombra de unas gigantescas montañas, de cumbres nevadas, que se alzan tras él. Un pueblo hecho de madera y paja adorna los alrededores.

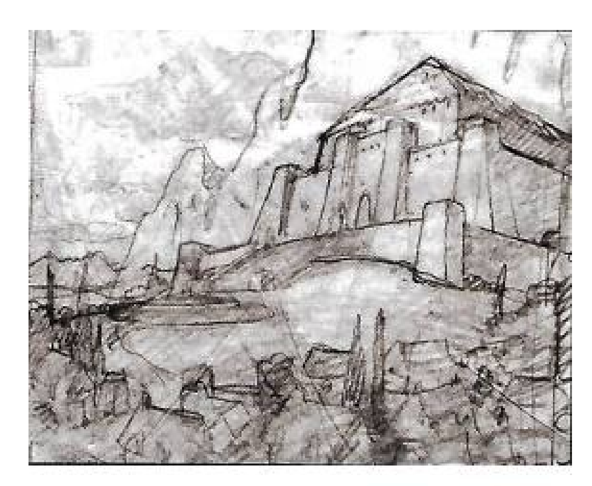
Mucha gente cree que el Castillo de Oro de Rohan no existe. Yo pienso que lo puedes encontrar en cualquier parte donde la gente se una por una causa común.

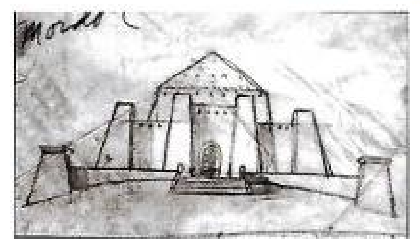


Calendario, agosto de 1978. Ballantine Books









«De algún manera, esta pintura me ayudó a acallar al arquitecto frustrado que hay en mí. La descripción de Tolkien de este castillo no era muy detallada, así que tuve la oportunidad de diseñarla yo mismo. Creo que si pudiese empezar mi vida de nuevo me sentiría feliz siendo arquitecto.» — Tim

Beorn el Salvaje

Faltaban cuatro pinturas. Quedaban tres meses para completarlas y todo iba sobre ruedas. O al menos eso pensaba yo.

Entonces, un día, desde la seguridad de mi santuario, oí a mi padre y a mi tío discutir. Miré confuso el espectáculo que se desarrollaba debajo de mí. Para mi sorpresa, el tío Tim sostenía la pintura de *Beorn el Salvaje* por encima de la cabeza. Nunca olvidare lo que sucedió a continuación.

Mi tío gritaba que las dos fuentes de luz que había escogido no casaban, entonces lanzó la pintura tan fuerte como pudo por el estudio. Golpeó la pared con una de las esquinas de la tabla y ésta se rajó por la mitad. La madera no se había roto en dos trozos separados, pero sabía que no había arreglo.

Estaba atrapado. Sólo había una manera de salir del granero, y era pasando entre mi tío y mi padre. Y no era una buena idea.

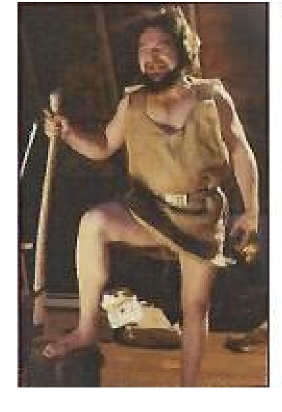
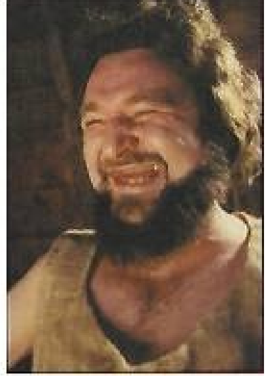
Miraron a la tabla destrozada. Estaban paralizados. En el calor del momento mi tío había perdido la compostura y mi padre no le había detenido. Cuando se dieron cuenta de que la pintura estaba destrozada se quedaron abatidos. Sabían que tenían que empezar de nuevo con una nueva tabla y que habían perdido un montón de tiempo pintando.

Vi la ocasión de escapar. Me deslicé por la escalerilla y, silencioso como un ratón, bajé los peldaños.

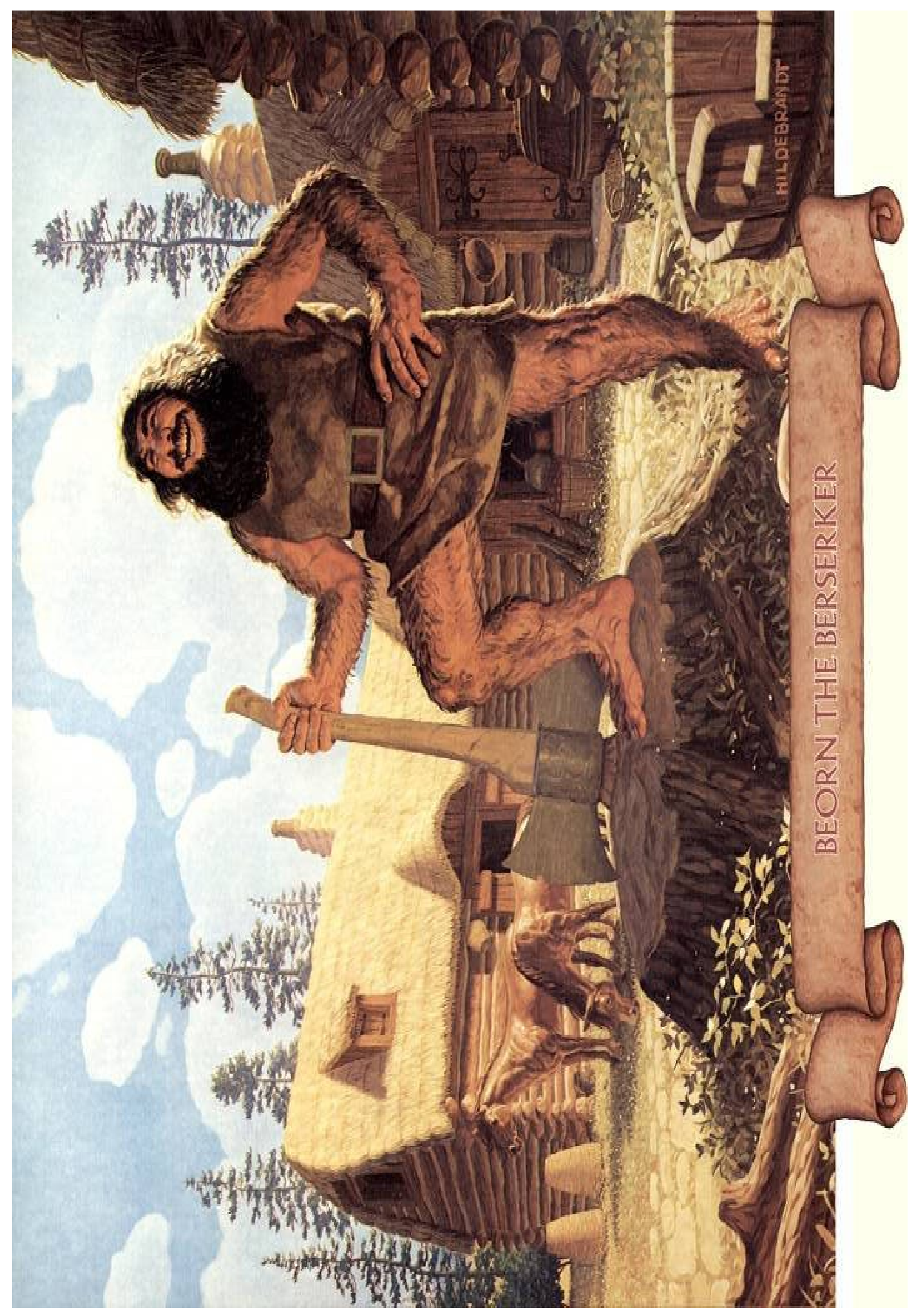
Cuando la pintura estuvo acabada, Beorn el Salvaje reía. Iba vestido con una túnica vieja y, en una mano, sostenía un hacha enorme, mellada. Dos de los caballos de plástico de mis hermanas aparecían en el fondo. La escena era pacífica, serena.

Pero yo conocía la verdad. Beorn se reía de mi padre y de mi tío. Reía porque sabía que eran ellos los que se habían vuelto salvajes.

«La pintamos casi al final del proyecto. Para ese entonces yo pensaba más en términos de ilustración que de arte, bromeábamos sobre qué distinguía a los ilustradores de los artistas y llegamos a la conclusión de que los ilustradores pintan sentados, mientras que los artistas lo hacen de pie.» — Greg

«Creo que fue la primera vez, y la más efectiva, que usamos múltiples fuentes de luz para el calendario. La fuente principal es el sol, detrás y sobre toda la escena. La siguiente es la luz del sol que se refleja en el suelo e ilumina de nuevo a Beorn. La última es la luz difusa que proviene del cielo azul y llena toda la escena.» —Tim



Calendario, septiembre de 1978. Ballantine Books

El rey Théoden y Lengua de Serpiente

Una cena ligera, dormir bien por la noche y una buena mañana han hecho un héroe de la misma persona que, con una indigestión, una noche sin descansar y mañana lluviosa, sería un cobarde.

— Lord Chesterfield, 1748

Los héroes nacen de las circunstancias. Los santos, los ladrones y los mendigos hacen lo que necesitan para sobrevivir. Así, ¿lo que llamamos mal no ha sido creado por la necesidad?

El rey Théoden y Lengua de Serpiente, ¿habían formado una Compañía que había acabado mal? Después de todo, bajo el hechizo de Saruman, el viejo rey sólo hacía lo que creía que era lo mejor. Cuando se dio cuenta de todo el mal que había hecho, el rey lideró seis mil tropas que buscaban la victoria en el Abismo de Helm para salvar la ciudad sitiada de Gondor, lo que le costó su propia vida. ¿Qué es el heroísmo sino el triunfo del alma sobre la carne, del valor sobre el miedo?

Hasta alguien podría decir que Grima, Lengua de Serpiente, también hacía lo que creía que era mejor. Pero, en su caso, él nunca se redimió por haber engañado al rey al aconsejarlo. Lengua de Serpiente vivió en la mentira y, al final, fue aplastado por ello.



Una amiga posó como hija del rey Théoden

Este retrato de los dos personajes es asombroso. Casi se puede sentir cómo el aire frío brota de las piedras, una sensación que se consiguió gracias a la combinación de una luz brillante para el fondo y de sombras frías en primer término. No fue hasta mucho después que conocí la verdadera historia que hay tras esta pintura. Era sobre la desconfianza. El deshonor. Las mentiras.

En el año 1985, mi padre tuvo una exposición en la D. Christian James Gallery,

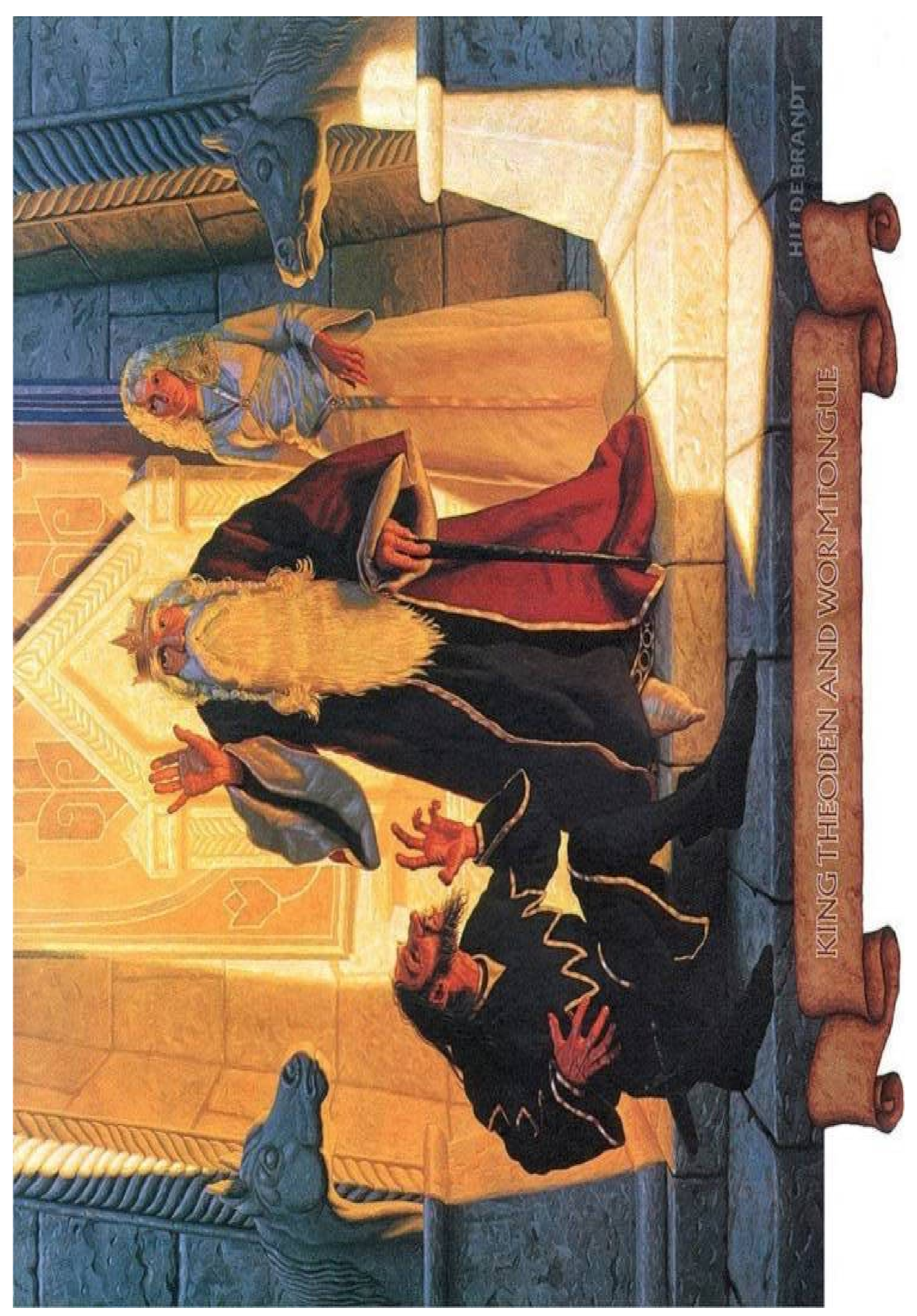
en Summit, New Jersey. El día de la inauguración un hombre se me acercó. Era evidente que se trataba de un seguidor de los Hildebrandt, pero, lo que era más importante, era también un fan de Tolkien. Yo estaba ante esta pintura, *El rey Théoden y Lengua de Serpiente,* cuando se me acercó y empezó a darme una detallada explicación de la relación que existía entre el rey Théoden y Lengua de Serpiente. Su pasión por Tolkien se me hizo evidente. Donde yo veía una pintura, él veía la realidad.

Yo había oído decir a la gente que la fantasía de una persona puede ser la realidad de otra, pero nunca lo había comprendido hasta esa exposición.

Fue la primera vez que me di cuenta de la profundidad de la pasión que algunos seguidores sentían por el trabajo de mi padre y de mi tío. No me sorprendía, ya que mi padre y mi tío estaban apasionados por sus obras desde la infancia.

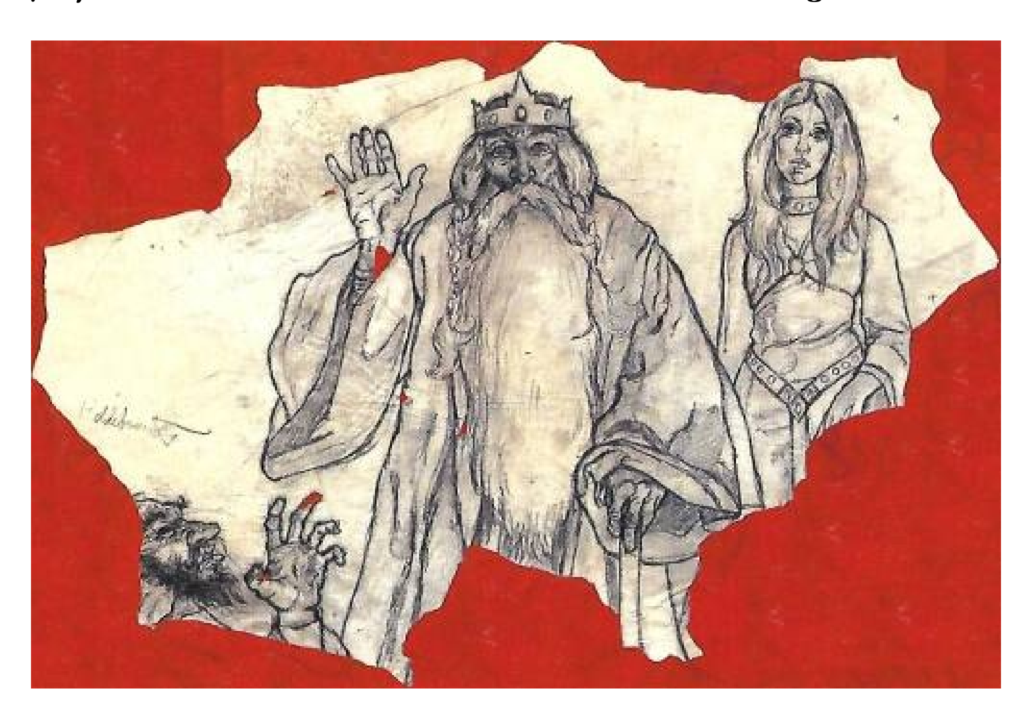
El arte siempre había sido su vida y sus sueños. El camino que un ilustrador que trabaja por libre escoge es un camino incierto. Pero nunca lo han lamentado.

Ellos son mis héroes.



Calendario, octubre de 1978. Ballantine Books

«He aquí un ejemplo de una luz fuerte que se refleje Los personajes están iluminados por una luz que rebota, que viene de arriba y da en el suelo. Lo diseñamos así para que tuviese coherencia con la arquitectura de Castillo de Oro de Rohan que habíamos pintado antes. El edificio es una enorme estructura de piedra con pequeñas ventanas situadas en el techo.» — Greg

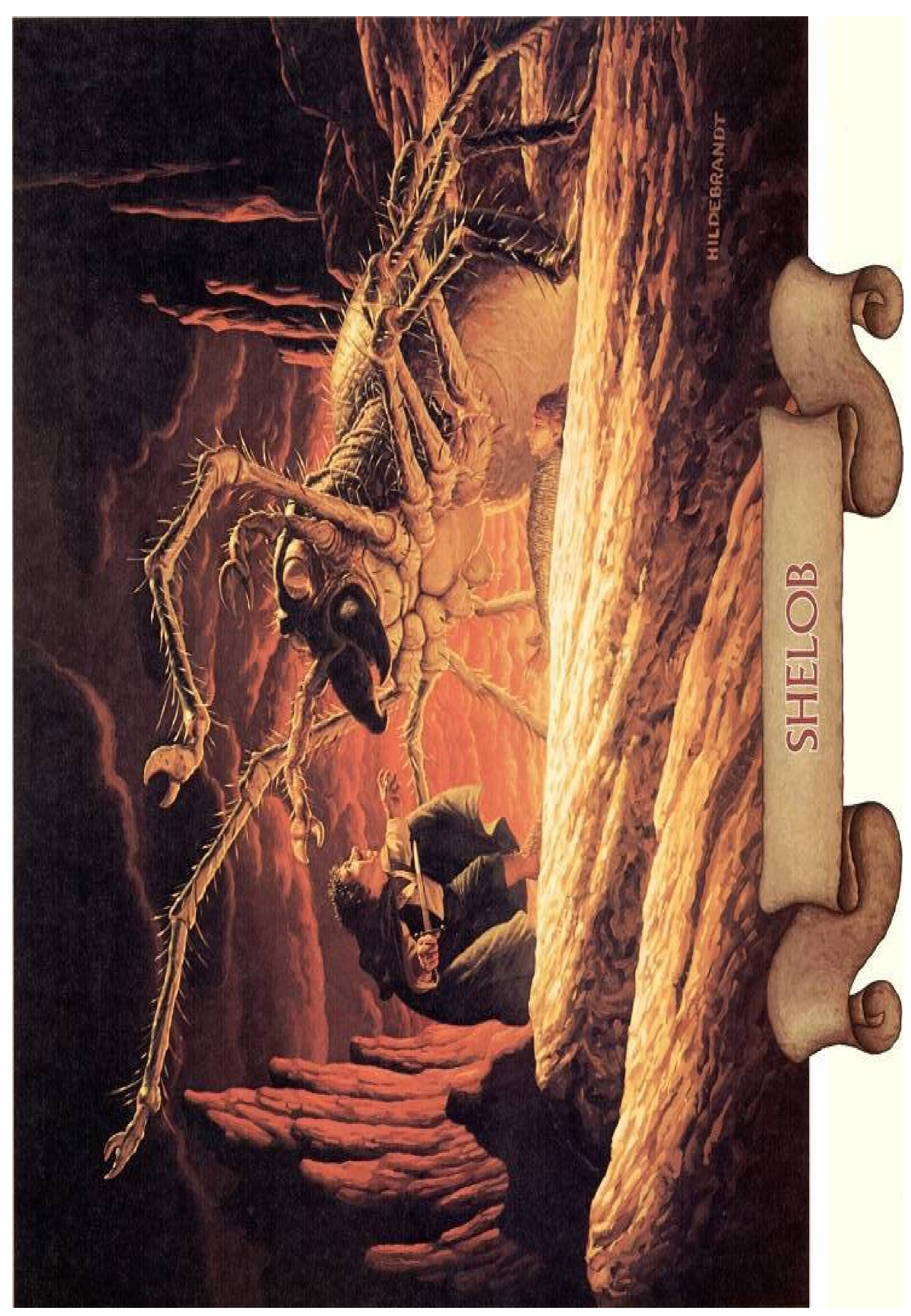


Ella-Laraña

Estaba tumbado en el suelo, atado con viejas cuerdas. Papá me contó que representaba que estaba atrapado bajo la panza de Ella-Laraña, un arácnido gigantesco que se me quería almorzar. Ésta sería la última vez que haría de modelo. Vaya manera de acabar.

Un modelo de Ella-Laraña, hecho de alambre, papel maché y cinta adhesiva descansaba en una pequeña mesa del estudio. Sus ojos de canicas rojas parecían seguirme a cada paso que daba. Me desagradaba su apariencia, pero, a la vez, me fascinaba. Aunque sólo fuese una escultura en miniatura, parecía real… y era fea.

De nuevo, papá y el tío cogerían una maqueta construida por ellos y un niño pequeño y lo convertirían en una magnífica escena sacada del mundo de Tolkien. Nunca dejaba de asombrarme cómo podían transformar lo que quisieran para adecuarlo a su visión.



Calendario, noviembre de 1978. Ballantine Books

Cuando la pintaron, los colores vivos dieron vida a la escena. Ella-Laraña tomaba forma. Bajo ella, una pequeña y solitaria figura dormía, enrollada eficazmente en su obsceno capullo. A medida que la temible imagen de Ella-Laraña se completaba, también llegaba a su fin el calendario de 1978.

Mi amigo Joe vino al granero. Quería ver la pintura terminada. Papá y el tío no estaban. Joe se sentó en la escalerilla que llevaba al desván y yo, un poco más lejos, sobre una pila de libros.

En mitad de la conversación la escalerilla se deslizó por la pared y golpeó contra la parte superior de una estantería. Joe saltó fuera de su alcance, ileso. Me acerqué a él y después comprobé los desperfectos, en silencio. El armazón de metal de la escalerilla había aplastado a Ella-Laraña.

De un solo golpe, Joe había acabado con la legendaria criatura. Como Samsagaz Gamyi, en esta clásica escena, Joe había derrotado a la temible araña.

Ella-Laraña había muerto. ¡Larga vida a la Compañía!





«Ésta es la única foto que queda del modelo de Ella-Laraña que hicimos. Era bastante tosco; los pies eran alambres de percha y los ojos, canicas.» — Greg

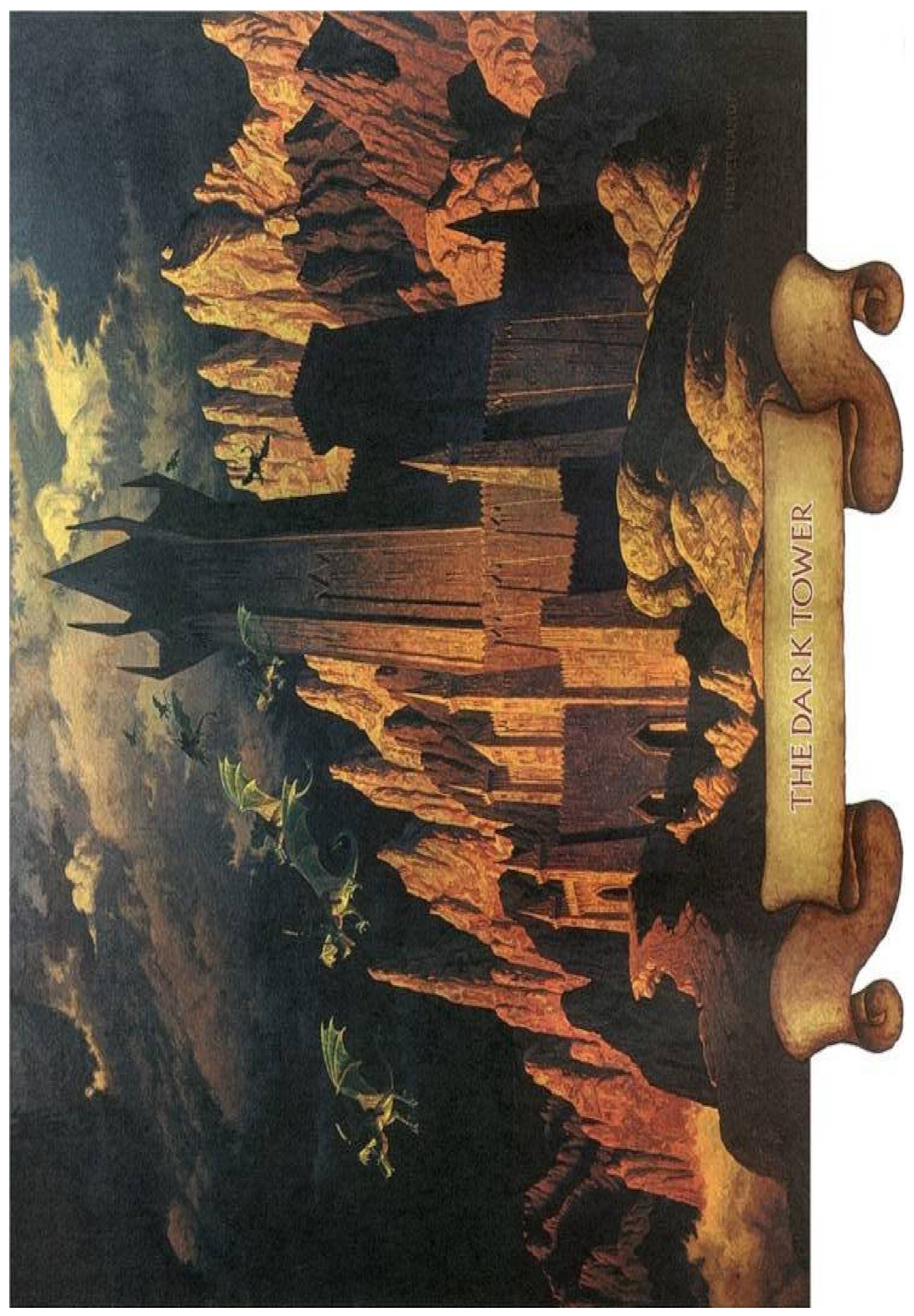


La Torre Oscura

Andy, Joe, Tom y yo nos reunimos de nuevo por última vez para ver cómo mi padre y mi tío completaban la última obra de su calendario.

Les observamos mientras pintaban la imaginaria *Torre Oscura*. Carecía de la presencia de amigos, de lugares conocidos… La Torre Oscura de Barad-dûr, donde habitaba Sauron, no podía ser destruida mientras el Anillo Único existiera. Cuando el Anillo fuese destruido, sus muros se desmoronarían.

Quizá la Torre Oscura de Tolkien se desmoronó en su novela, pero la pintura de mi padre y de mi tío es eterna. Quedará siempre en los corazones y en las mentes de sus fans como un ejemplo perfecto de su visión de la Tierra Media, junto con las otras cuarenta y una pinturas de los calendarios.



Calendario, diciembre de 1978. Ballantine Books

La Torre Oscura representa el final de un largo y fructífero viaje para los Hermanos Hildebrandt. Había llegado la hora de dejar la tierra de los hobbits e ir en busca de nuevas aventuras, nuevos personajes, nuevos mundos…

Con gratitud por los proyectos ya realizados y en previsión de los que aún no habían empezado, los Hildebrandt salieron del mundo de la Tierra Media.

Pero nunca cerraron la puerta.

«Esta torre está totalmente inventada por mí. Tolkien no describe esta escena. Me acuerdo que me costó mucho llegar a este diseño. Quería que tuviese un aspecto medieval y que quedase siniestra. Hice que pareciese como si la torre tuviese garras, que se sumergiese en las sombras, para darle un aspecto más malvado.» — Tim

«Esta pintura de la Torre Oscura es una visión personal de Tim. En lo que a mí respecta, eso ya la convierte en una obra de arte.»— Greg





Durante los tres años que duró la creación de los calendarios de Tolkien de los Hildebrandt, hicieron muchas variantes para cada una de las imágenes. La mayoría de estos bocetos o están dañados irreparablemente o fueron destruidos en el suelo del estudio.

En los setenta, Greg y Tim se concentraban únicamente en la pintura final. Todo lo que hacían antes era el medio hacia ese final. Hoy en día, veinticinco años después, se conservan pocos de estos bocetos. La mayoría están arrugados, rotos e incluso algunos tienen manchas del café de Greg o de Tim.

Los bocetos que podéis ver en este libro son los supervivientes de, literalmente, cientos de piezas de arte que se han salvado después de veintidós años simplemente por azar.



El viaje de Frodo y Sam al Monte del Destino, 1976



Primeros diseños de orcos, 1976



El camino a Minas Tirith, 1976



En Mordor, 1976

Cada boceto representa una parte integral de uno de los mejores periodos en las carreras de Greg y Tim Hildebrandt.

Cada uno de ellos es un tesoro en sí mismo, ya que el concepto original de un artista es el corazón de su creación. Es aquí donde se deben tomar todas las

decisiones: ¿Cuál es la composición correcta? ¿Cuál tiene que ser la fuente de luz para conseguir la atmósfera adecuada? ¿Dónde debe estar la línea de horizonte para que cree la tensión visual de la escena? ¿Tiene que ser un primer plano, un plano medio o un plano general?

Éstas son sólo unas cuantas de las decisiones que Greg y Tim Hildebrandt han tomado en cada obra de arte que han creado en los últimos cuarenta años.

Cada decisión es un proceso de aprendizaje. Siempre que toman una incorrecta aprenden una buena lección. Porque, en estos cuarenta años, Greg y Tim han querido constantemente superar lo que ya sabían. Para ellos, el arte es continuo, es la historia interminable de sus vidas.

Eso es lo que hace que sus dibujos sean grandes. Tienen la habilidad de dotar de vida a las fantasías y los sueños. Sus dibujos son un camino por la palabra escrita. Damos un paso en su mundo y éste ya es nuestro.

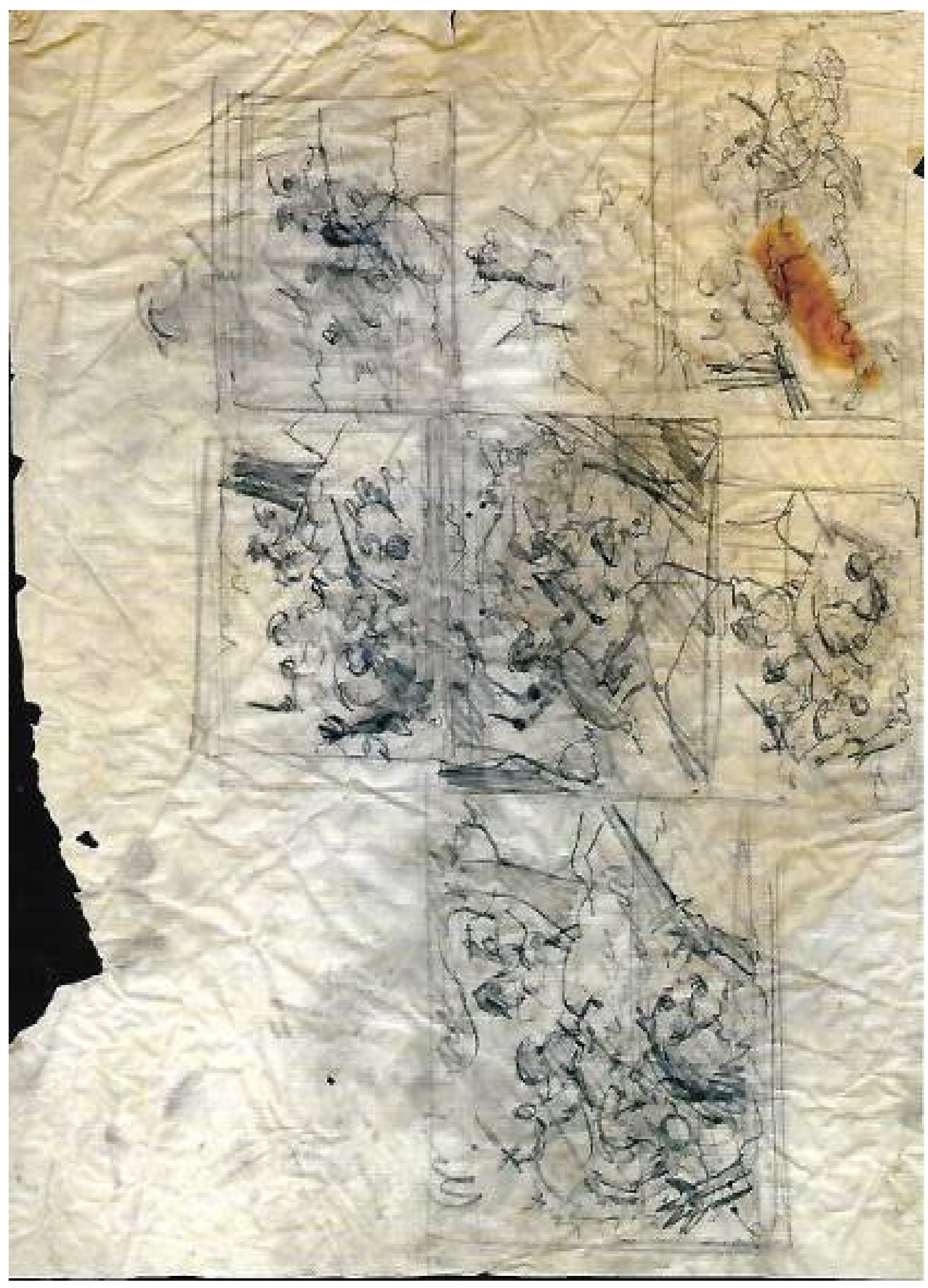


Primer boceto de Trancos y Frodo, 1974



Primer boceto de los Jinetes de Rohan, 1976

«A veces tengo la sensación de que he fracasado en un proyecto. Eso forma parte del proceso de hacer arte. Thomas Hart Benton dijo que no existía el fracaso para un artista. Éste sólo fracasa si deja de trabajar. En definitiva es todo una cuestión de proceso, es un viaje, una exploración. Es enfrentarse a la hoja de papel en blanco y convertir el miedo en excitación. El truco está en no dejar que el miedo te pare y te haga abandonar Hay una cita de Miles Davis que tengo colgada en la pared del estudio "No temas los errores; no existen".»— Greg



Una de las muchas páginas del diseño inicial para el Cruce del Fuerte de Bruinen, 1977

«Ballantine Books nos permitió escoger las escenas para las tres calendarios. Hicimos una lista de posibilidades y los desarrollamos en pequeñas bocetos. Éste

del cruce del fuerte del Bruinen es un buen ejemplo de lo que era la fase inicial. Estos pequeños borradores nos permitían delimitar una escena. Para las catorce piezas de un calendario, la decisión final trataba de conseguir un contraste y un equilibrio entre los interiores y los exteriores, la luz y la oscuridad, el bien y el mal, planos medios y planos generales, luz fría y luz cálida… También tomábamos la decisión final según el tiempo que nos llevaría hacer una pintura.» — Greg

«Nuestra pintura es representativa. El tema que escoges se convierte en parte de tu estilo. El Señor de los Anillos de Tolkien está escrito de manera tan realista que nuestras pinturas tenían que ser así. Intentamos hacer real la fantasía.» — Tim



Diseño de un troll para El sitio de Minas Tirith, 1977

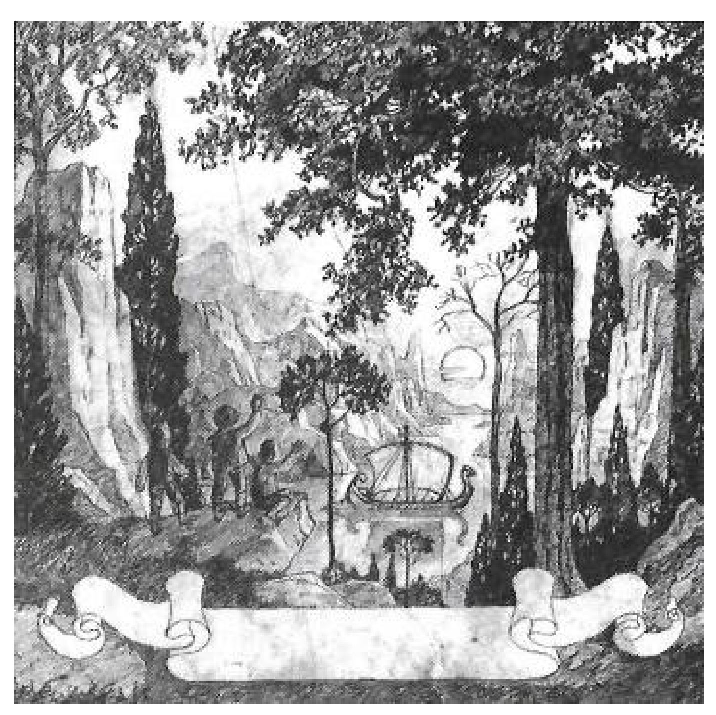
Tanto Greg como Tim realizaban sus propias visiones de las escenas en la fase de los bocetos. Entonces combinaban lo que les gustaba de la versión del otro para el borrador definitivo. Una vez pasaban el boceto definitivo a la tabla, hacían turnos para pintar. Muchas de las piezas de Tolkien eran lo suficientemente anchas para que se pudieran sentar uno al lado del otro y pintar al mismo tiempo. Ver esto en directo es mágico. Pueden cambiarse de silla y continuar donde lo ha dejado el otro.



Primer diseño de un orco, 1974

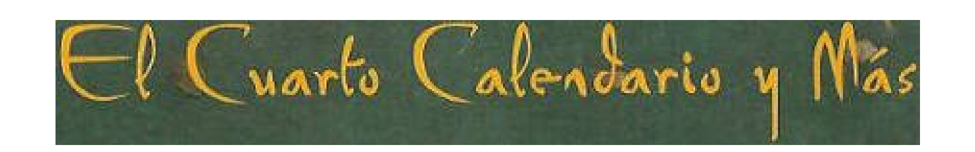


Variante de El Anillo de Galadriel, *1977*



Primer boceto de En los Puertos Grises, *1977*

«En el primer calendario las pinturas son más sencillas y tienen menos detalles. Para el segundo y el tercero teníamos el doble de tiempo. Los dibujos fueron mayores y más detallados. Cada calendario tiene un estilo distinto. Sí tienes cinco minutos para completar un dibujo, te acercas a él de manera distinta que sí tienes veinticinco.» — Greg



Con el fin del tercer calendario, el que se convertiría en todo un hito permanente en el mundo de la fantasía, Greg y Tim Hildebrandt empezaron los bocetos de las imágenes para su siguiente calendario de Tolkien. Desafortunadamente, éste no llegaría a existir.

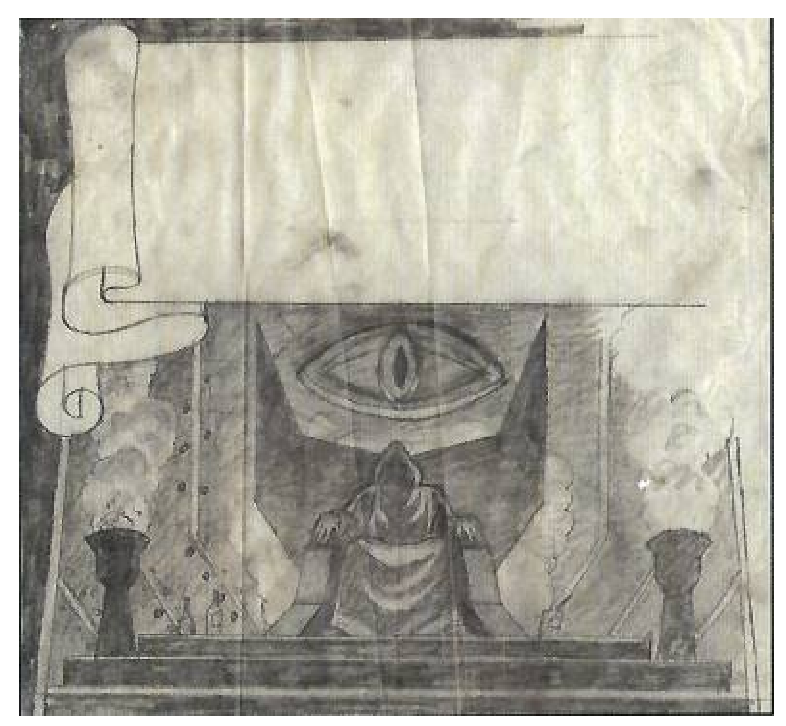
Durante algunos meses, Greg y Tim trabajaron en los primeros diseños, posturas y los bocetos para las siguientes catorce pinturas. Elaboraron las ideas con la intención de pintarlas. Muchas de ellas llegaron al boceto definitivo e incluso se hizo una pintura de una como estudio del color.

Pero, al mismo tiempo, habían empezado una búsqueda para descubrir un mundo propio, nuevo, en el reino de la fantasía. Fue durante este viaje cuando descubrieron la tierra de Urshurak, la tierra que Greg y Tim crearon con ayuda su amigo Jerry Nichols. Urshurak, su primera novela de fantasía original, fue publicada por Bantam en 1979.

La necesidad de crear este nuevo mundo era demasiado grande como para ignorarlo. Por eso llamaron a Ian Summers, a Judy-Lynn y a Lester del Rey y gentilmente pusieron fin al viaje iniciado en 1975.

No hace falta decir que los del Rey no estuvieron contentos con su decisión, pero como eran parte de las dos mayores editoriales especializadas ciencia ficción y fantasía, lo comprendieron.

Las siguientes doce páginas son todo lo que queda de lo que podría haber sido el Calendario Tolkien de 1979 ilustrado por los Hermanos Hildebrandt.



Diseño de cubierta con Sauron de Mordor. 1978



Una rueda de coche es el trono perfecto, 1978



Celeborn y Galadriel. *1978*



La estatua de piedra de la Mano Blanca señala el camino a Orthanc, 1978

«Tuvimos muchos problemas antes de tomar la decisión de no hacer un cuarto calendario. Teníamos ya el contrato y, con el éxito de los anteriores, sabíamos que

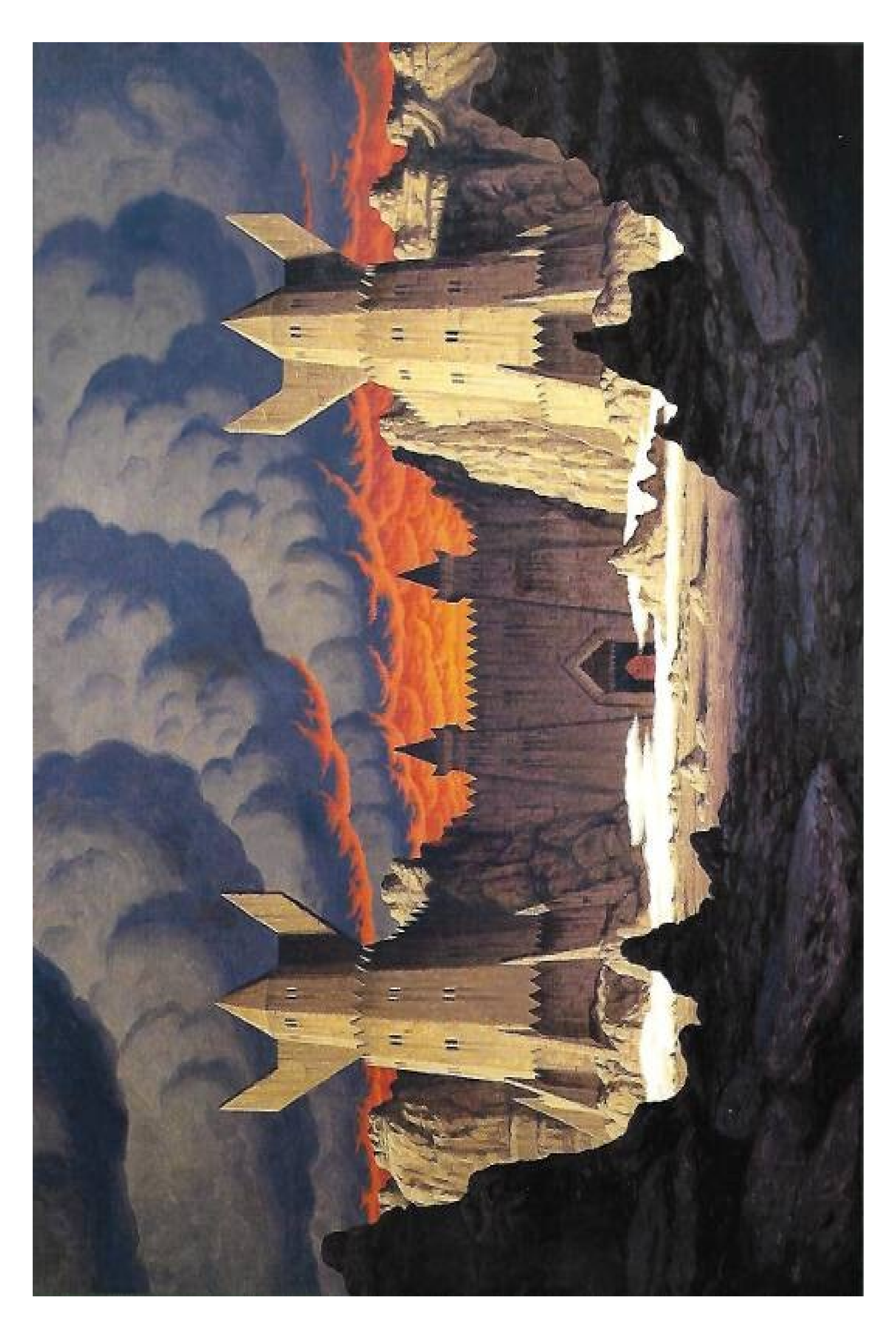
sería un triunfo seguro. Teníamos que decidir si seguir con lo seguro o enfrentarnos al gigantesco riesgo de lo desconocido.»— Greg

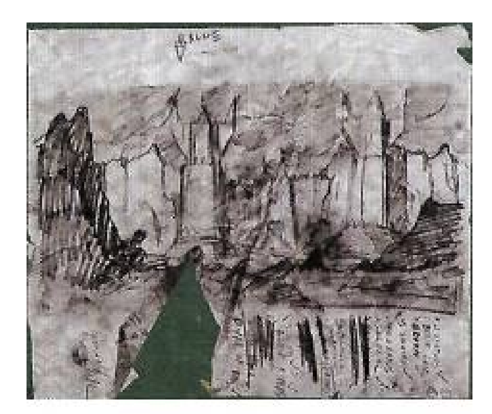
«Definitivamente me hubiese encantado pintar esta escena con la Mano Blanca, ya que siempre estoy a favor de los paisajes. Aquí, la colocación de la luz le hubiese dado un efecto nublado impactante. Pero se habían vuelto las tornas para realizar el cuarto calendario. Yo quería hacerlo, pero Greg me presionaba para que nos dedicáramos a algo nuevo.» — Tim

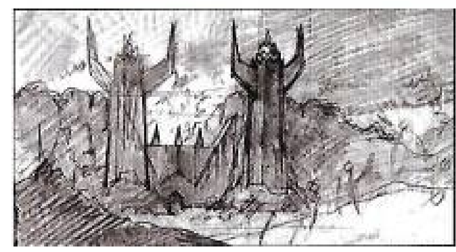
La caída de Mordor, 1978

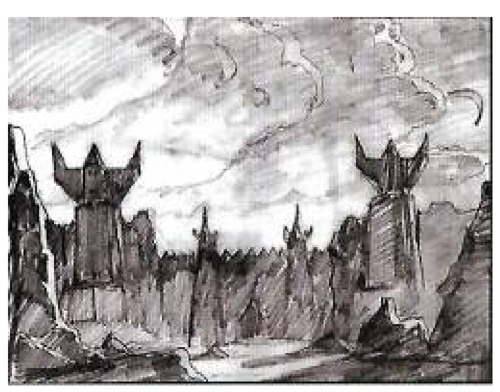
Este estudio en color de las Puertas de Mordor es una pieza muy inusual en la historia de los Hildebrandt, ya que casi nunca, ni Greg ni Tim, realizan este paso intermedio

Como podéis ver, había muchas variantes en esta idea. Greg y Tim hicieron planos generales y medios de esta escena, pero, al final, nunca pintarían las Puertas de Mordor.











«Ésta era la primera posibilidad para las páginas centrales del cuarto calendario. Cuando lo miramos y nos dimos cuenta de que todos los personajes salían de espaldas, cambiamos de idea.» — Greg







Empieza El asedio a Minas Tirith II…

La pintura de *El asedio de Minas Tirith II* se diseñó originalmente en 1978, pero se pintó en el año 2000, expresamente para este libro. Larry Whitney es el que posó para hacer de orco, como veis arriba. Como muchas de las viejas fotos estaban demasiado dañadas para usarlas, Greg y Tim decidieron volver a tomarlas. Su amigo y también dibujante Mark Romanoski posó como el troll y el caballero negro, mientras que Tim Hildebrandt moría como un soldado valeroso. El dinosaurio fue cortesía de John Dods.

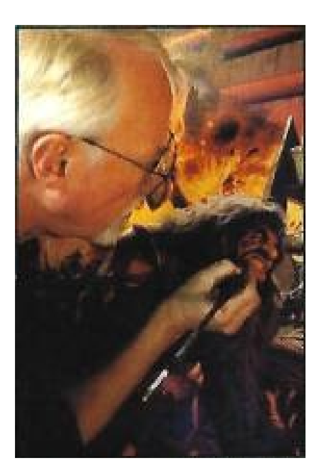








Éste es un buen ejemplo de cómo los Hildebrandt unifican sus ideas para conseguir el boceto definitivo



Greg da las última pinceladas a la cara del troll









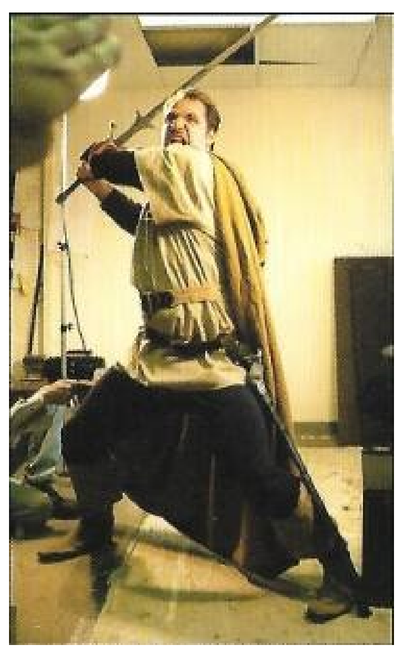




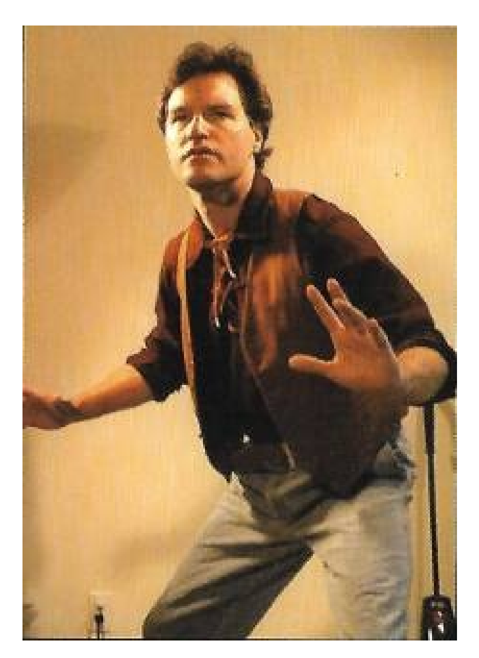
El asedio de Minas Tirith II, 1978-2000

Empieza Viaje hacia la oscuridad…

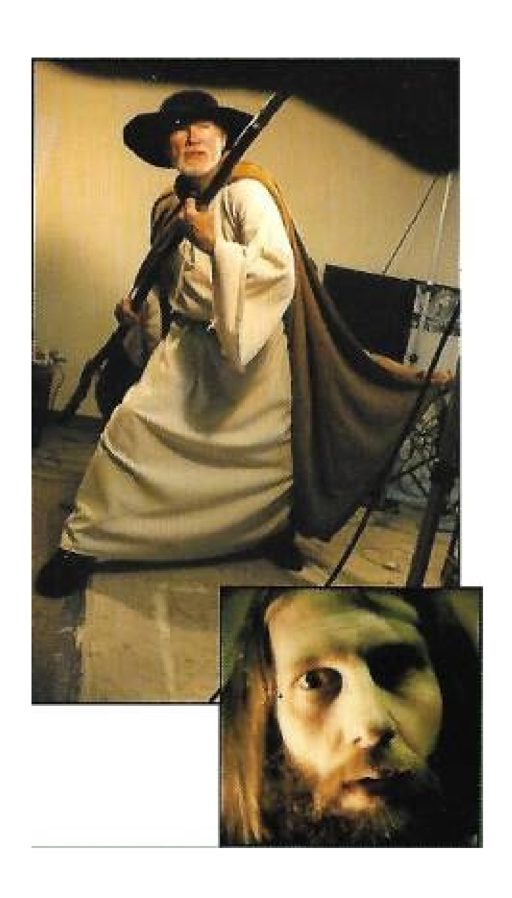




«Viaje hacia la oscuridad está basado en viejas fotos tomadas en 1978. El primer boceto y las fotos fueron dañados sin posibilidad de recuperarlos, así que hicimos estas nuevas tomas basadas en el boceto original. En esta escena salían lobos atacando, pero los eliminamos por el bien de la composición.»— Greg

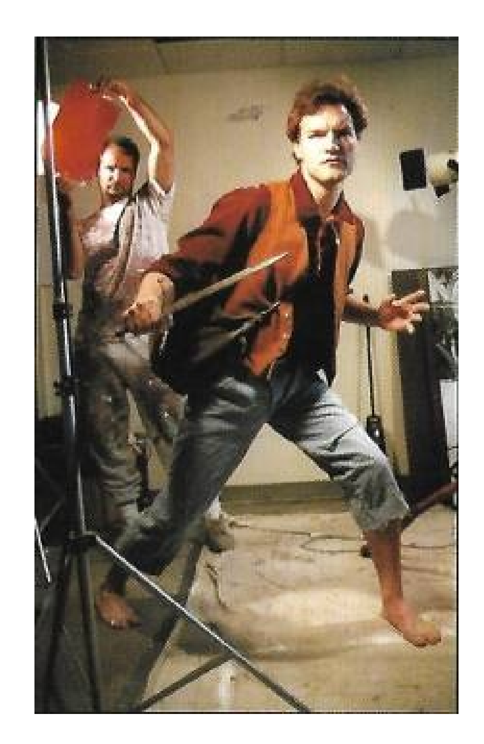




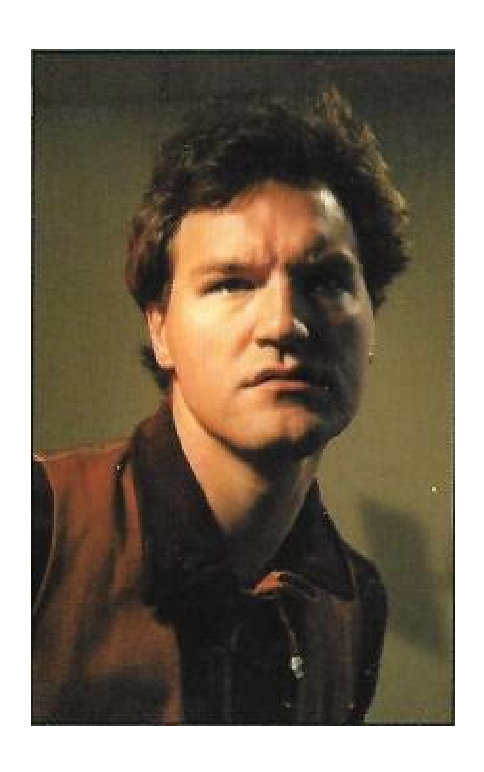




Para lograr estas escenas, Greg y Tim usaron a sus amigos dibujantes Alex Horley, Bob Petillo y Mark Romanosky, y, claro, Gregory interpretó de nuevo a uno de los hobbits.









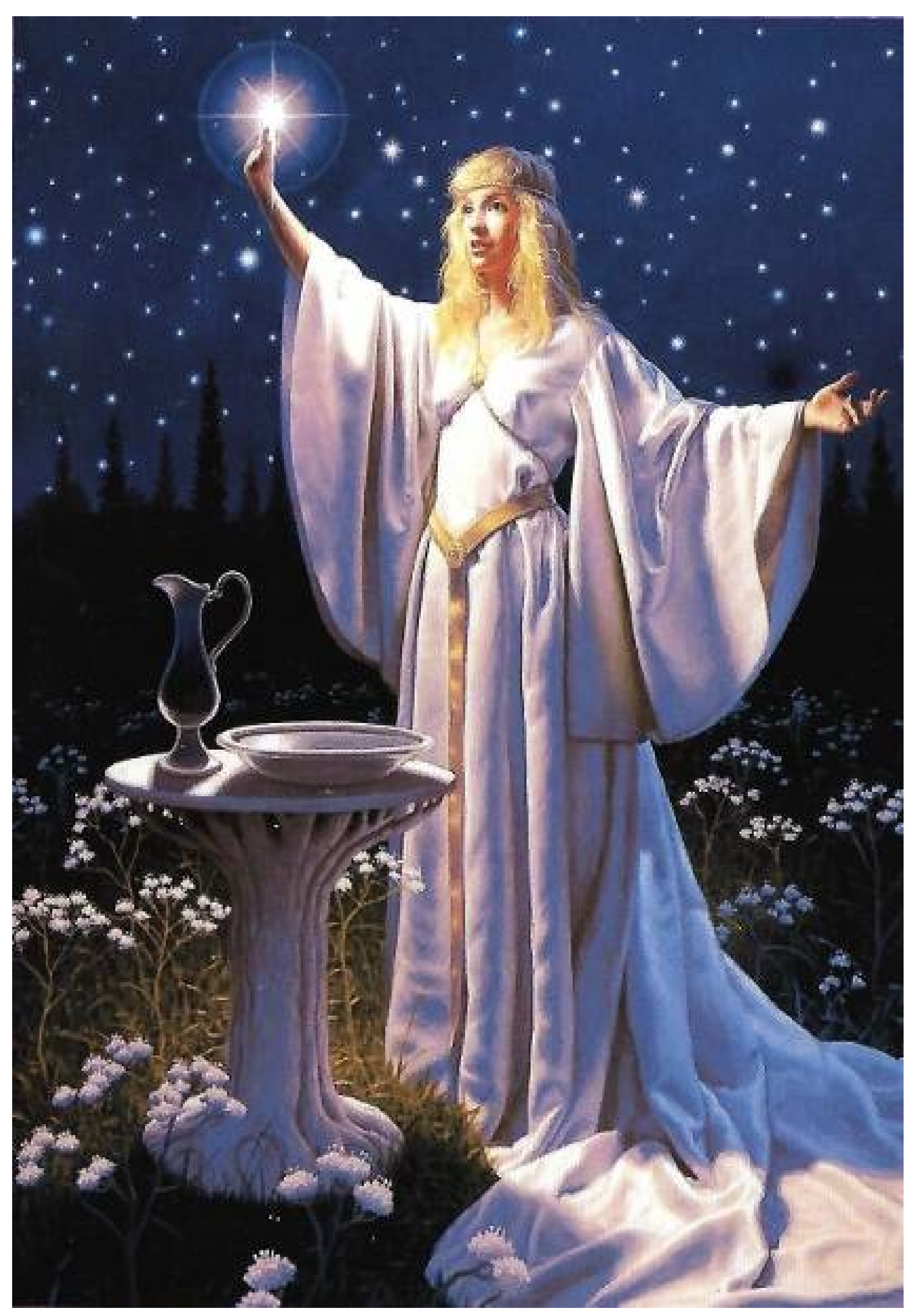
Viaje hacia la oscuridad, 1978-2000



En los veintiún años que han pasado desde que se publicara el último calendario de Tolkien de los Hermanos Hildebrandt, a Greg y a Tím se les ha pedido, por parte de representantes de los bienes de Tolkien y por coleccionistas privados, que realicen nuevas ilustraciones sobre el mundo del escritor. Las siguientes seis paginéis reproducen la mayoría de sus obras sobre Tolkien.

Sea un representante o un coleccionista privado quien pide a Tím o a Greg que vuelvan a la Tierra Media, su entusiasmo por cada nuevo viaje es tan vibrante como el primer día que entraron en el despacho de Ian Summers, de Ballantine Books, en 1975.

En 1991 Greg pintó estas nuevas versiones de El Anillo de Galadriel y El regalo de Galadriel para coleccionistas privados Cuando las obras estuvieron acabadas, se había hecho buen amigo de estos coleccionistas, con los que compartía el amor por la fantasía, la naturaleza y el arte.



El Anillo de Galadriel





«Cuando Terry y Bale, coleccionistas de mi arte, llegaran para que les pintara estas piezas lo vi como un reto. Nunca he querido copiarme a mí mismo, así que tuve que crear de nuevo las mismas escenas que había pintado antes con mi hermano. Decidí usar un formato vertical en lugar del cuadrado y combinar el color de la luz de forma totalmente distinto. Al final, Terry y Dale estuvieron muy contentos, lo que me hizo muy feliz.» — Greg









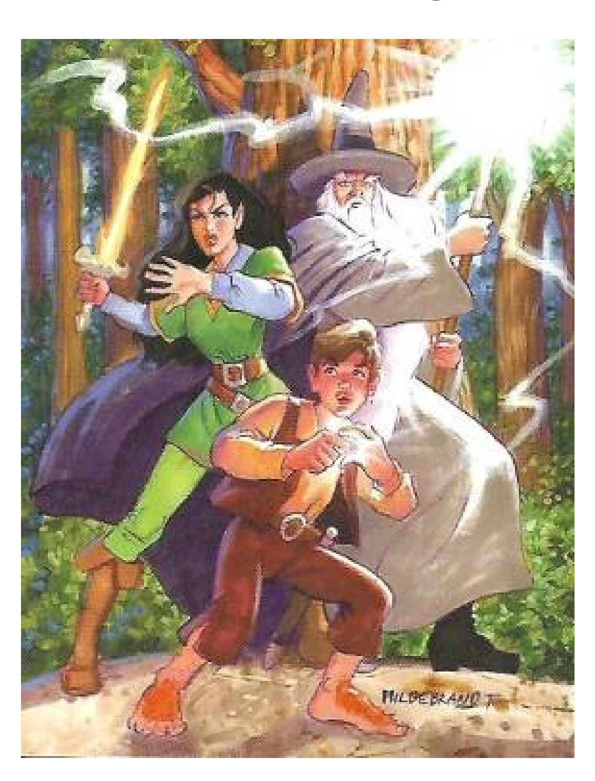
El regalo de Galadriel

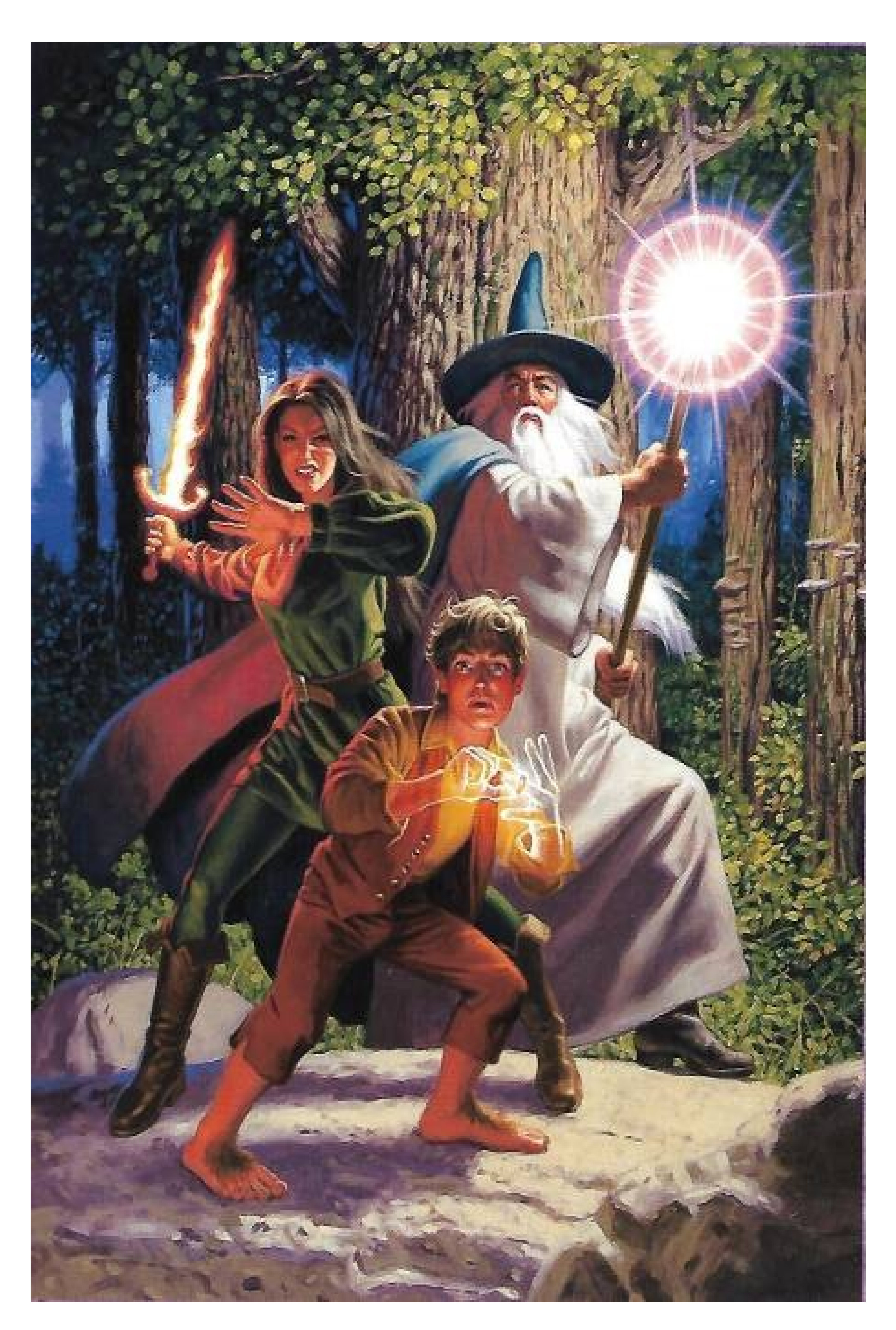
Arwen se une a la lucha

En 1999 Greg y Tim hicieron esta cubierta para la *Inquest Magazine*. Había un artículo sobre la película de *El Señor de los Anillos* y querían un dibujo de Tolkien en su cubierta. El único problema era que *Inquest* no tenía referencias de la película que darles a Greg y Tim, así que sólo les facilitaba fotos de los actores que interpretarían los personajes e instrucciones para hacer la ilustración como las de los calendarios de los años setenta.



«Estaba encantado que Inquest Magazine quisiese una mujer en la pintura para la cubierta. Hay muy pocas mujeres en la novela de Tolkien y ninguna tiene participación importante en la acción. Me gusta que la película construya los personajes femeninos de la Tierra Media.» — Greg





El regalo de Galadriel

Durante años Greg ha diseñado un buen número de artículos de Franklin Mint. A la derecha, está su versión *El regalo de Galadriel*, pintada para una litografía. Abajo, a la izquierda, hay dos bocetos para las piezas de ajedrez de Galadriel y de Gandalf; abajo a la derecha, el boceto final y los diseños de color delantero y trasero para la muñeca de Galadriel.







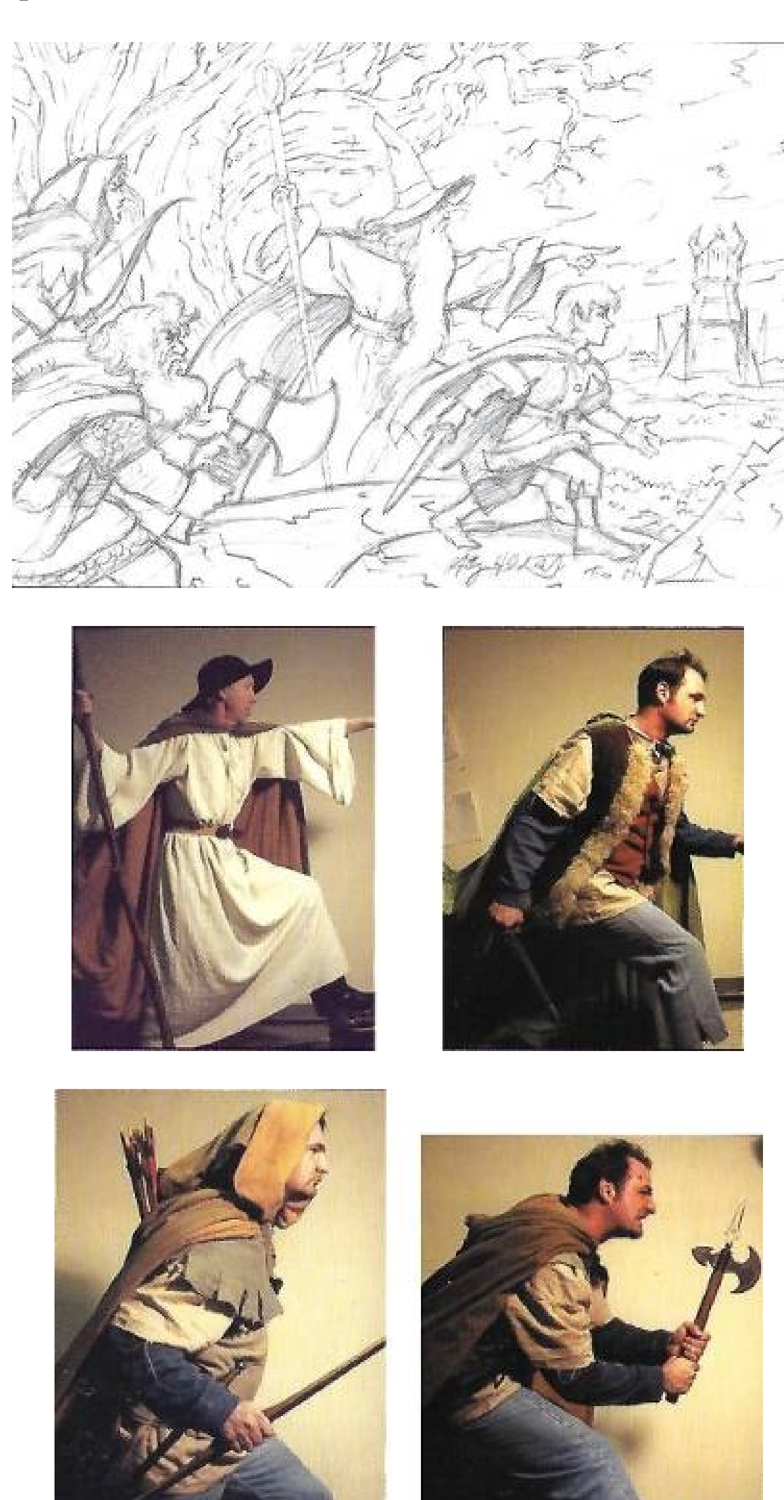
Diseños iniciales para las piezas del Rey y la Dama del ajedrez

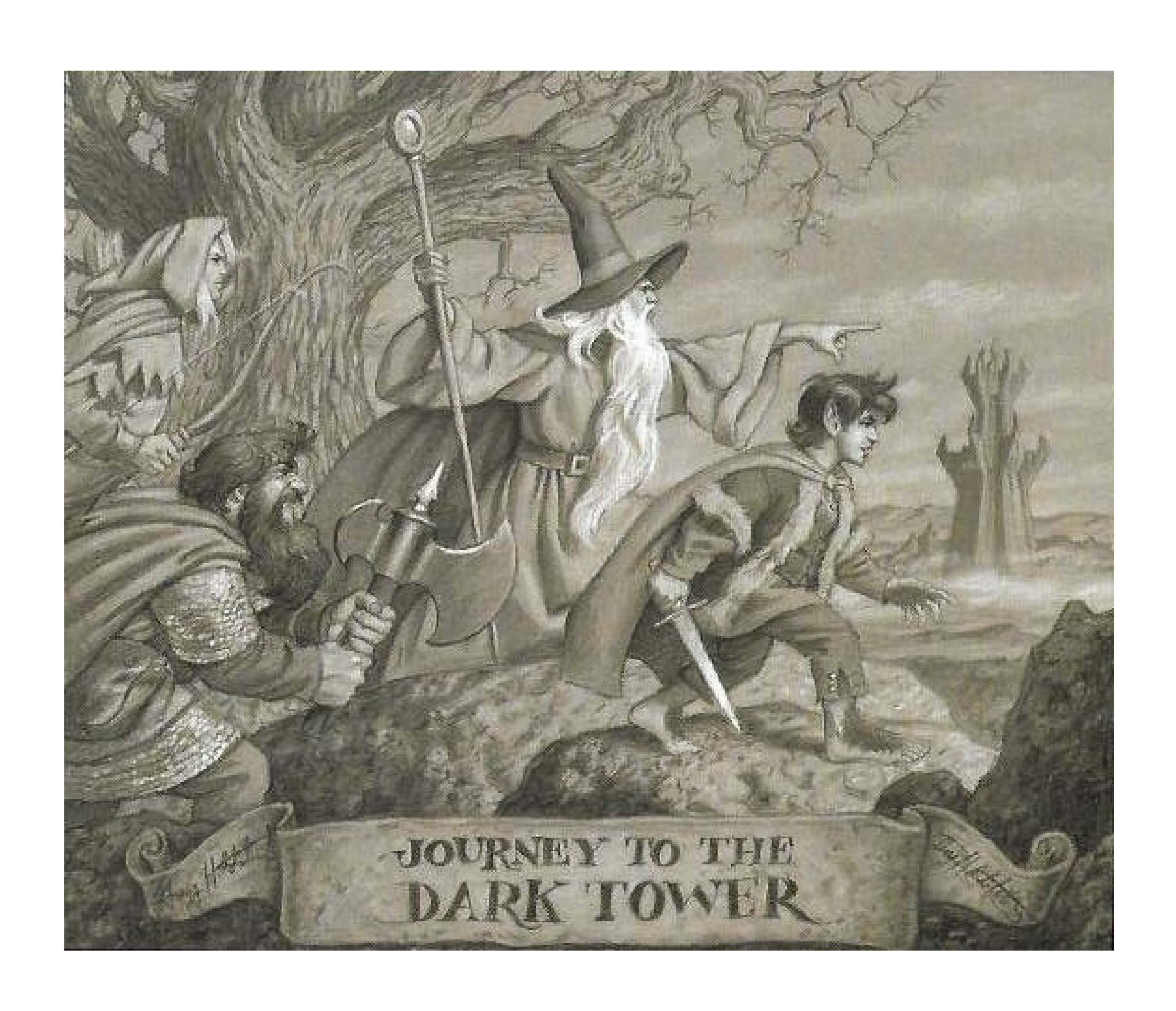


Diseños y colores en acuarela para la muñeca de Galadriel

Viaje a la Torre Oscura

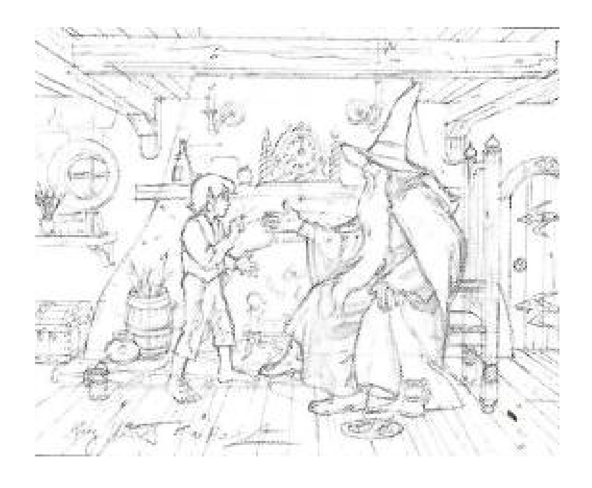
Este dibujo se realizó en enero de 2001. Lo encargó un coleccionista privado. Greg y Tim decidieron usar pinceles blancos y grises sobre papel de color para esta pieza. La técnica da un resultado totalmente diferente a la obra



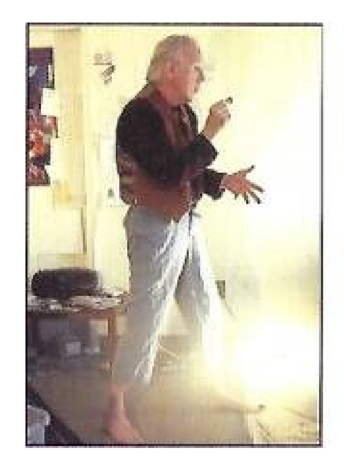

JOURNEY TO THE
DARK TOWER

El Anillo Único

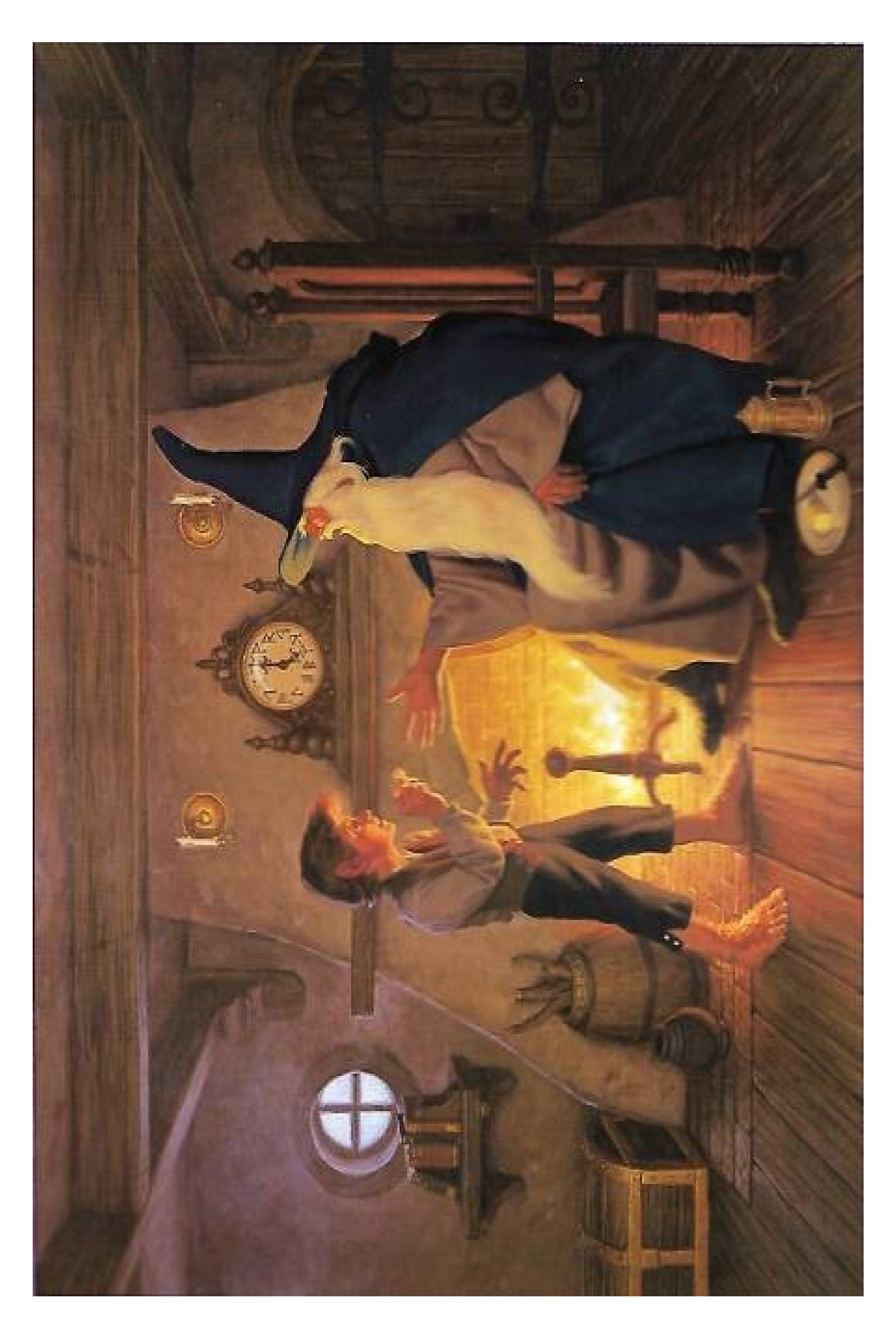
Esta pintura se terminó el 7 de febrero del 2001. Fue encargada por un coleccionista privado y es, hasta la fecha de publicación e este libro, la última pieza de arte de Tolkien que los Hildebrandt han realizado.



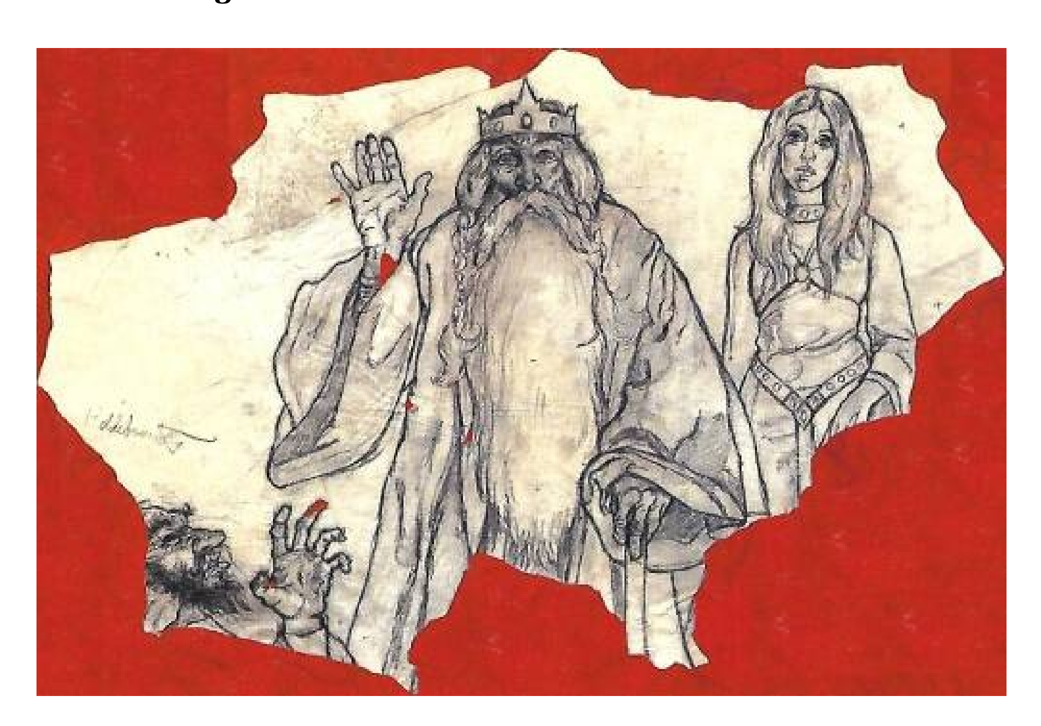








Jean Scrocco ha sido mi guía y mi inspiración durante veinte años, no sólo en el arte sino en todos los aspectos de mi vida. Sin ella, este libro nunca se habría realizado. Es sólo gracias a su entrega, su amor, su dedicación y su perseverancia que ha visto la luz. Le dedico este libro con amor, respeto y una admiración que no conoce límites. — Greg



A mi esposa Rita, que hizo posible que yo ilustrase los calendarios de Tolkien. Me regaló el calendario de 1975 por Navidad. En el reverso se invitaba a ponerse en contacto con el editor a aquellos dibujantes interesados en ilustrar El Señor de los Anilllos. Si no hubiese recibido ese regalo, nunca habría llamado. — Tim

Queremos dar las gracias a las siguientes personas por su ayuda y apoyo para hacer de este libro de arte una realidad:

Jean Scrocco
Candace Raney
Sharon Kaplan
Jacqueline Ching
Ellen Greene
Gregory Hildebrandt, Jr.
Glenn Herdling
Ian Summers

Kevin Dobler
Keith Garletts
Mark Ramanoski
Bob Petillo
Alex Horley
Jack Fassnacht, esq.
— y a todos de los que nos olvidamos.



